

LA FE ORTODOXA
Padre Thomas Hopko
Volumen 4

ESPIRITUALIDAD



INDICE

I - LA ESPIRITUALIDAD ORTODOXA	3
II -LAS BIENAVENTURANZAS	18
III - Las virtudes	30
IV - La gran virtud del Amor	50
V - La oración, el ayuno y la limosna	59
VI - Sexualidad, Matrimonio y Familia	81
VII - La enfermedad, el sufrimiento y la muerte	91
VIII - El Reino de los Cielos	97

Instituto de Teología Ortodoxa San Ignacio de Antioquía

Taller de Espiritualidad 2020

WWW.CORPSANIGNACIO.COM

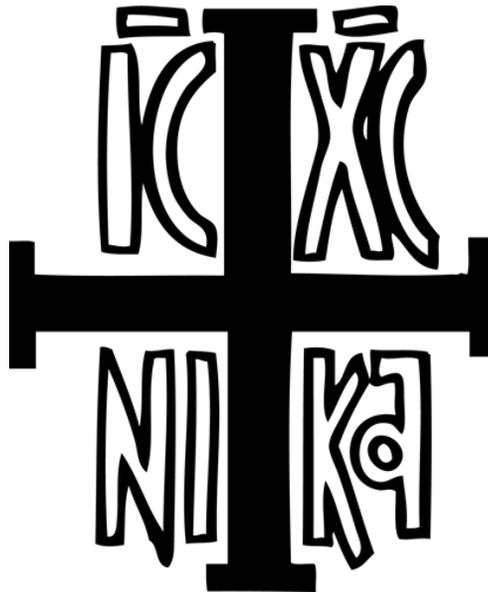
I - LA ESPIRITUALIDAD ORTODOXA

LA ESPIRITUALIDAD

Espiritualidad, en la Iglesia Ortodoxa, se entiende como la actividad cotidiana de la vida en comunión con Dios. El término *espiritualidad* refiere no sólo a la actividad del espíritu del hombre, su mente, corazón y alma, sino que se refiere también a la totalidad de la vida del hombre como inspirado y guiado por el Espíritu de Dios. Cada acto de un cristiano debe ser un acto espiritual, cada pensamiento, cada palabra, cada acto, cada actividad del cuerpo, cada acción de la persona. Esto significa que todo lo que una persona piensa, dice y hace tiene que estar inspirado y guiado por el Espíritu Santo para que la voluntad de Dios Padre pueda llevarse a cabo según lo revelado y enseñado por Jesucristo, el Hijo de Dios.

“... háganlo todo para la gloria de Dios.” (I Cor 10:31)

Hacer todas las cosas para la gloria de Dios es el significado y la esencia de la vida de un ser humano. Este “*hacer*” es de lo que trata la espiritualidad cristiana.



DIOS

La espiritualidad cristiana está centrada en Dios, de hecho, su objetivo es alcanzar la comunión con Dios, que solo se puede lograr a través de la realización de Su voluntad. Ser lo que Dios quiere que seamos y hacer lo que Dios quiere que hagamos es el único significado de nuestra existencia humana. El cumplimiento de la oración *"Hágase tu voluntad"* es el corazón y el alma de todo el esfuerzo y el hacer espiritual.

En la ley del Antiguo Testamento está escrito:

*"Porque yo soy Yavé, Dios de ustedes;
santifíquense y sean santos, porque yo soy santo..."* (Lev 11:44)

En el Nuevo Testamento, la primera carta de San Pedro se refiere a este mandamiento fundamental de Dios.

*... como aquel que los llamó es santo, sean santos ustedes mismos en toda su conducta, ya que está escrito:
"Sean santos, porque yo soy santo"* (I Pe 1:16)

Que los seres humanos deban ser santos, participando en la felicidad del mismo Dios, es el significado de la unión con Dios. Todos están *"llamados a ser santos"* (Rom 1:7) a convertirse en *"partícipes de la naturaleza divina"* (II Pe 1:4). Esto es lo que Jesús quiso decir cuando dijo en el Sermón del Monte, *"...sean ustedes perfectos como es perfecto su Padre que está en el Cielo"* (Mt 5:48).

Que el hombre debe ser santo y perfecto como Dios mismo a través de la realización de la voluntad de Dios es la enseñanza central de la fe cristiana ortodoxa. Esta enseñanza se ha dicho de muchas y diferentes maneras en la tradición espiritual ortodoxa. San Máximo el Confesor (siglo VII), lo dijo de esta manera: *"El hombre está llamado a ser por gracia divina todo lo que Dios mismo es por naturaleza"*. Esto significa simplemente que Dios desea y ayuda a sus criaturas para que sean como Él es, y que este sea el propósito de su ser y de sus vidas. Como Dios es santo, el hombre debe ser santo. Como Dios es perfecto, el hombre debe ser perfecto, puro, misericordioso, paciente, amable, gentil, libre y siempre, por toda la eternidad, debe ser la realización absoluta y sobreabundante de todo lo bueno en la plenitud y la riqueza inagotables... el hombre tiene, de esta manera, que crecer y desarrollarse en la perfección y la virtud divina para toda la eternidad por la voluntad y el poder de Dios mismo. La perfección del hombre es su crecimiento en la perfección infinita de Dios.

CRISTO

La espiritualidad cristiana está centrada en Cristo. Jesucristo es el divino Hijo de Dios, que nació como hombre de la Virgen María para dar la vida eterna al hombre en comunión con Dios su Padre.

En Jesucristo *“habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad”* (Col 2:9). En Él está la *“plenitud”* de la *“gracia y verdad”* (Jn 1:16-17) y *“toda la plenitud de Dios”* (Col 1:19). Cuando uno ve y conoce a Jesús, uno ve y conoce a Dios el Padre (Jn 8:19, 14:7-9). Cuando uno está en comunión con Jesús, uno está en unión permanente con Dios (cf. Jn 17, Ef 2, Rom 8, I Jn 1).

El objetivo de la vida humana es estar continuamente *“en Cristo”*. Cuando uno está *“en Cristo”*, según San Juan, uno cumple la voluntad de Dios y no puede pecar.

“Bien saben que Este vino para quitar nuestros pecados, y que en él no hay pecado. Quien permanece en él no peca; quien peca no lo ha visto ni conocido (...) el que actúa con toda rectitud es justo como él es justo. (...) El que ha nacido de Dios no peca, porque permanece en él la semilla de Dios. Y ni siquiera puede pecar, porque ha nacido de Dios.

En esto se reconocen los hijos de Dios y los del Diablo: el que no sigue el camino de rectitud no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano.” (I Jn 3:4-10)

Jesucristo es *“el Camino, la Verdad y la Vida”* (Jn 14:6). Él habla las palabras de Dios. Él hace la obra de Dios. La persona que está sujeta a Cristo y sigue su camino y hace lo que Él hace, ama a Dios y cumple su voluntad. Hacer esto es la esencia de la vida espiritual. Jesús vino para que podamos ser como Él y hacer en nuestras propias vidas, por su gracia, lo que Él mismo ha hecho.

“Les aseguro que el que cree en mí hará también las obras que yo hago, y aún mayores, porque yo me voy al Padre.” (Jn 14:12)



EL ESPÍRITU SANTO

Una persona puede habitar en Cristo, llevar a cabo Sus mandamientos y estar en comunión con Dios Padre sólo por la presencia y el poder del Espíritu Santo en su vida. La vida espiritual es la vida en y por el Espíritu Santo de Dios.

Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Ustedes, en cambio, lo conocen, porque él permanece con ustedes y estará en ustedes. (Jn 14:15-17)

Cuando venga el Espíritu de la Verdad, él los introducirá en toda la verdad... El me glorificará, porque recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes.

Todo lo que es del Padre es mío... (Jn 16:12-15)

El Espíritu Santo procede del Padre y es enviado al mundo a través de Cristo, para que los seres humanos puedan cumplir la voluntad de Dios en sus vidas y ser como Cristo. Los padres espirituales de la Iglesia Ortodoxa dicen que el Espíritu Santo hace que los fieles sean “*crístos*”, es decir, los “*ungidos*” hijos de Dios. Esta también es la enseñanza de los apóstoles en los escritos del Nuevo Testamento:

Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna. Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él... Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado... En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. (I Jn 2:20-27, 3:24, 4:13).

Esta enseñanza de San Juan es la misma que la de San Pablo.

... porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado... Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. (Rom 5:5, 8:9 y ss; cf 1 Co 2, 6, 12-14; Gal 5).

Esta es la enseñanza clásica de la Iglesia Ortodoxa que hizo popular en los últimos tiempos San Serafín de Sarov (siglo XIX), que la esencia misma de la vida espiritual cristiana, la esencia de la vida misma, es la adquisición “del Espíritu Santo de Dios”. Sin el Espíritu Santo, no hay verdadera vida para el hombre.

*“A pesar de nuestros pecados, a pesar de la oscuridad que rodea nuestras almas, la gracia del Espíritu Santo, conferida por el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, aún brilla en nuestros corazones con la luz inextinguible de Cristo... y cuando el pecador se dirige por el camino del arrepentimiento, la luz hace desaparecer todo rastro de los pecados cometidos, cambiando las vestiduras del pecador en prendas de incorrupción, hiladas por la Gracia del Espíritu Santo. Esta es la adquisición del Espíritu Santo sobre la que he estado hablando...
(San Serafín de Sarov, Conversación con Motovilov).*



EL HOMBRE

El hombre, según las Escrituras, ha sido creado *“a imagen de Dios”* (Gn 1:26-27). Ser como Dios, a través del don de Dios, es la esencia del ser del hombre. En las Escrituras se dice que Dios sopló en el hombre, el *“aliento (o el espíritu) de vida”* (Gen 2:7). Esta enseñanza ha dado lugar a la comprensión por parte de la Iglesia Ortodoxa que el hombre no puede ser verdaderamente humano sin el Espíritu de Dios. Así San Ireneo (siglo III) dijo en su conocida frase, a menudo citada por los autores ortodoxos, que *“el hombre es cuerpo, alma y Espíritu Santo”*. Esto significa que para que el hombre se realice a sí mismo como creado a imagen y semejanza de Dios, es decir, como Cristo que es la perfecta e increada imagen divina, el hombre debe ser templo del Espíritu de Dios. Si el hombre no es templo del Espíritu de Dios, entonces la única alternativa que queda es que sea templo del espíritu maligno. No hay camino intermedio. El hombre está ya sea en un proceso interminable de vida y crecimiento en unión con Dios por el Espíritu Santo o de lo contrario en un proceso interminable de descomposición y muerte para volver al polvo de la nada, del cual se formó, por el poder destructivo del diablo. Así es como la tradición espiritual ortodoxa interpreta los *“Dos Caminos”* de la ley mosaica:

“A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia; amando al Señor tu Dios, atendiendo Su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti, y prolongación de tus días; a fin de que habites sobre la tierra que juró el Señor a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar” (Dt 30:19-20).

Esta es la misma enseñanza que el apóstol Pablo da en su doctrina de las *“dos leyes”* que trabajan en la vida del hombre.

“Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado... Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros... Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte... Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Rm 7:14-8:17).

Todo ser humano se enfrenta con estas dos posibilidades, en última instancia, las dos únicas posibilidades de la existencia humana. O se elige la vida por la gracia de Dios y el poder del Espíritu, la *“vida eterna y abundante”* dada por Dios en la creación y la salvación por medio de Jesucristo, o se elige la muerte. Todo el *“pathos”* de la existencia humana consiste en esta elección, sea consciente de ello o no. La vida espiritual cristiana depende de la elección consciente del *“camino de vida”*. *“Elegir la vida”* y caminar por el *“camino de vida”* es la forma en que el hombre se muestra como imagen y semejanza de Dios.

“Porque por las manos del Padre, que es por el Hijo y el Espíritu Santo, el hombre, y no una parte del hombre, fue hecho a semejanza de Dios... el hombre perfecto consiste en la unión del alma que recibe el Espíritu del Padre y la naturaleza carnal, que también fue moldeada a imagen de Dios... el hombre se convierte en espiritual y perfecto a causa de la efusión del Espíritu, y éste es él que fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Si en un hombre del Espíritu no está unido al alma, este hombre es imperfecto. Él sigue siendo animal y carnal. Él sigue teniendo la imagen de Dios en su carne, pero no recibe la semejanza divina por el Espíritu Santo (San Ireneo, siglo II, Contra las herejías).

EL PECADO

El pecado, conforme a las Escrituras es “anarquía” y “maldad” (I Jn 3:4, 5:17). Hacer el mal y ser injusto es pecar. En el idioma griego la palabra pecado significa originalmente “errar el blanco”, es decir, moverse en la dirección equivocada, hacia objetivos y metas equivocadas. Esto significa que la elección va por el camino de la muerte, y no por el de la vida.

Hay muchas expresiones bíblicas para definir al pecado, todas las cuales suponen una corrección y bondad primordial. La palabra “caída” indica un movimiento hacia abajo lejos de un estado original alto y elevado. La palabra “mancha” revela que hubo una vez una pureza original que ha sido profanada. La palabra “transgresión” significa un movimiento en contra de lo que es fundamentalmente correcto. La palabra “culpa” revela una primera inocencia. Las palabras “extrañamiento” y “enajenación” indican que estuvimos “en casa”, viviendo en un estado sano y saludable. La palabra “desviación” significa que uno ha perdido su forma original.

No hay palabras para definir al pecado que no revelen en su enunciado mismo que el pecado no es el estado natural del hombre, sino una condición provocada por la destrucción, la distorsión y la pérdida de algo bueno que estaba originalmente presente. Todo pecado y maldad sólo existen porque el ser y la vida del hombre son, naturalmente, positivos y buenos. Todo el mal y el pecado actúan sólo como “parásitos” en algo que es perfecto en todo su conjunto. Así, en la tradición ortodoxa, el pecado no se considera una parte normal y natural del ser humano y de su vida. Ser humano y ser un pecador es contradictorio. Más bien, ser verdaderamente hombre es ser justo, puro, verdadero y bueno. La vida espiritual, en este sentido, se compone de una sola cosa: no volver a pecar. No pecar es ser como Dios y Su Hijo Jesucristo. Es la meta de la vida humana.

“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley. Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios” (I Jn 3:4-10).

No pecar es la meta de la vida humana. Pero, de hecho, todas las personas pecan. Es por esta razón que la posibilidad de ser liberados del pecado y vencerlo viene a través de la obra salvífica de Cristo, que perdona los pecados del mundo.

“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros... El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo. (1 Jn 1:8-2:6).

EL DEMONIO

Las Escrituras y las vidas de los santos de Dios dan testimonio de la existencia del diablo. El diablo es un espíritu caído, un ángel creado por Dios para su servicio y alabanza. Junto con el diablo, también existen los malvados poderes angelicales que se rebelaron contra la bondad de Dios y tratan de pervertir y destruir la creación de Dios.

¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, Estrella de la Mañana, hijo de la Aurora!

Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado con ligaduras eternas bajo tinieblas para el juicio del gran día... (Judas 6, cfr. II Pedro 2:4) ...El diablo y Satanás, el seductor del mundo, fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él (Apo 12:9).

En el Nuevo Testamento el Señor Jesús habla del diablo llamándolo “*príncipe de este mundo*” (Jn 12:31, 14:30, 16:11) de esta manera:

“Él fue un asesino desde el principio, y no tiene nada que ver con la verdad porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, habla según su propia naturaleza, porque es un mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8:44).

El diablo y su multitud de espíritus malignos, “*los principados... las potestades... de este mundo de tinieblas... las huestes espirituales de maldad en los lugares celestiales*” (Ef 6:12) luchan contra el hombre y buscan matarlo al atraparlo en el pecado.

*“Vuestro adversario, el diablo, anda como león rugiente buscando a quien devorar”
(I Pedro 5:8).*

Cristo ha destruido el poder del diablo. Él vino al mundo precisamente por esta razón. Si uno está “*en Cristo*” uno es liberado de la tentación y librado del mal. Si uno está en Cristo, el mal, que también se llama Satanás, que significa el adversario que “*se disfraza como ángel de luz*” (II Cor 11:14), no puede engañarlo o hacerle daño alguno. Obtener la victoria sobre las tentaciones seductoras y engañosas del diablo es la meta de la vida espiritual.

EL MUNDO Y LA CARNE

En las Escrituras y en la tradición espiritual de la Iglesia, la expresión “*el mundo*” tiene dos significados diferentes. En el primero de ellos, “*el mundo*” es la expresión de toda la creación de Dios. Como tal, es el producto de la bondad de Dios y el objeto de su amor.

De acuerdo a las Escrituras, Dios crea el mundo y todo lo que hay en él. Él crea los cielos y la tierra como declaración de su gloria (Sal 19:1). Se crean los seres vivos, coronados con la creación del hombre a su imagen y semejanza. De acuerdo con las Escrituras, Dios llamó a su creación buena... de hecho, muy buena (Gen 1:12, 18, 25, 31). Y de acuerdo con el Evangelio, Cristo ha venido como el “*salvador del mundo*” (Lc 2:11, Jn 4:42).

“Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él no perezca, sino tenga vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (Jn 3:16-17).

Además de esta comprensión positiva de las Escrituras de “*el mundo*”, también hay un uso negativo de esta expresión que ha causado confusión acerca de la correcta comprensión de la fe y la vida cristiana. Este uso negativo del término “*mundo*” se presenta no como objeto del amor de Dios, sino como la rebelión de la creación contra Dios. Así habló Cristo:

“Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo, pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Jn 15:18-19; Cf. St 4: 4).

San Juan continúa hablando de la enemistad entre Cristo y “*el mundo*” en su primera carta en la que da el siguiente mandamiento a los cristianos:

“No améis al mundo ni las cosas en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Por todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa y sus deseos con él, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (I Jn 2:15-17).

La misma ambigüedad relativa al “*mundo*” existe con la expresión “*la carne*”. En algunos casos, el término “*carne*” se utiliza en sentido positivo que significa la plenitud de la existencia humana, el hombre mismo. Así está escrito acerca de la encarnación de Cristo que “*el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad*” (Jn 1:14). También está escrito que en el día de Pentecostés, Dios derramó su Espíritu Santo “*sobre toda carne*” (Hec 2:17, Joel 2:28). La palabra “*carne*” en este sentido no tiene un significado negativo. Más bien es la afirmación del carácter positivo de la materia creada y del ser físico, ejemplificado por Cristo, quien “*se hizo carne*” y ordena a los hombres a “*comer de Su carne*” (Jn 6:53-56).

En las Escrituras, una vez más, sobre todo en los escritos de San Pablo, la expresión “*carne*” se usa en forma negativa al igual que la expresión “*el mundo*”. Se emplea como lema de la existencia sin Dios.

“Porque los que viven según la carne piensan en las cosas de la carne, pero los que viven según el Espíritu ponen sus mentes en las cosas del Espíritu. Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente

puesta en el Espíritu es vida y paz. Porque la mente puesta en la carne es hostil a Dios, no se somete a la ley de Dios, en efecto, y no puede agradar a Dios” (Rom 8:5-8).

Aquí, para San Pablo, el término “carne” no es sinónimo de cuerpo del hombre que es bueno, y el Apóstol deja esto perfectamente claro en sus escritos.

“El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor y el Señor para el cuerpo (...) ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? (...) ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que habéis recibido de Dios? Habéis sido comprados por precio. Así que glorifiquen a Dios en vuestro cuerpo” (I Cor 6:13.20).

En la tradición espiritual de la Iglesia la ambigüedad acerca de “el mundo” y la “carne” se trata con cuidado. La han explicado, sin confusión, los maestros espirituales y la han proclamado con claridad en los sacramentos de la Iglesia. La creación de Dios es buena no mala. La existencia material no es mala. El cuerpo carnal del hombre no es malo. Sólo las pasiones pecaminosas son malas. Y son malas porque consideran que el mundo creado y el cuerpo carnal del hombre son fines en sí mismos, objetos de adoración idolátrica y de deseo sin Dios. Son malas porque, como San Agustín dice, ofrecen “culto a las criaturas y no al Creador”.

*“Por naturaleza el alma no tiene pasiones pecaminosas. Las pasiones han ido añadidas al alma por su culpa...
El estado natural del alma es luminoso y puro a través de la absorción de la luz divina ...
El estado que es contrario a la naturaleza... se encuentra en los hombres apasionados que sirven a las pasiones.*

*Cuando usted oye que es necesario retirarse del mundo... para purificarse de lo que es del mundo, usted debe entender el mundo a largo plazo. “Mundo” es un nombre colectivo que abarca lo que se llaman pasiones. Cuando se habla de las pasiones de forma colectiva, las llamamos “mundo”. ... El mundo es la vida carnal...
(San Isaac de Siria, siglo VI, La Formación Espiritual).*

LA IGLESIA

La vida nueva y abundante dada por Dios al hombre a través de Cristo y del Espíritu Santo en la creación y la redención es la vida de la Iglesia cristiana. La vida de la Iglesia es la vida inicialmente querida para el hombre y su mundo por Dios. Es la vida de Dios mismo dada originalmente en la creación. Se trata de la vida espiritual.

Uno no debe pensar en la vida espiritual de la Iglesia como una especie muy especial de *"vida religiosa"*, diferente de la propia vida tal como la hemos recibido en nuestra creación por Dios. No hay *"dos vidas"*, una *"natural"* y una *"religiosa"*. Sólo hay una vida que es real, genuina y verdadera. Se trata de la vida con Dios, la vida de la Iglesia. Cualquier otra vida no es vida en absoluto: es camino de muerte.

Lo que diferencia la vida de la Iglesia de la vida de *"este mundo"*, también llamada la vida *"según la carne"*, es solamente el mal y el pecado. Todo lo positivo crea vida, lo que Dios ha llamado *"bueno... muy bueno"*, y esto es lo que se salvó y santificó en la vida de la Iglesia. Sólo la falsedad y la maldad son excluidas - sin lugar a dudas - pues no pertenecen a esta creación.

En la tradición ortodoxa, la Iglesia es llamada *"el Reino de Dios en la tierra"*, la re-creación del mundo (San Gregorio de Nisa, siglo IV, El Cantar de los Cantares). En el Nuevo Testamento se le llama también la *"nueva creación"* (II Cor 5:17), el Cuerpo y la Novia de Cristo mismo (Rom 12:5, I Cor 12:27; Ef 5,23 s; Ap 21:1 ss).

"... Dios ha puesto todas las cosas bajo los pies de Cristo y lo ha puesto por cabeza sobre todas las cosas para la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo" (Ef 1:22-23).

El apóstol Pablo también se refiere a *"la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad"* (I Tim 3:15).

La verdadera vida, la vida real en la perfección y la abundancia, se encuentra sólo en la Iglesia de Cristo. Las personas que no están formalmente en la Iglesia viven ciertamente sólo en la medida en que siguen la ley de Dios *"escrita en sus corazones"* por el Espíritu de Dios en la creación (Rom 1:12-16), que es la misma ley revelada y dada en Cristo y la Iglesia. Y aquellas personas que son miembros formales de la Iglesia están viviendo real y verdaderamente en la medida en que viven la vida de la Iglesia. La triste realidad es que una persona puede ser formalmente miembro de la Iglesia y vivir conforme a la ley de la carne, del pecado y de la muerte, y no de Cristo. La vida espiritual, por lo tanto, consiste en vivir realmente la vida de la Iglesia.



LOS SACRAMENTOS

La vida espiritual de la Iglesia se da a los hombres en los sacramentos. Los sacramentos son llamados los “*santos misterios*”, y la vida toda de la Iglesia es considerada mística y sacramental.

La nueva vida en Cristo, la vida auténtica de Dios, es dada al hombre en el bautismo, el nuevo nacimiento y la creación del hombre nuevo en Cristo por el Espíritu de Dios. En el bautismo la persona que rechaza a Satanás y todas sus malas obras, acepta a Cristo y el don de la vida eterna, muere y resucita con Jesús a la “*vida nueva*”.

“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos para gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. ...Así que también vosotros, consideraos como muertos al pecado pero vivos para Dios en Cristo Jesús” (Rom 6:3-11; Cf. también Col 2-3, Gal 3).

La nueva vida en Cristo Jesús es dada en el bautismo –un morir y resucitar perpetuo y diario en Jesús- que se hace posible en el hombre por “*el sello del don del Espíritu Santo*” en el misterio de la Crismación (cf. II Co 1:22 Ef 1:13). La crismación sigue al bautismo, y está relacionada esencialmente con él, como el Espíritu Santo, que vendrá con Cristo, Pentecostés que viene con la Semana Santa, y la vida que viene con el nacimiento. No hay nueva vida en la nueva humanidad de la infancia divina en Jesús sin el Espíritu creador de la vida de Dios. Es el Espíritu Santo en la crismación que hace posible y poderosa la vida espiritual en la que los hombres nacen en el bautismo cristiano.

La nueva vida en Cristo y en el Espíritu Santo en la Iglesia se nutre y se sostiene en el misterio de la santa comunión eucarística. La “*cena mística del Hijo de Dios*” es el centro de la vida espiritual. Para los cristianos no hay ninguna vida sin ella:

“Yo soy el pan de la vida... Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré para la vida del mundo es mi carne. De cierto, de cierto os digo: si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros, el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá por mí... el que coma este pan vivirá para siempre” (Jn 6:32 ss).

Cuando una persona se aleja de la vida de Dios en la Iglesia, él o ella puede reunirse con Cristo en el misterio de la reconciliación mediante la confesión penitencial. La misericordia de Dios permanece en la Iglesia por la presencia de Cristo, y el Señor, que “*no desea la muerte del pecador*” sino que pueda “*volverse de su maldad y vivir*” (Ez 18:32, 33:14), perdonará a los que vienen a Él en arrepentimiento (cf. Jn 6:37). Continuo arrepentimiento es el elemento central en la vida espiritual de los hombres que eligen la vida en Dios, pero que siguen, inevitablemente, pecando.

“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Cristo es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso y su palabra no está en nosotros” (I Jn 1:8).

En esta vida todavía limitada por el pecado del mundo, el hombre, inevitablemente, sufre y muere. Su naturaleza exterior se va desgastando, mientras que su nueva naturaleza en Cristo se perfecciona. El misterio de la unción del hombre que sufre de alma y cuerpo es la santificación del “carácter perecedero” del hombre, que su “naturaleza mortal” puede ser “puesta en inmortalidad” (I Cor 15:51 ss.). A través de la santa unción a una persona se le da la gracia del Espíritu para que su sufrimiento y muerte sean un acto de victoria y de vida.

“Si hemos muerto con Él, también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él...” (II Tim 2:11; Cf. Sant 4:13 ss).

En esta vida, también, Dios ha creado a los seres humanos a su imagen y semejanza como varón y mujer. La unión en el amor entre un hombre y una mujer es la expresión del amor perfecto de Dios para con sus criaturas. El misterio del matrimonio es la imagen humana del “gran misterio” de “Cristo y la Iglesia” (Ef 6:21-33). En el sacramento del matrimonio, el amor humano se hace eterno y divino por la gracia del Espíritu de Cristo. No hay separación en la muerte, sino plenitud en el Reino de Dios.

Todos los misterios sacramentales de la Iglesia se realizan en la Iglesia a través del sacramento del sacerdocio ordenado. Los obispos y los sacerdotes son los ministros dentro de la comunidad que garantizan la realidad de la vida mística de la Iglesia en todo tiempo y lugar. A través de los ministros ordenados dentro de la comunión de la Iglesia, Cristo mismo está presente en la plenitud de su acción salvífica.



EL REINO DE DIOS

El don de Dios de vida eterna en Cristo y en el Espíritu Santo es el Reino de Dios. Jesús ha traído al Reino de Dios al mundo por medio del Espíritu en la Iglesia. La vida espiritual es la vida -desde ahora- en el Reino de Dios.

“No temáis, manada pequeña, porque es la buena voluntad de su Padre el daros el reino. Vendan sus bienes y den limosna; haceos bolsas que no envejezcan, un tesoro inagotable en los cielos que no se agote, donde el ladrón no se acerca ni la polilla lo destruye. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará tu corazón” (Lc 12:32-34).

Vivir ya y ahora en el Reino de Dios es vivir libre del pecado y de la muerte en la vida de gracia de Cristo y la Iglesia. Una persona que ha muerto al pecado con Cristo en el bautismo y ha sido sellado con el don del Espíritu Santo en la crismación y que participa en el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Eucaristía es ya un miembro del Reino de Dios.

“...por medio de Cristo tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que entonces ya no son extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas. Cristo Jesús mismo la piedra angular, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef 2:18-22).

La Iglesia es llamada el Reino de Dios en la tierra, y la presencia y el poder del Reino se identifican con la morada del Espíritu Santo que habita en los fieles trayéndoles la presencia y el poder de Dios el Padre por medio de Su Hijo Jesucristo.

Así, el apóstol Pablo dijo: *“El Reino de Dios es... justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, y aquel que sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres” (Rom 14:17-18).* Y San Gregorio de Nisa (siglo IV) citando la tradición más antigua de los cristianos, dijo simplemente: *“El Reino de Dios es el Espíritu Santo... El reino del Padre y la unción del Hijo”.* Siempre se ha entendido en la tradición espiritual de la Iglesia Ortodoxa que en la medida en la que uno está lleno del Espíritu de Dios, es la misma medida con la que está unido a Cristo y en comunión con el Padre, convirtiéndose en su hijo y un miembro de su Reino. Por lo tanto, es la enseñanza de que *“la adquisición del Espíritu Santo”* en *“buscar primero el Reino de Dios y su justicia” (Mt 6:33)* es el único propósito y contenido de la vida espiritual del hombre. Es por esto, y solo por esto, que el hombre ha sido creado por Dios.

“... Caminad según el Espíritu, no deis satisfacción a los deseos de la carne. Porque los deseos de la carne están contra el Espíritu, y los deseos del Espíritu contra la carne, pues éstos se oponen entre sí. Ahora... las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y otras similares... Los que practican tales cosas no heredarán el Reino de Dios (Gal 5:16-21).



II -LAS BIENAVENTURANZAS

LAS BIENAVENTURANZAS

En los escritos evangélicos, las bienaventuranzas introducen las enseñanzas de Jesús y tradicionalmente se considera que contienen el resumen más conciso de la vida espiritual del hombre. En la tradición eslava, las bienaventuranzas son cantadas durante la Divina Liturgia cuando el libro de los Evangelios es llevado en procesión hasta el santuario para ser proclamado, como Palabra de Dios a los fieles. Por lo tanto, ellas son la clara enseñanza del Evangelio y de la Iglesia que una persona entra en los misterios de Cristo y del Reino de Dios sólo siguiendo las enseñanzas del Señor en las Bienaventuranzas.

“Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo:

Bienaventurados son los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados son los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados son los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados son los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

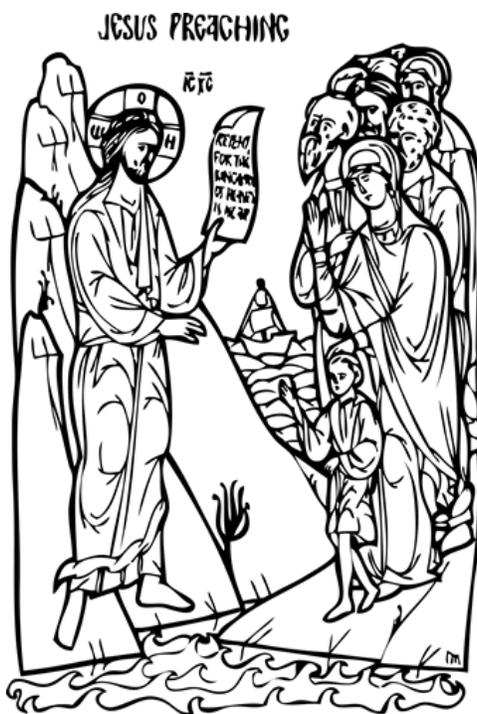
Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando se os injurie, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos” (Mt 5:2-12;

Cf. Lc 6:20-26)



LA POBREZA DE ESPIRITU

“Bienaventurados son los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5:3). Esta primera bienaventuranza es la condición fundamental para el progreso y el crecimiento espiritual de todo hombre. Antes de cualquier otra cosa, si una persona quiere vivir la vida de Dios, debe ser pobre en espíritu.

Ser pobre en espíritu es reconocer claramente que uno no tiene nada que no haya recibido de Dios, que uno no es nada salvo por la gracia de Dios. Esta bienaventurada pobreza es llamada *“espiritual”* en el Evangelio de San Mateo, porque en primer lugar, es una actitud de mente y de corazón, una convicción del alma. Esta es la condición para el hombre que, vacío totalmente y con total apertura ante Dios principalmente en relación con las cosas del Espíritu, que comprenda y discierna, que quiera y que desee.

Ser pobre en espíritu es despojarse de todo orgullo y confianza en el poder del propio espíritu. Se trata de liberarse de toda dependencia de sus propias ideas, opiniones y deseos. Se trata de liberarse de las *“vanas imaginaciones”* de su propio corazón (Jer 23:17, Rom 1:21). Es por esto que la Santísima Virgen María, modelo perfecto de pobreza de espíritu, cantó esto en su magnífico himno:

*“Dios hace proezas con su brazo,
Dispersa a los soberbios en el pensamiento de sus corazones,
Derribó a los potentados de sus tronos,
Y exaltó a los humildes y mansos
Él ha llenado a los hambrientos de cosas buenas,
Y a los ricos los despidió vacíos”* (Lc 1:51-54)

El mismo Jesús era pobre, no sólo en el cuerpo sino también en espíritu. No sólo era el Señor un hombre pobre, sin *“lugar donde recostar su cabeza”* (Mt 8:20), sino que su pobreza física fue el resultado directo de su perfecta pobreza de espíritu.

*“De cierto, de cierto os digo, el Hijo no puede hacer nada por su propia cuenta, sino lo que ve hacer al Padre.
No puedo hacer nada por mi propia cuenta...”* (Jn 5:19,30)

Si una persona desea embarcarse en la vida espiritual, debe abandonar todas las cosas y seguir a Cristo en la pobreza de espíritu, ser pobre en espíritu implica simplemente estar totalmente liberado de los deseos pecaminosos de este mundo.

“Si alguien ama este mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y los deseos de él, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (I Jn 2:15-17)

La primera revelación de la voluntad de Dios es que sus criaturas deben ser pobres en espíritu. La violación de esta actitud espiritual es el primer pecado y fuente de todas las penas.

EL LLANTO BENDITO

“Bienaventurados son los que lloran, porque serán consolados” (Mt 5:4). Esta es la segunda bienaventuranza, y sigue lógicamente a la primera. Si uno es pobre en espíritu, si se ha liberado de las pasiones espirituales y físicas de este mundo, necesariamente llora y lamenta las condiciones del hombre.

Los pobres de espíritu saben cuan tonto y triste es ser atrapado por el pecado, ser víctimas de la falsedad y del mal, estar unidos a la destrucción y a la muerte. Viendo las realidades de este mundo sin Dios, el mundo cautivado por sus propias vanas imaginaciones, el mundo se piensa a sí mismo como rico y próspero, y no necesitando nada, pero en realidad no es más que *“desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”* (Apo 3:17), y el hombre espiritualmente pobre sólo puede llorar. Sabiendo lo que podría ser con Dios, y lo que él es realmente con Dios, llora y lamenta como los profetas por los pecados de Israel, como Jesús que llora sobre el cadáver de Lázaro y sobre la ciudad de Jerusalén (Jn 11:35, Mt 23:37), como el mismo Jesús en Getsemaní, frente a su propio cáliz de sufrimiento, que era tan absurdo y cruel.

Este bendito duelo por el pecado es esencial para la vida espiritual. Sin embargo, en la victoria de Cristo, este duelo no es mórbido ni triste. Por el contrario, está lleno de esperanza, de alegría y de luz.

“Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padeciéseris por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en este asunto” (II Cor 7:9-11)

En sus escritos, san Juan Clímaco (siglo VII) sigue esta enseñanza de San Pablo. Es la enseñanza clásica de la tradición espiritual cristiana. El final del llanto bendito no es ni el desaliento ni el remordimiento, sino el arrepentimiento y la salvación. Es el *“duelo que causa alegría”*.

El lamento, de acuerdo con Dios, es la tristeza del alma y la disposición de un corazón apesadumbrado que siempre busca aquello de lo que tiene sed...

El lamento es una espuela de oro en un alma que está despojada de todo apego y vínculos...

Mantente firme en la bendita alegría del llanto santo y no dejes de trabajar en él hasta que te eleve por encima de las cosas de este mundo y te presentes puro ante Cristo.

El fruto del lamento mórbido es vanagloria y autoestima, y el fruto del bendito lamento es comodidad.

El que se viste con el bienaventurado ropaje del lamento santo... conoce la risa espiritual del alma.

Queridos míos, Dios no nos pide o desea que el hombre llore por dolor en el corazón, sino más bien por amor a Él debemos regocijarnos con la sonrisa espiritual.

Al considerar la propia naturaleza de la compunción, me sorprende que lo que se llama duelo y pena deban contener alegría y gozo en su seno, como la miel en el panal” (La Santa Escala, Paso 7).

“Así que no hagas de una pasión el remedio contra otra pasión”, dice San Nilo de Sinaí “abandona la ira... en quien te concedió esta bendición (del lamento y de las lágrimas). Porque derramar lágrimas por sus pecados mucha gente se olvida el fin de las lágrimas, y entran en un frenesí, que los lleva por un mal camino” (San Nilo de Sinaí, siglo V, Palabras sobre la oración)

LA MANSEDUMBRE

“Bienaventurados son los mansos, porque ellos heredarán la tierra” (Mt 5:5). La mansedumbre es una posesión esencial del hombre espiritual. El mismo Jesús fue manso.

“Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar. Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana” (Mt 11:27-30)

Los apóstoles de Cristo enseñaron sobre la mansedumbre. San Pablo la menciona en todos sus escritos y San Santiago insiste aún más.

“¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía” (Sant 3:13-17)

Ser manso significa ser gentil y amable, estar vacío de todo egoísmo y ambición terrenal. Esto significa que, en una palabra, no volver mal por mal, sino siempre, en todo lo posible, vencer el mal con el bien (Cf. Rom 12:14-21).

Mansedumbre significa rechazar y desconfiar de cada pensamiento y acción de coerción externa y violenta que, en cualquier caso, nunca puede producir resultados fructíferos, genuinos y duraderos.

La mansedumbre es tener la firme y tranquila convicción de que el bien es más poderoso que el mal, y que el bien en última instancia, es siempre el que vence.

Haciendo referencia una vez más a San Juan Clímaco:

“La mansedumbre es un estado inmutable de la mente que le permite seguir siendo la misma ante el honor o el deshonor. La mansedumbre es la roca con vistas al mar de la irritabilidad que rompe todas las olas que golpean en contra de ella, permaneciendo inmóvil en sí. La mansedumbre es el contrafuerte de la paciencia, madre del amor y fundamento de la sabiduría, pues se dice: “El Señor le enseñará a los mansos su camino” (Sal 24:9). Ella prepara el perdón de los pecados, es confianza en la oración y morada del Espíritu Santo”. Pero ¿A quién miraré, dice el Señor? A aquel que es manso y tranquilo y que tiembla ante mi palabra” (Is 66:2). En los corazones humildes el Señor encuentra reposo, mas un alma turbulenta es la morada del diablo”
(La Santa Escala, Paso 24)

HAMBRE Y SED DE JUSTICIA

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mt 5:6). En sentido estricto, en esta bienaventuranza el Señor bendice no a los justos, sino a los que buscan la justicia. Son aquellos que tienen hambre y sed por lo que es justo y bueno que reciben las bendiciones de Dios, que también dice:

“No se inquieten, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿Qué vamos a llevar? Porque los gentiles buscan todas estas cosas, y vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todo eso. Mas buscad primeramente el reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura” (Mt 6:31-33)

La vida del hombre consiste en buscar, con hambre y sed, la justicia. Esta es la enseñanza espiritual de las Escrituras y de los santos padres. La satisfacción y el descanso provienen de Dios, pero es una satisfacción y un descanso que a su vez siempre y por toda la eternidad se convierten en base de una nueva hambre y de una nueva sed. Esto no está en contradicción con las enseñanzas de Cristo de que *“el que viene a mí no tendrá más hambre, y el que cree en mí nunca más tendrá sed”* (Jn 6:35). Es más bien la afirmación de que lo *“inquieto”* del corazón del hombre, como San Agustín (siglo V) dice, se dirige *“hacia Dios”*, y que el *“resto”* que se encuentra en él es en sí mismo, como San Máximo (siglo VII) dice, *“un reposo cada vez más dinámico”*, que siempre crece y se desarrolla en la unión cada vez mayor con la riqueza inabarcable e inagotable y la plenitud del ser divino.

San Gregorio de Nisa (siglo IV) lo dijo de esta manera:

...La mente humana... que fluye constantemente y se dispersa en lo que agrada a los sentidos... nunca tendrá una notable fuerza en su avance hacia el verdadero bien. (Es decir, Dios).

Porque es imposible que nuestra naturaleza humana deje de moverse, sino que ha sido hecha por su Creador para cambiar siempre. Por lo tanto cuando se lo impiden utilizando su energía en nimiedades, y manteniéndola en todos los lados para hacer lo que no debe, necesariamente debe moverse en línea recta hacia la verdad. (De la virginidad)

Esta enseñanza espiritual significa que la persona verdaderamente espiritual no sólo se moverá de la injusticia a la justicia, sino que se moverá por toda la eternidad en Dios a una justicia y perfección cada vez mayor. El hambre y la sed, de esta manera, son características esenciales del alma de la vida del justo. Esta es la dinámica esencial de la vida espiritual. El apóstol Pablo nos da esta misma doctrina:

“...Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome hacia lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Que aquellos de nosotros que somos maduros esto mismo sintamos...” (Fil 3:13-16). *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”* (II Cor 3:18).

No hay satisfacción para el espíritu del hombre que no sea Dios. Es la satisfacción del perpetuo crecimiento en unión con Dios. El hambre y la sed de Dios *“del Dios vivo”* (Sal 42:2) es la vida espiritual. Ser llenado y quedar satisfecho de cualquier otra cosa es muerte para el alma.

MISERICORDIA

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5:7). Ser misericordioso es ser como Dios, porque “El Señor es misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia” (Sal 103:8).

“El Señor pasó delante de Moisés y proclamó: El Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado...” (Ex 34:6-7).

Esta también es la enseñanza de Cristo en Su Sermón del Monte:

“...Amad a vuestros enemigos y haced bien y prestad sin esperar nada a cambio, y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bueno con los ingratos y egoístas. Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6:35-36)

Ser misericordioso no quiere decir justificar la mentira y el pecado. No significa ser tolerante con la estupidez y el mal. No significa tampoco pasar por alto la injusticia y la iniquidad. Dios no es así, y no hace esto.

Ser misericordioso es tener compasión de los malhechores y misericordia con aquellos que son atrapados en los lazos del pecado. Significa renunciar a toda justicia propia y a cada propia justificación en comparación con los demás. Esto significa negarse a condenar a aquellos que hacen el mal, perdonar a aquellos que hacen daño y destruyen, tanto a sí mismos como a los demás. Es decir, con total seriedad, *“perdonar nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mt 6:12).*

Según Jesús, la persona espiritual tiene misericordia porque él mismo necesita misericordia. La persona espiritual tiene misericordia porque él sabe que es un pecador necesitado de la misericordia y de la ayuda de Dios. No hay nadie libre de pecado, nadie que pueda reclamar justicia ante Dios. Si uno afirma que no tiene pecado, dice San Juan, es un mentiroso, y lo hace a Dios mentiroso también (I Jn 1:10,2:4). La persona espiritual, debido a que está en unión con Dios, reconoce su pecado y su necesidad del perdón por parte de Dios y de los hombres. No puede condenar a los demás porque él sabe, por la gracia de Cristo, que él mismo es indigno y está condenado.

“Si Tú, Señor, retienes nuestras iniquidades, ¿quién podrá subsistir? Pero en Ti está el perdón para que seas temido” (Sal 130:3-4).

La persona misericordiosa obra con misericordia consigo mismo, así como con los demás. Esto no quiere decir que él revela sus pecados y da por supuesto el perdón de Dios. Significa más bien que él no se plaga con la culpa neurótica ni con remordimiento, entregándose a pecados escrupulosos que son muerte para el alma. Esto significa que él confía en la bondad amorosa de Dios y conoce, como San Pablo dice, que ninguna obra propia jamás lo libraré de la necesidad de la misericordia y el amor de Dios.

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Ef 2:8-10).

Por lo tanto, es la recepción continua de la misericordia de Dios y nada más que esto, lo que empuja al alma a hacer buenas obras. Y es sólo el misericordioso el que alcanza la misericordia de Dios. Por toda la eternidad el hombre estará a disposición de la misericordia de Dios. En cualquier etapa del desarrollo espiritual que se alcance, la oración del hombre seguirá siendo siempre la oración central de la Iglesia: *“Señor, ten piedad de mí, pecador”*. La persona más santa es la que mayor sentido de indignidad tiene por el pecado, más fuerte es su dependencia de la misericordia de Dios, y es más misericordioso para con las debilidades de los demás.

PUREZA DE CORAZÓN

“Bienaventurados son los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5:8). La pureza del corazón significa ser libre de todas las motivaciones e intenciones perversas y pecaminosas, y no tener intereses indignos y deseos egoístas. Significa estar totalmente libre de cualquier cosa que ciega y oscurece la mente para que no se pueda ver las cosas con claridad y honestidad. Significa ser totalmente libre de cualquier cosa que cautiva y oscurece el alma para que no se pueda reflejar y brillar con la luz pura de Dios.

En otro lugar en Su Sermón del Monte, el Señor dice:

“El ojo es la lámpara del cuerpo. Así que si tu ojo está sano, tu cuerpo estará lleno de luz, pero si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo estará lleno de oscuridad. Si entonces la luz que hay en ti hay es tinieblas, cuán grande es esa oscuridad” (Mt 7:22-23)

Los puros de corazón son aquellos cuyos ojos son limpios. Los puros de corazón son los que pueden decir con el salmista:

*“El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?
El Señor es la fortaleza de mi vida, ¿de quién tendré miedo?
Una cosa he demandado al Señor, ésta buscaré después;
Que esté yo en la casa del Señor todos los días de mi vida.
Tú lo has dicho: “Buscad mi rostro”. Mi corazón te dice,
“Tu rostro, Señor, es el que busco”. No ocultes tu rostro de mí”* (Sal 27).

Buscar una sola cosa, el rostro del Señor, es la pureza del corazón. Desear solo una sola cosa, la luz del Señor en lo más profundo de nuestras almas, es vivir en completa pureza. Es por esta razón que la madre de Cristo, María, es la imagen de la perfecta pureza. La Santísima Virgen es *“la purísima”* no sólo a causa de su virginidad corporal, sino también por su solidez espiritual. Su corazón era puro. Su mente estaba en sus cabales. Su alma magnificaba al Señor. Su espíritu se regocijaba en Dios su Salvador. Su cuerpo era su templo espiritual. Por esta razón Dios consideró su humildad y hizo grandes cosas por ella. Por esta razón, todas las generaciones la llamarán bienaventurada. Por esta razón, ella es la *“llena de gracia”* y el Señor está con ella. Ella, en su simple pureza, es la que puede decir a Dios: *“Hágase en mí según tu palabra”* (Cf. Lc 1).

En la tradición espiritual de la Iglesia Ortodoxa, la pureza de corazón es una condición esencial para la unión con Dios. Cuando el corazón del hombre se purifica de todo mal, es natural que brille con la luz de Dios ya que Dios habita en el alma. Esta es la doctrina de los santos, según lo expresado por San Gregorio de Nisa:

“...el hombre que purifica los ojos de su alma podrá disfrutar de una visión inmediata de Dios... esta es la misma lección enseñada por el Verbo (Cristo), cuando dijo: “El Reino de Dios está entre vosotros” (Lc 17:21).

Esto nos enseña que el hombre que purifica su corazón de cada impulso apasionado verá la imagen de la naturaleza divina en su propia belleza.

A continuación, debe lavar, con una vida de virtud, la suciedad que se ha aferrado a su corazón como el yeso, y luego su belleza divina, una vez más, brillará” (Sobre las bienaventuranzas, Sermón 6)

El apóstol Pablo ha dicho lo mismo en sus cartas pastorales:

“Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas. Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra...” (Tito 1:15-16)

“Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra. Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor...” (II Tim 2:21-22)

HACEDORES DE LA PAZ

*“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt 5:9).
Cristo, el “príncipe de la paz” (Is 9:6) da la paz de Dios a aquellos que creen en él.*

“La paz os dejo, mi paz os doy, no como el mundo la da os la doy a ustedes” (Jn 14:27) “Os he dicho estas cosas para que en mí tengáis paz” (Jn 16:33)

Esta es la paz que San Pablo enumera como uno de los “*frutos del Espíritu Santo*” (Gal 5:22). “*La paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento*” (Fil 4:7). Es la paz entendida como “*la liberación de las pasiones, la cual no puede ser alcanzada sin la acción del Espíritu Santo*” (San Marcos el Asceta, siglo IV, Dos Centurias sobre la Ley Espiritual). Los pacificadores son los que tienen la paz de Dios en sí mismos y propagan esta paz a los que los rodean. Esta paz, en primer lugar, es la libertad de toda ansiedad y miedo. Es la paz de los que no están preocupados por sus vidas, acerca de lo que comerán o beberán, o sobre lo que deben usar (Cf. Mt 6:25-33). Es la paz que existe en los corazones de los hombres para no tener miedo a nada (Cf. Jn 14:27). Es la paz que existe en los hombres, incluso en las más terribles de las situaciones humanas, en el sufrimiento y la muerte. Es la paz que tiene aquel que puede decir:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; Somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom 8:35-39).

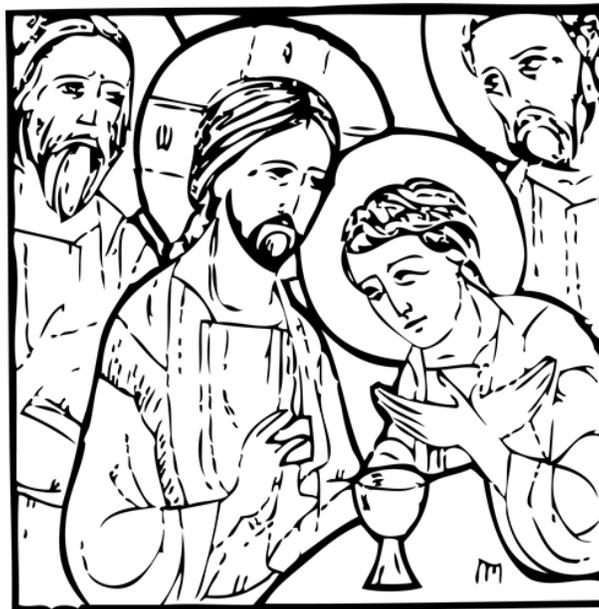
La paz interior de Dios no es la ausencia de conflicto externo. Los pacificadores de Dios no son los que están libres de las terribles luchas de la vida, o aquellos que pueden causar que las luchas entre los hombres desaparezcan. Cristo mismo no lo hizo. Por el contrario, el Príncipe de la Paz mismo, el Señor que da la fuerza y la paz a su pueblo (Sal 29:11), ha afirmado que él mismo va a ser la causa de muchos conflictos entre los hombres.

“No penséis que he venido a traer paz a la tierra, no he venido a traer paz, sino espada. Porque he venido a poner al hijo contra su padre y a la hija contra su madre... los enemigos del hombre serán los de su propia casa. El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. El que busque su vida la perderá, y el que pierda su vida por mi causa, la encontrará” (Mt 10:34-39, Lc 12:49-53).

El bendito pacificador es aquel que da testimonio de Cristo, toma su cruz y pierde su vida por el Señor sin temor ni ansiedad. Él es el único que entra en todos los conflictos humanos hasta el final de los tiempos, fortalecido por la paz de Dios. Él es el que no niega el Señor ni compromete su verdad mediante el ejercicio de la violencia, sino que da testimonio de su propia paz, en medio del conflicto, la paz que *“no es como la que el mundo da”* (Jn 14:27). Por lo tanto, el pacificador no provocará a los demás a la irritación o a la violencia, sino que buscará la verdad y el amor por sus vidas, y dejará toda la venganza para el Señor. Él es el que sigue a Jesús en vencer al mal sólo por el bien.

“Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos. Amados, nunca se venguen, sino dejen lugar a la ira de Dios, porque escrito está: “Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor” (Lev 19:18, Deut 32:35). No, “si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas acumularás sobre su cabeza” (Prov 25:21-22). “No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien” (Rom 12:18-21).

Al hacer la paz, el pacificador es un hijo de Dios como el mismo Señor Jesús, quien, paradójica e inevitablemente, es la causa de muchos escándalos y luchas (Cf. Lc 2:34-35, 7:23, 21:18).



LOS PERSEGUIDOS A CAUSA DE LA JUSTICIA

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando los hombres os insulten y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros, mintiendo por mi causa” (Mt 5:10-11). Al decir estas palabras, Cristo prometió que los que le siguieran sin duda serían objeto de persecución. Esta es una predicción central del Evangelio y una condición esencial para los que lo aceptan.

“Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me persiguen, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto se hará con vosotros por mi causa, porque no conocen al que me envió” (Jn 15:20-21)

Los verdaderos cristianos siempre serán perseguidos por causa de Cristo. Serán perseguidos con Cristo y como Cristo, por la verdad que dicen y el bien que hacen. Las persecuciones no siempre son físicas, sino algunas veces espirituales y psicológicas. Siempre serán sin sentido, injustas, violentas, y *“sin causa alguna”* (Sal 69:4, Jn 15:25). Siempre serán dolorosas y causas de mucho sufrimiento. Porque *“todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”* (II Tim 3:12). Una persona al embarcarse en la vida espiritual debe esperar persecución y calumnia. Se debe tener cuidado, sin embargo, de cualquier complejo falso de persecución, y el cristiano debe estar absolutamente seguro de que este sufrimiento se debe solo *“a causa de la justicia”* y no por sus propias debilidades y pecados. La Escritura hace esta advertencia apostólica precisa:

“Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello” (I Pe 2:19-21, 4:14-16)

El sufrimiento de los cristianos debe ser aceptado con mucho gusto, con misericordia y amor para los que lo causan. Aquí una vez más es el propio ejemplo del Señor, así como la de sus profetas, apóstoles, mártires y santos, el que debemos tener. Como Cristo dijo: *“Padre, perdónalos...”* (Lc 23:34), mientras estaba sobre la cruz, y como el primer mártir, Esteban oró: *“...Señor, no les tomes en cuenta este pecado”* (Hec 7:60), mientras lo lapidaban, por lo que todos aquellos que siguen la justicia de Dios deben perdonar a sus victimarios *“con sus corazones”* (Cf. Mt 18:35).

“Pero yo os digo a vosotros los que oís: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite la capa, no le niegues la túnica, así... Amad a vuestros enemigos y haced el bien, y den sin esperar nada a cambio, y será su recompensa grande, y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bueno con los ingratos y egoístas. Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; den, y se le dará a ustedes...”
(Lc 6:27-38)

El perdón generoso y amoroso de los perseguidos es una condición esencial de la vida espiritual. Sin ella, todo el sufrimiento *“por causa de la justicia”* es en vano, y no conduce al Reino de los Cielos.

ALÉGRENSE Y REGOCIJENSE

“Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos...” (Mt 5:11). La alegría es un elemento esencial de la vida espiritual, y es uno de los *“frutos del Espíritu Santo”* (Gal 5:22). No hay auténtica espiritualidad sin alegría. Desde las primeras páginas del Evangelio, hasta el último momento, los apóstoles de Cristo, con María, su madre y todos los cristianos, están continuamente regocijándose en la salvación que Jesús nos ha dado.

“Por esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos. Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido” (Jn 15:8-11) *“...vuestro corazón se alegrará, y nadie os quitará vuestro gozo... pidan y recibirán para que vuestro gozo sea cumplido”* (Jn 16:22-24)

La alegría cristiana no es la felicidad terrena, el placer o la diversión. Es la *“alegría de creer”* (Rom 15:13). Es la alegría de conocer la libertad de la verdad en el amor de Dios (Cf. Jn 8:32). Es la alegría de ser dignos de *“compartir los sufrimientos de Cristo”* (I Pe 4:13).

“Según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (I Pe 1:3-8)

El gozo espiritual va de la mano con el sufrimiento espiritual. Es erróneo pensar que la alegría viene sólo al final, cuando el sufrimiento ha terminado. Alegría en Cristo va de la mano con el sufrimiento de Cristo. Ellos conviven y dependen el uno del otro por su poder y su fuerza. Como el llanto bendito por el pecado es el duelo que viene con la alegría de la salvación, por lo que el sufrimiento en la carne, en este mundo, está en consonancia con - y en un sentido real es incluso causado por - el gozo inefable de la salvación. Así, Santiago puede decir que los cristianos deben *“tener sumo gozo”* cuando *“cumplen con diversas pruebas”*, a sabiendas de que el *“efecto completo”* de su fe firme es que pueda ser *“perfecto y completo, y que no le falte nada”* (Sant 1:2-3) Y esta es la firme convicción de San Pablo también.

“...nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado...” (Rom 5:2-5)

Este es el gozo espiritual de los cristianos, la alegría de los mártires, que más que cualquier otra cosa, es testigo invencible de la verdadera fe cristiana y la auténtica vida espiritual cristiana.



III - Las virtudes

LAS VIRTUDES

Además de las bienaventuranzas de Jesús, hay muchos frutos del Espíritu Santo que se enumeran en las Escrituras y que se refieren en los escritos de los santos de la Iglesia. Estos frutos del Espíritu se llaman a menudo *“virtudes cristianas”*, que literalmente significan esos poderes y posesiones de la mente y del corazón que todos los hombres deberían tener si son verdaderamente humanos, realizándose como creados a imagen y semejanza de Dios.

En términos generales, todas las virtudes humanas son atributos del mismo Dios. Estas son las características de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre. Son las propiedades divinas que deberían estar en todos los seres humanos por el don de Dios en la creación y en la salvación por medio de Cristo.

Lo que se encuentra en el hombre como bueno, bello y verdadero, se encuentra allí a causa de Dios y es de Dios. Este es el caso, si se realiza o no, de que *“toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto y descende del Padre de las luces”* (Sant 1:17), y es el mismo Cristo, el Hijo eterno y Palabra de Dios, que es la luz y la vida de todo hombre que ha vivido y se ha iluminado en esta tierra (Cf. Jn 1: 1-10). Así, el apóstol Pablo aconseja a los fieles de Cristo:

“Por último, hermanos, lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, si hay virtud alguna, si hay algo digno de alabanza, piensen en esas cosas” (Fil 4:8).

A medida que *“pensamos en esas cosas”*, nos referiremos a la enseñanza del apóstol mismo y de todos los apóstoles y maestros de la fe cristiana que han sido iluminados e inspirados por Dios a través del Señor Jesucristo, por el poder del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia.



LA FE

El fundamento de toda virtud y de la vida cristiana es la fe. La fe es la posesión natural de todos los hombres sabios y virtuosos. Porque si una persona no cree en la capacidad del hombre de conocer, hacer el bien y encontrar un significado en la vida, y si no cree que esto es posible y digno de sus esfuerzos, entonces nada sabio o virtuoso puede lograr. La característica sobresaliente de todos los profetas, de los apóstoles y de los predicadores es recordar que la ausencia de fe en las capacidades del hombre para hacer el bien y buscar la verdad, la ausencia de fe en el significado y el valor de la vida también es una ausencia de fe en Dios.

La fe en Dios es la virtud fundamental de todos los santos (Cf. Heb 1:1). El prototipo del creyente en Dios es Abraham, el padre de Israel.

“Porque la promesa a Abraham y a su descendencia de que él sería heredero del mundo, no fue hecha por medio de la ley, sino por medio de la justicia de la fe. Porque si los que son de la ley son herederos, vana resulta la fe y anulada la promesa; porque la ley produce ira, pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión. Por eso es por fe, para que esté de acuerdo con la gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda la posteridad, no sólo a los que son de la ley, sino también a los que son de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros, (como está escrito: Te he hecho padre de muchas naciones), delante de aquel en quien creyó, es decir Dios, que da vida a los muertos y llama a las cosas que no son, como si fueran. El creyó en esperanza contra esperanza, a fin de llegar a ser padre de muchas naciones, conforme a lo que se le había dicho: así será tu descendencia. Y sin debilitarse en la fe contempló su propio cuerpo, que ya estaba como muerto puesto que tenía como cien años, y la esterilidad de la matriz de Sara; sin embargo, respecto a la promesa de Dios, Abraham no titubeó con incredulidad, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, y estando plenamente convencido de que lo que Dios había prometido, poderoso era también para cumplirlo.

Por lo cual también su fe le fue contada por justicia. Y no sólo por él fue escrito que le fue contada, sino también por nosotros, a quienes será contada: como los que creen en aquel que levantó de los muertos a Jesús nuestro Señor, el cual fue entregado por causa de nuestras transgresiones y resucitado por causa de nuestra justificación” (Rom 4:13-25).

La fe en Dios es fundamental para la vida espiritual. Y creer en Dios es creer en su Hijo Jesucristo, así:

“Que no se turbe vuestro corazón, creéis en Dios, creed también en mí. (...) Creed que yo soy en el Padre y el Padre en mí” (Jn 14: 1-11).

La fe en Jesús como “el Cristo, el Hijo del Dios viviente”, es el centro de la vida cristiana y el fundamento de la Iglesia (Mt 16:16). Esta es la fuente de toda sabiduría, poder y virtud. Es el medio por el cual el hombre puede conocer y hacer todas las cosas, porque “todo es posible para quien cree” (Mc 9:23, Mt 17:20).

“Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Jn 15:4-5)

La fe, en primer lugar, es “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Heb 11:1), es la confianza en las capacidades espirituales del hombre y en la bondad y el poder de Dios. Ella

trata del asentimiento intelectual y la confianza existencial cotidiana en las promesas y los dones de Dios, dados al mundo en la creación y en la salvación en Cristo y el Espíritu Santo. La fe misma es un *“don de Dios”* que da a todos y es aceptado por los pobres de espíritu y los puros de corazón, que están abiertos al obrar de Dios en sus vidas (Ef 2:8).

La fe genuina no es un salto a ciegas en la oscuridad, una aceptación irracional e irrazonable de lo irracional o lo absurdo. La fe genuina es eminentemente razonable, está arraigada y fundada en la naturaleza razonable del hombre como creado a imagen de Dios. No creer, de acuerdo a las Escrituras y a los santos, es el epítome de lo absurdo y la insensatez.

“Dice el necio en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido, hacen obras abominables, no hay quien haga lo bueno. El Señor mira desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si hay alguien que actúe con prudencia, que busque a Dios” (Sal 14:1-2, 53:1-2).

El hombre fue hecho para tener fe en Dios. No creer en Dios es una perversión de la naturaleza humana y la causa de todos los males. La debilidad y la falta de fe en Dios se fundan en el pecado, la impureza y el orgullo. Nunca es simplemente el resultado de un error intelectual o una confusión mental. Siempre es el resultado de la supresión de la verdad a través de la maldad, el intercambio de la verdad de Dios por la mentira, la denegación, consciente o inconscientemente, de reconocer a Dios con honor y acción de gracias (Cf. Rom 1).

“Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad” (Is 6:9-10, Mt 13:14-15).

La persona espiritual vive *“por la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”* (Gal 2:20). El hombre espiritual es el que, por la gracia del Espíritu de Dios, es fiel en todas las cosas.

LA ESPERANZA

La virtud de la esperanza va de la mano con el poder de la fe. El patriarca Abraham *“creyó en esperanza contra toda esperanza que él sería el padre de muchas naciones”* (Rom 4:18). Y la esperanza, al igual que la fe, es en lo que no se ve.

“Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve no es esperanza. Porque, ¿quién espera lo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con paciencia” (Rom 8:24-25).

La esperanza es la certeza de la buena evolución de nuestras vidas vividas por la fe en Dios. La esperanza es el poder de la convicción de que la vida que tiene fe producirá frutos. La esperanza es la confianza, que a pesar de toda oscuridad y del pecado, que la luz del perdón amoroso de Dios está sobre nosotros para hacer con nosotros y por nosotros lo que nosotros mismos no podemos hacer.

“Nuestra alma espera en el Señor: él es nuestro auxilio y escudo. Nuestros corazones se alegrarán en Él, porque confiamos en su santo nombre. Que tu misericordia, Señor, sea sobre nosotros, así como nosotros esperamos en Ti” (Sal 33:20-22).

Lo contrario de la esperanza es el desaliento y la desesperación. De acuerdo a la tradición

espiritual de la Iglesia, el estado de desaliento y de desesperación es la condición más grave y terrible en el que una persona puede estar. Este es el peor y más perjudicial de los estados pecaminosos posibles para el alma. La pérdida de la esperanza es el peor estado espiritual posible, porque sin esperanza nada es posible, ni siquiera tener fe. Si una persona es infiel, puede ser castigado y convencido. Si una persona siente orgullo, puede ser humillado; si está en un estado de impureza, puede ser limpiado; si se siente débil, puede fortalecerse; ser malo y convertirse. Pero si una persona está abatida y desesperada, la condición misma de su enfermedad es tal que su corazón y su alma están muertos y no responden a la gracia de Dios y al apoyo de sus hermanos.

“...La fuerza del desaliento... lo abrumba y oprime su alma, y esto es una muestra del infierno, ya que produce mil tentaciones: se une a la irritación, protestando y lamentándose mucho de uno mismo, y los malos pensamientos vagan de un lugar a otro, y así sucesivamente” (San Isaac de Siria, Direcciones de Formación Espiritual).

“El demonio del desaliento, que se llama el “demonio del mediodía” (Sal 91:6) es más grave que todos los demás. ...Se despierta en él una vejación contra el lugar y el modo de la vida misma y su trabajo, y agrega que no hay más amor entre los hermanos, y nadie puede consolarlo... Entonces, provoca en él un anhelo de otro lugar...” (Evagrio Póntico, A Anatolio: Sobre los Ocho Pensamientos).

El único remedio para la desesperación es la humildad y la paciencia, la celebración constante de la vida de la fe, aun sin convicción ni sentimiento. Es la simplificación de la vida en el ir a través de cada día, viviendo un día a la vez, con la continua observancia, aunque sea externa, de la lectura bíblica, de la participación litúrgica, del ayuno, la oración y el trabajo. El consejo de San Benito (Siglo VI) era mantenerse estable en su propio lugar, haciendo *“lo que está haciendo”*, tanto como pueda con toda la atención posible. El consejo de San Serafín (siglo XIX) es visitar a amigos espirituales, a aquellos que tienen esperanza, que son misericordiosos, alegres y fuertes. Hay que mantenerse firme hasta el final del camino árido y oscuro, hasta que la luz de la esperanza bienaventurada y la comodidad se encuentren nuevamente. No hay otro camino, y *“aquellos que lo encuentran son pocos”* (Mt 7:14). Pero cuando uno *“lucha y vence al desaliento y a la desesperación, esta lucha es seguida por un estado de paz y el alma se llena de un gozo inefable”* (Evagrio Póntico, a Anatolio: Sobre los Ocho Pensamientos).

“Cuando somos atacados por el demonio del desaliento -el más grave de todos, pero el que más hace que el alma lo experimente- dividamos el alma en dos, y hagamos de una parte la que conforta y la otra parte la que es consolada, sembramos semillas de buena esperanza en nosotros mismos, cantemos con el salmista David: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios y volverás a alabarlo, mi ayuda y mi Dios” (Sal 42:5; Evagrio Póntico, a Anatolio: Textos sobre la vida activa).

A veces la gente piensa que una cierta *“falta de esperanza”* es una virtud cristiana. Piensan que al proclamar que todo está perdido se agrada a Dios por su humildad y dolor por los pecados propios y los del mundo.

Ellos piensan que cuanto más uno se concentra en los males de los hombres, más se exalta la fuerza de los malvados, más se suspira y se dice: *“¡No hay otra ayuda más que Dios!”*, y así más justos y piadosos se vuelven los demás. Pero esto es un error. No tiene nada que ver esto con el paciente que sufre a manos de los malos, y la lucha que tiene el paciente contra los poderes del mal estando absolutamente seguro de su victoria final y total en Dios, la fuente de su fuerza y su esperanza.

No es una virtud sentirse débil e indefenso en presencia de los impíos. No es una virtud para sí mismo considerarse totalmente a merced del mal y del pecado. Pero si es una virtud estar siempre *“gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación”* sabiendo y creyendo que la victoria final es de Dios (Rom 12:12).

EL CONOCIMIENTO

La fe y la esperanza van de la mano con el conocimiento. Estas se construyen en el conocimiento y, a su vez, conducen al conocimiento. Por que lo que “no se ve” es creído y esperado en la base de lo que se ve. Y la comprensión de lo que se ve depende de la creencia y la esperanza en lo que no se ve. La creencia y la esperanza en la capacidad de conocer, de confiar en sus sentidos, en su mente y en la revelación de su Dios, son la base de todo conocimiento.

El hombre fue creado para conocer a Dios, no sólo para creer en él y esperar en Él, sino para conocerlo, amarlo y servirlo. El conocimiento de Dios es el objetivo y la meta de la vida del hombre, el propósito de su creación por parte de Dios.

“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. Padre justo, el mundo no te ha conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Hice conocer tu nombre y lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos” (Jn 17:3, 25-26)

La fe, como un don dado por Dios, se traduce en el conocimiento de Dios. El Señor desea que el hombre “conozca la verdad”, y así llegar a ser libre de toda ceguera, de la ignorancia y del pecado (Jn 8:32). Esta es la enseñanza central del Señor Jesucristo, de la ley y los profetas del Antiguo Testamento y de los apóstoles y maestros de la Iglesia.

“Para entender sabiduría y doctrina, para conocer razones prudentes, para recibir el consejo de prudencia, Justicia, juicio y equidad; para dar sagacidad a los simples, y a los jóvenes inteligencia y cordura. Oirá el sabio, y aumentará el saber, y el entendido adquirirá consejo, para entender proverbio y declaración, palabras de sabios, y sus dichos profundos. El principio de la sabiduría es el temor del Señor; los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza” (Prov 1:1-7).

En todas sus cartas, pide el apóstol Pablo a los fieles que “sean llenos del conocimiento de la voluntad de Cristo en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para llevar una vida digna del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios”, ya que “Dios nuestro Salvador quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (Col 1:8-9, I Tim 2:4).

En todos sus escritos, el apóstol insiste, asimismo, que los fieles tienen “toda la riqueza del conocimiento del misterio de Dios de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”, y que el “hombre espiritual” tiene “la mente del Señor... la mente de Cristo” (Col 2:2-3, I Cor 2:6-16).

El apóstol Juan da la misma doctrina que San Pablo cuando dice que el “Espíritu de Verdad”, que Cristo ha dado “les enseñará todas las cosas” y “los guiará a toda la verdad” (Jn 14:26, 16:13), vive realmente en medio de los creyentes.

“Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira procede de la verdad. ¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna. Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no

tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados. Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace justicia es nacido de él” (I Jn 2:20-29).

En la tradición espiritual de la Iglesia, el conocimiento de Dios y su verdad es la meta principal de la vida. *“Porque ¿qué sentido habría para la creación”, se pregunta San Atanasio el Grande (Siglo IV), “si el hombre no debe conocer a Dios?” (Sobre la Encarnación, Libro 1). El conocimiento de Dios, de hecho conocimiento en sí mismo, de acuerdo con la Escrituras y los santos, no es mero “conocimiento”, o sea conocimiento abstracto de información y de proposiciones racionales, desprovisto de una experiencia vivencial. El conocimiento es primordial y esencialmente una unión existencial del hombre espiritual y el objeto de su conocimiento. San Gregorio de Nisa (Siglo IV) dice: “El Señor no dice que uno tiene la bendición de saber algo acerca de Dios, sino más bien de poseer a Dios en uno mismo” (Sobre las bienaventuranzas, Sermón 6). La posesión de Dios dentro de la mente y del corazón es el verdadero conocimiento de Dios. Viene a través de la fe y del arrepentimiento en la vida de la Iglesia. Viene fundamentalmente a través de la purificación de la Gracia de todas las pasiones pecaminosas. San Juan Clímaco escribe así:*

“El crecimiento del temor es el principio del amor, pero un completo estado de pureza es el fundamento de todo conocimiento divino. El que ha unido perfectamente sus sentimientos a Dios es místicamente guiado por Él para la comprensión de sus palabras. Pero sin unión no se puede hablar de Dios. La palabra implantada (Sant 1:21) perfecciona la pureza... Y el discípulo del divino conocimiento es iluminado. ...Pero el que no ha llegado a conocer a Dios simplemente especula. La pureza hace un teólogo (es decir, a uno que conoce a Dios)” (La Santa Escala, Escalón 30).

Enlistar al conocimiento entre las virtudes del hombre es muy importante porque en la actualidad existe la convicción generalizada de que el hombre está condenado a la ignorancia en materia de religión y de vida espiritual. Aunque la mayoría de la gente está segura que el conocimiento es posible en el ámbito de las ciencias naturales, muchos negarían el conocimiento genuino en el reino del Espíritu. Ellos dicen que uno puede conocer las cosas de este mundo físico, pero no puede conocer los misterios de Dios, ni a Dios mismo. Así, la religión se convierte en una cuestión de elección personal y de un gusto subjetivo, desprovisto de cualquier pretensión a la verdad objetiva y al conocimiento genuino. Como hemos visto, esto no es precisamente la enseñanza de las Santas Escrituras y de los santos.

“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén” (Rom 1:18-25).

LA SABIDURÍA

La virtud de la sabiduría difiere del conocimiento en que la sabiduría normalmente se entiende como la visión inmediata de las cosas, la comprensión práctica y la aprehensión de lo que es verdadero y justo en su expresión y forma viva. El hombre sabio es el que ve clara y profundamente los misterios de Dios. Él es el único que puede dar consejos concretos en los asuntos cotidianos de la vida, el único que puede señalar la voluntad de Dios para el hombre que se enfrenta a problemas y decisiones reales. Él es el único, que al igual que Jesús, sabe no sólo lo que está en Dios, sino *“lo que hay en el hombre”* (Cf. Jn 2:25).

En el Antiguo Testamento existe todo un cuerpo de literatura desarrollada sobre el tema de la sabiduría divina. El libro de los Salmos, Proverbios y otros escritos de sabiduría como el Eclesiastés, y la sabiduría de Salomón y Jesús, hijo de Sirac muestran claramente lo que la sabiduría es, y lo que es ser sabio.

“¿No clama la sabiduría, y da su voz la inteligencia? En las alturas junto al camino, a las encrucijadas de las veredas se para; en el lugar de las puertas, a la entrada de la ciudad, a la entrada de las puertas da voces: Oh hombres, a vosotros clamo; dirijo mi voz a los hijos de los hombres. Entended, oh simples, discreción; y vosotros, necios, entrad en cordura. Oíd, porque hablaré cosas excelentes, y abriré mis labios para cosas rectas. Porque mi boca hablará verdad, y la impiedad abominan mis labios. Justas son todas las razones de mi boca; no hay en ellas cosa perversa ni torcida. Todas ellas son rectas al que entiende, razonables a los que han hallado sabiduría. Recibid mi enseñanza, y no plata; y ciencia antes que el oro escogido. Porque mejor es la sabiduría que las piedras preciosas; y todo cuanto se puede desear, no es de compararse con ella. Yo, la sabiduría, habito con la cordura, y hallo la ciencia de los consejos. El temor de Dios es aborrecer el mal; la soberbia y la arrogancia, el mal camino, y la boca perversa, aborrezco. Conmigo está el consejo y el buen juicio; Yo soy la inteligencia; mío es el poder” (Pro 8:1-14).

En el Nuevo Testamento, la sabiduría divina se encuentra en Jesucristo, que es Él mismo *“la sabiduría de Dios”* (I Cor 1:24).

“Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen. Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios destinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria. Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie” (I Cor 2:6-15).

En las Sagradas Escrituras, el Espíritu del Señor se llama *“el espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor”* (Is 11:2). Este es el espíritu que el Señor da a los que creen en él.

“Por que Dios ha dado a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en si mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra... Por esta razón ... no ceso de dar gracias a Dios por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, teniendo los ojos de sus corazones iluminados, para que sepáis la esperanza a la que Él los ha llamado, y cuáles son las riquezas de Su herencia en los santos, y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos... Por esta causa yo, Pablo he escrito... para aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas, que por medio de la iglesia, la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer...” (Ef 1:9-10,15-19, 3:1-10).

En la Iglesia, como dice San Pablo, la sabiduría divina se da a la persona espiritual. El hombre sabio, que posee el Espíritu de Dios, puede manifestar el *“conocimiento de salvación a su pueblo... para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz”* (Lc 1:77-79). Lo opuesto a la sabiduría divina es la necedad pecaminosa que lleva al hombre a la calamidad, a la tristeza, la ruina y la muerte (Cf. Prov 10-14). En la vida espiritual de la Iglesia son los sabios, los maestros espirituales y los maestros santos, los que han ganado la sabiduría divina y por lo tanto se hicieron competentes para dirigir y guiar el destino de las almas inmortales. Es por esta razón que todos los hombres deberían someterse a sus instrucciones y reglas.



LA HONESTIDAD

El hombre prudente que tiene conocimiento vive de acuerdo a la verdad a través de una vida totalmente honesta. Honestidad significa, ante todo, decir la verdad y nunca *“dar falso testimonio”* (Ex 20:16).

“Hay seis cosas que el Señor aborrece, y siete son abominación para El: los ojos altivos, la lengua mentirosa y las manos que derraman sangre inocente, el corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos en correr para hacer el mal, el testigo falso que respira mentiras, y el que siembra discordia entre los hermanos” (Prov 6:16-19, cf 11:1, 12:17, 17:4, 21:28, 25:14, 18).

Esta enseñanza bíblica básica es también la de los apóstoles.

“Oramos a Dios para que no hagáis lo que está mal... sino que hagan lo que es honesto... porque no podemos hacer nada contra la verdad, sino sólo por la verdad” (II Cor 13:7-8).

Honestidad significa también actuar real y abiertamente, sin pretensiones, ni con la presentación de una falsa imagen de uno mismo. Significa, en una palabra, no ser un hipócrita.

Sobre todas las cosas, Cristo el Señor odia y condena la hipocresía, la mentira y el engaño. El acusó al diablo en persona, antes que nada, de ser un engañador y un mentiroso, fingiendo ser otro, presentándose a sí mismo y enseñando algo totalmente distinto de la falsedad y la maldad que en realidad son (Cf. Jn 8:44-47). Este es el camino de todos los falsos profetas, y del propio anticristo.

“Porque muchos engañadores han salido por el mundo, los hombres que no quieren reconocer la venida de Jesucristo en la carne, tal persona es el engañador y el anticristo” (II Jn 7).

“Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre diciendo: “Yo soy el Cristo”, y los llevarán por mal camino... Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos... Los falsos Cristos y falsos profetas se levantarán, y mostrarán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos” (Mt 24:4,11,24).

En su feroz condena de la maldad de los escribas, fariseos y escribas, Cristo fue más violento contra su hipocresía. De todos los males de los hombres, el más vil a los ojos del Señor es, sin duda, la hipocresía.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo que está dentro de la copa y del plato, que también lo de fuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera lucen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda impureza. Así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro están llenos de hipocresía y de iniquidad” (Mt 23:25-28).

La persona espiritual no es un hipócrita. Se muestra honestamente por lo que es, y no pretende ser lo que no es. Él se revela a todos exactamente como lo que realmente es. Él no dice o hace algo que llevaría a la gente a tener una falsa impresión de él ni de nadie ni de nada. Él es absolutamente sincero y puro en todo lo que piensa, dice y hace, sabiendo que Dios todo lo ve y juzga con justicia a todos aquellos que *“andan en integridad”* (Cf. Sal 26:1,11).

LA HUMILDAD

En la tradición ortodoxa, la humildad a menudo ha sido llamada la *“madre de todas las virtudes”*, y el orgullo ha recibido el nombre de *“la causa de todo pecado”*. El sabio y el honesto es aquel que es humilde.

*“La arrogancia precede a la ruina; el espíritu altivo a la caída.
Mejor es ser humilde con los pobres que participar en el botín con los soberbios.
El orgullo del pobre lo humillará; el humilde de espíritu obtendrá honores”*
(Pro 16:18, 16:19, 29:23).

Según el Evangelio, en el canto de la Virgen, el Señor *“dispersa a los soberbios por el pensamiento de sus corazones y enaltece a los humildes y los mansos”* (Cf. Lc 1:51-52). Esta es la enseñanza exacta de Jesús:

“Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Lc 14:11, 18:14, Pro 3:34).

La humildad no significa degradación o remordimiento. No significa llevar a cabo algún tipo de comportamiento degradante externo. No significa considerarse a uno mismo como el más vil y repugnante de los seres creados. El mismo Cristo fue humilde y no actuó de esta manera. Dios mismo, de acuerdo con la tradición espiritual de la Iglesia, tiene perfecta humildad, y ciertamente no actúa de esta manera.

La humildad genuina significa ver la realidad tal como es en Dios. Esto significa conocerse a uno mismo y a los demás como Dios conoce – y esto es un poder, de acuerdo a San Isaac, mayor que el de resucitar a los muertos. El humilde deja a un lado toda vanidad y engreimiento en el servicio de la menor de las criaturas de Dios, y considera una acción como buena si ésta busca la dignidad y el honor de la persona. La humildad es reconocerse a uno mismo, sin la gracia de Dios, como polvo, pecador y muerto.

Dios es humilde porque Él se preocupa por los más pequeños: los pájaros en el aire, la hierba en los campos y el peor de los pecadores (Cf. Mt 6:25-30). Cristo es humilde porque se asocia con los humildes, llegando a ser el esclavo de todos para tomar sobre sí los pecados del mundo.

“Pues si yo, el Señor y el Maestro les he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros” (Jn 13:14-15). *“Sabéis que los gobernantes se enseñorean sobre sus súbditos, y que los grandes ejercen autoridad sobre ellos. No sea así entre vosotros, sino que el que quiera ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, sea vuestro esclavo; así como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”* (Mt 20:25-28).

Todos los cristianos deben seguir el ejemplo de Cristo en su humildad divina. San Pablo enseña así:

“Nada hagáis por contienda o por vanagloria, sino con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos. Que cada uno de ustedes no busque lo suyo propio, sino también por los intereses de los demás. Tened entre vosotros este mismo sentimiento que tuvo Cristo Jesús, el cual siendo en forma de Dios,

no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres. Y estando en la condición de hombre, se humilló y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil 2:3-11).

La exaltación de Jesús como hombre depende enteramente de su anonadamiento y humildad. La verdadera grandeza, la grandeza divina, es la capacidad de ser el menor con la certeza absoluta de que así imitamos a Dios mismo.

La verdadera humildad del hombre pecador es saber que, en efecto, de acuerdo con las propias posibilidades y dones, el es verdaderamente el primero y el más grande de los pecadores (cf. I Tim 1:15), porque cada uno ha pecado en su camino *“como ningún otro hombre”* (San Andrés de Creta, Siglo VII, Canon Penitencial). La persona verdaderamente humilde es aquella que, confesando sus pecados, es *“fiel en lo poco”*, y al hacerlo, es exaltado por el Señor quien le *“confiará mucho”*. Sólo una persona así *“entra en el gozo de su Señor”* (Mt 25:14-23, Lc 19:17).

LA OBEDIENCIA

Al hablar de la humildad de Cristo, San Pablo dice que Jesús fue obediente a Dios su Padre *“hasta la muerte, y muerte de cruz”* (Fil 2:8). En verdad, Jesús obedeció a Dios en todo lo que hizo.

“Porque yo he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de todo lo que Él me ha dado, sino que lo resucite en el último día” (Jn 6:38-39).

Todo lo que Jesús ha sido y es, lo recibió de Dios el Padre. Desde la eternidad, el Hijo ha escuchado al Padre para hacer su obra y cumplir su voluntad. La voluntad de Dios es que el Hijo debe hacerse hombre, cargar con los pecados del mundo y morir en la carne, con el fin de levantar a los muertos para que *“nada se pierda”*. Jesús logró esto en obediencia perfecta y divina, dando el ejemplo a todos.

“Padre mío, si es posible, que esta copa pase de mí, sin embargo, no como yo quiero, sino como tú... Si esto no puede pasar hasta que yo lo beba, hágase tu voluntad” (Mt 26:39, 42).

No hay degradación en la obediencia a Dios, ni tampoco nada vergonzoso o humillante. Por el contrario, hacer la voluntad de Dios es la gloria y la vida. Esta es la más alta dignidad del hombre, su mayor alegría y deleite (Cf. Sal 119). Es el camino de la perfección para todos, incluso para el mismo hombre Jesús.

“Y aunque era Hijo, aprendió la obediencia por lo que padeció, y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de la salvación para todos los que le obedecen” (Heb 5:8-9).

La desobediencia a Dios y a su Hijo Jesucristo es la fuente de todo pecado. Negarnos a someternos a Dios en todas las cosas es la causa de todo sufrimiento y de la muerte. Los que escuchan el Evangelio y no entran en el reposo eterno de Dios es *“a causa de la desobediencia”* (Heb 5-6, cf. Deut 4:29-31)

En la tradición espiritual ortodoxa, la obediencia es una virtud fundamental: la obediencia al Señor, al Evangelio, a la Iglesia (Mt 18:17), a los líderes de la Iglesia (Heb 13:7), a los padres y a los ancianos, a *“toda institución humana”* (I Pe 2:13, Rom 13:1), *“unos a otros en el temor de Cristo”* (Ef 6:21). No hay vida espiritual sin obediencia, no hay libertad o liberación de pasiones pecaminosas o de deseos sin obediencia. Para someternos a la disciplina de Dios en todas sus formas humanas, solo lo logramos obteniendo *“la libertad gloriosa de los hijos de Dios”* (Rm 8:21). Dios nos disciplina como Sus hijos por su gran amor por nosotros. *“Él nos disciplina para nuestro bien, para que podamos compartir Su santidad”* (Cf. Heb 12:3-11). Nuestra obediencia a los mandamientos de Dios y la disciplina es el signo propio de nuestro amor por Él y por Su Hijo.

“El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama, y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él. (...) Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amaré, y vendremos y haremos morada con él. El que no me ama no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (Jn 14:21-24).

LA PACIENCIA

Para ser obedientes en todo a Dios es necesaria la virtud de la paciencia. San Pablo enumera esta virtud como uno de los *“frutos del Espíritu”* (Gal 5:22). Cristo mismo, en su humilde obediencia a Dios, fue extremadamente paciente.

Ser paciente significa literalmente sufrir y soportar. Significa esperar en el Señor en medio de todas las tribulaciones y pruebas con coraje y esperanza. Significa aguantarse a uno mismo y a los demás, crecer poco a poco en la gracia de Dios a través del esfuerzo diario para guardar sus mandamientos y cumplir su voluntad. Sólo aquellos que son pacientes, de acuerdo con Cristo, dan frutos de las semillas de la Palabra de Dios que se siembran en sus corazones.

“Y los que cayeron en buena tierra, son éstos quienes, al oír la Palabra, celebran con corazón bueno y recto, y dan fruto con perseverancia” (Lc 8:15).

En tiempos de persecución, cuando los cristianos eran entregados para dar testimonio de Cristo, siendo *“aborrecidos de todos por causa de mi nombre”*, el Señor aconsejaba a sus seguidores lo siguiente: *“en la paciencia, ganaréis vuestras almas”*, que significa *“a través de su perseverancia ganaréis vuestras almas”* (Lc 21:19).

“Tengan paciencia, pues, hermanos, hasta la venida del Señor. He aquí, el labrador espera el precioso fruto de la tierra, siendo que el paciente acaba hasta que reciba la lluvia temprana y tardía. Tened también vosotros paciencia. Afirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca. No se quejen... unos contra otros, para que no seamos condenados; he aquí, el juez está delante de la puerta. Como ejemplo de aflicción y de paciencia tengan a los profetas que hablaron en nombre del Señor. He aquí, los que llamamos felices que eran firmes. Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es compasivo y misericordioso...” (Sant 5:7-11)

Demasiado a menudo las personas se embarcan en la vida espiritual olvidando que la paciencia es una virtud, y que, debido a la libertad del hombre, el esfuerzo para limpiar la vida del pecado es un trabajo tedioso y de largo plazo. Todo se espera de una vez, con poco esfuerzo.

Demasiado a menudo, también, las personas que desean tener paciencia olvidan que la virtud es una gracia de Dios y un fruto del Espíritu. Ellos piensan que pueden alcanzar la paciencia por ellos mismos por la fuerza de la voluntad en sí misma, por razonamientos y consideraciones humanas. Tales personas nunca encontrarán la paz para sus almas.

La virtud de la paciencia se encuentra en la resistencia firme dada por Dios. Es el poder de *“permanecer en la cruz”* no importa haciendo qué, sino sólo haciendo la voluntad del Señor. La paciencia se une con la fe, la esperanza, el amor, la humildad y la obediencia, en que es lo único que trae la fuerza para seguir adelante. Hay que renovarla todos los días a través del ayuno, de la oración y de la comunión con Dios en la Iglesia. La encontramos cuando uno se entrena a sí mismo para recordar a Dios, permanecer en Cristo y ver todas las cosas a la luz del Reino de Dios. Si uno desea ser paciente, hay que estar unido con Cristo y vivir por el poder del Espíritu. De acuerdo con los maestros espirituales, no hay otra manera.

“No os ha sobrevenido tentación que no sea humana. Dios es fiel, y Él no os dejará ser tentados sobre vuestras fuerzas, sino que con la tentación proveerá también la vía de escape, para que puedan ser capaces de soportar”
(I Cor 10:13).

“Echa tu carga sobre el Señor, y él te sustentará; El nunca permitirá que el justo sea movido” (Sal 55:22;. Cf. I Ped 5:7).

EL CORAJE

La virtud de la valentía y del valor debe acompañar a la paciencia. Sólo aquel que tiene valor o coraje puede ser realmente paciente en todas las cosas. Ser valiente no significa simplemente no tener miedo. Muchas veces en los Evangelios, Cristo habla de esta virtud y ordena a sus discípulos ser valientes, siguiendo ejemplos del Antiguo Testamento.

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la fortaleza de mi vida, ¿de quién he de atemorizarme?

Espera en el Señor, sé fuerte y deja que tu corazón tome coraje, sí, ¡Espera en el Señor! (Sal 27:1,14, Sal 31:24)

No temáis, manada pequeña, porque es la buena voluntad del Padre para daros el reino.

Les digo, amigos míos: No teman a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Les enseñaré a quién deben temer: Teman a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, les digo, a éste teman (Lc 12:32,4-5).

En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo (Jn 16:33).

Los apóstoles eran absolutamente valientes, y aconsejaron a todos los hombres a seguir su ejemplo.

“Estén alerta, permanezcan firmes en la fe, sean hombres, sean fuertes” (I Cor 16:13).

“Sean fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza. Revístanse de toda la armadura de Dios que serán capaces de soportar” (Ef 6:10).

“Entonces, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús... Toma tu parte de los sufrimientos como buen soldado de Cristo Jesús” (II Tim 2:1-3; Cf. Heb 11:32-38).

La virtud de la valentía se expresa no sólo en tiempos de persecución y sufrimiento, sino también en la burla y el desdén. Se expresa así, simplemente, en lo más pequeño, en las cosas más comunes de la vida cotidiana. En la parábola que cuenta Cristo sobre los talentos, el hombre que solo recibe un talento es lanzado en tinieblas porque no pudo hacer uso de su pequeño talento por la simple falta de coraje: *“tuve miedo y escondí tu talento en la tierra”* (Mt 25:25-30). La persona con coraje se enfrenta a todas las cosas con valor y vive cada día, en cada pequeña cosa, con el poder de Cristo. Ser *“fiel en lo poco”* es un signo de gran valor. Los santos eran eminentemente valientes en sus propias vidas. Considera esta virtud si deseas llevar una vida espiritual.

El valor, según San Gregorio de Sinaí, es la primera de las *“cuatro virtudes originales”*, una de las *“cuatro virtudes principales”*, que contienen y constituyen a todas las demás (San Gregorio de Sinaí, siglo XIV, Instrucciones para los hesicastas).

“Si deseas tener un buen comienzo en la vida espiritual, en primer lugar prepárate para las tentaciones que te acontecerán. Porque el diablo tiene la costumbre de visitar con terribles tentaciones a los que él ve que inician una vida justa con ardiente fe (...) Por lo tanto prepárate para enfrentar valientemente a las tentaciones que seguro te asaltarán, y sólo entonces comienza a practicarla” (San Isaac de Siria, siglo VI, Direcciones de Formación Espiritual).

“Si persigues la virtud... es muy probable que seas atacado por el miedo... tal persona debe hacer todo lo posible para superar la cobardía, que es hija de la incredulidad y cuya hija es la vanagloria”.

“Un alma orgullosa es esclava de la cobardía, en vano confía en sí misma y teme cualquier sombra y el sonido de las criaturas”.

“El que se ha convertido en siervo del Señor teme solo al Maestro, pero quien todavía no le teme tiene a menudo miedo de su propia sombra”.

“El que ha conquistado la cobardía claramente ha dedicado su vida y su alma a Dios”. (San Juan Clímaco, La Santa Escala, Paso 21)



LA FIDELIDAD

Según las Escrituras, una de las principales características de Dios es su fidelidad absoluta. Esta virtud en el hombre también es considerada como uno de los *“frutos del Espíritu Santo”* (Gal 5:22).

Ser fieles significa ser absolutamente reales con la palabra dada, ser totalmente fieles a la devoción, ser completamente firmes e inquebrantables en la propia vocación recibida. Además significa permanecer en un servicio humilde, en la verdad y en el amor, no importa cuáles sean las condiciones o consecuencias. Ser fieles significa ser valientes y ser y hacer lo que uno debe ser y hacer la voluntad de Dios, a pesar de cualquier rechazo por parte de los demás y, a pesar de la falta de reconocimiento o agradecimiento. Dios mismo es perfectamente fiel. Él ha hecho promesas y ha declarado pactos, cumpliendo su palabra, sin importar lo que el hombre hace. Cuando el hombre es adúltero y no tiene fe, Dios permanece fiel (Cf. Jer 3, Ez 16), porque *“el Señor lo ha jurado y no cambiará de parecer”* (Sal 110:4, Heb 7:21).

“... Si le negamos, Él nos negará, si somos infieles, Él permanece fiel porque Él no puede negarse a sí mismo”
(II Tim 2:12-13).

Cristo es fiel a Su Padre y a sus criaturas hasta el final. Él no se aparta de su misión, sino que logra todo lo que Dios el Padre le ha dado por hacer (Cf. Jn 17:4). De acuerdo con el libro de Apocalipsis, el nombre de Jesús, la Palabra de Dios, es *“Fiel y Verdadero”*, Él es llamado *“el testigo fiel”*, de San Juan (Apo 19:11, 1:5).

El hombre espiritual es aquel que es fiel a su vocación, cumpliendo todas las buenas resoluciones, y dando frutos con paciencia con los dones y talentos dados por Dios. La persona espiritual es fiel en cada pequeña cosa - cada pensamiento, cada palabra, cada acto – *“conforme a la medida de fe que Dios le ha asignado”* (Rom 12:3), *“conforme a la medida del don de Cristo”*, que es *“dado a cada uno”* (Ef 4:7). Tal es la enseñanza principal de la parábola de los talentos. El que fielmente y sin temor se desarrolla y crece con lo que el Señor ha dado es el que oye la voz del Maestro.

“Bien hecho, siervo bueno y fiel, has sido fiel en lo poco (Lc 19:27), te confiaré mucho, entra en el gozo de tu Señor” (Mt 25:21)

Los principales enemigos de la fidelidad a Dios y al hombre son el orgullo, la codicia, la cobardía, la envidia y la negativa a servir humildemente dónde uno está, con las condiciones y los dones que Dios le ha provisto. La falta de fe nace cuando uno *“piensa más alto de sí que lo que debe pensar”* (Rom 12:3), teme que no se puede hacer nada con lo que Dios le ha dado, codicia de sus vecinos talentos y dones, y se mueve de un lugar a otro buscando satisfacerse y llenarse de las cosas de este mundo.

La fidelidad se caracteriza por la estabilidad del cuerpo y del alma, la negativa absoluta a moverse o ser movido por cualquier motivo indigno, la dedicación completa a lo que Dios le da a uno para ser visto con fe, con la gracia y la fortaleza que Dios le da para hacerlo. Como está escrito en los dichos de los Padres del desierto: *“Como un árbol no puede dar fruto si con frecuencia se trasplanta, tampoco puede un monje (o cualquier persona) que a menudo cambia de parecer moviéndose de un lugar a otro. La única manera de recibir la corona de la vida es ser fiel hasta la muerte en el lugar donde Dios nos ha puesto”* (Apo 2:10). La única manera de encontrar la alegría, la sabiduría y la paz es siendo fiel a su propia singularidad, sabiendo que cada persona tiene su propia vida y la vocación específica de Dios que nadie más tiene, y su misión específica, que ninguna otra persona puede realizar.

La persona espiritual desarrolla su vida en fidelidad, sin envidias ni temores, y así se convierte en lo que Dios quiere para él desde antes de la aurora de la creación.

TEMPLANZA

La templanza también aparece como un *“fruto del Espíritu”* para el Apóstol (Gal 5:22). Esta virtud es la que a menudo no se logra fácilmente, porque la gente se olvida que, como la paciencia, es una gracia de Dios y para conseguirla hay que buscar al Señor. En su lugar, creen que la templanza puede venir por el esfuerzo humano y el poder de voluntad.

La templanza es una de las principales características de Dios y es uno de los principales dones para el hombre como creado a imagen de Dios. De acuerdo con los santos, la templanza es uno de los principales elementos de la imagen divina en el hombre, coextensivo con el don de la libertad, que a menudo se explica como el elemento esencial y fundamental de la semejanza del hombre con su Creador. Cuando uno está perfectamente libre por la gracia de Dios – *“donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”* (II Cor 3:17) - también hay un perfecto control de uno mismo.

El hombre pierde la templanza cuando se vende al pecado y se convierte en esclavo de la corrupción y de sus pasiones carnales. Un hombre semejante ha quedado bien caracterizado en la segunda carta de San Pedro.

“...y mayormente a aquellos que, siguiendo la carne, andan en concupiscencia e inmundicia, y desprecian el señorío. Atrevidos y contumaces, no temen decir mal de las potestades superiores, mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y en potencia, no pronuncian juicio de maldición contra ellas delante del Señor. Pero éstos, hablando mal de cosas que no entienden, como animales irracionales, nacidos para presa y destrucción, perecerán en su propia perdición, recibiendo el galardón de su injusticia, ya que tienen por delicia el gozar de deleites cada día. Estos son inmundicias y manchas, quienes aun mientras comen con vosotros, se recrean en sus errores. Tienen los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón habituado a la codicia, y son hijos de maldición. Han dejado el camino recto, y se han extraviado siguiendo el camino de Balaam hijo de Beor, el cual amó el premio de la maldad, y fue reprendido por su iniquidad; pues una muda bestia de carga, hablando con voz de hombre, refrenó la locura del profeta. Estos son fuentes sin agua, y nubes empujadas por la tormenta; para los cuales la más densa oscuridad está reservada para siempre. Pues hablando palabras infladas y vanas, seducen con concupiscencias de la carne y disoluciones a los que verdaderamente habían huido de los que viven en error. Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció” (II Pe 2:10-19)

El hombre sin autodomínio es un esclavo. Está en cautiverio por el pecado, es el instrumento voluntario de las pasiones, es víctima de toda locura y del mal. Él está atado en su mente y en su corazón con *“la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos y la vanagloria de la vida”* (I Jn 1-17). Él es el *“hijo del diablo”* (Jn 8:44, Hech 13:10, I Jn 3:10) y posee una *“mente carnal”* (Rom 8:7).

“... Siguiendo el curso de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. Entre ellos también vivimos una vez en las pasiones de nuestra carne, siguiendo los deseos del cuerpo...” (Ef 2.3-4, Rom 1:18-32)

La templanza, de acuerdo con la tradición espiritual de la Iglesia, es el dominio espiritual sobre los deseos de la mente y de la carne. A menudo la llaman *“desapasionamiento”* los maestros espirituales. *“Desapasionamiento”* (lo que en algunos libros se llama *apatheia*) no significa la destrucción de los instintos naturales y los deseos del cuerpo y del alma, como la necesidad de dormir, comer y beber, o las emociones como la espiritual, los deseos, celos, entusiasmo, alegría, temor, tristeza o

miedo. Significa más bien el control de los sentimientos que son normales, naturales y saludables, y la mortificación de los sentimientos que son malos.

“El mal es el que se ve, no en la naturaleza de las criaturas, sino en sus movimientos erróneos e irracionales.

La “Apatheia” es un estado de paz del alma de la que no fácilmente se es trasladado a la maldad.

En el alma están estos poderes espirituales. En el cuerpo están sus sentidos y miembros. Alrededor de la persona están la comida, las posesiones, el dinero, etc. Un uso correcto o incorrecto de las cosas, y los efectos resultantes nos muestran como virtuosos o pecadores.

Las Escrituras... no prohíben comer o tener hijos o tener dinero y gastarlo con razón, pero prohíben la gula, la fornicación, y así sucesivamente.

Ni siquiera nos impide pensar en esas cosas... pero sólo nos prohíbe pensar en ellas con pasión y lujuria.

Cuando la mente no es el maestro, los sentidos tienen su propia influencia, y como regla general, los sentidos se mezclan con el poder del pecado que, a través del placer, llevan al alma a la piedad de la carne... Como resultado de ello, se comporta, como si fuera natural hacerlo, de una manera apasionada y lujuriosa y amante de los placeres de la carne y lleva al hombre lejos de la verdadera vida natural, instándole a ser para él el instigador del mal...

El mal para un alma racional es olvidarse de sus buenas gracias naturales, una actitud apasionada por la carne y el mundo. Cuando la mente se convierte en el maestro, quiere abolir esa actitud... con razón, al interpretar el origen y la naturaleza del mundo y de la carne...

A medida que la mente mantiene la pasión en su poder, hace de los sentidos los instrumentos de la virtud, entonces las pasiones, cautivando la mente, mueven los sentidos hacia el pecado. Es necesario ver cómo el alma puede tener un modo adecuado de acción mediante el uso de las virtudes que antiguamente se utilizaban para el pecado.

Un alma se mueve racionalmente cuando su potencia deseante ha adquirido dominio de sí misma, su poder se esfuerza hacia el amor... y su poder mental habita en Dios por la oración y la contemplación espiritual” (San Máximo el Confesor, siglo VII.).

Por lo tanto, es sólo la comunión con Dios, por medio de Cristo y el Espíritu Santo, que da el poder de templanza de la criatura racional de Dios.

LA BONDAD

La persona espiritual es buena. Nunca practica la crueldad en cualquiera de sus formas, sino que siempre es amable en sus relaciones con los demás. La bondad, de acuerdo con el apóstol Pablo, también es un *“fruto del Espíritu”* (Gal 5:22).

De acuerdo con las Escrituras, Dios mismo es bueno. A pesar de su enojo y la ira por los pecados de los hombres, el Señor es *“bueno con los ingratos y egoístas”* (Lc 6:35).

“Porque grande es su misericordia para con nosotros, y la fidelidad del Señor perdura para siempre” (Sal 117:2; Cf. Sal 31:21,119:76).

A los cristianos se los insta a seguir a Dios en su bondad y hacer todas las cosas con delicadeza y ternura. Especialmente cuando reprenden o corrigen a los demás, la persona espiritual tiene que ser amable.

“...El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido, corrigiendo a los propios opositores con dulzura...” (II Tim 2:24; Cf. Gal 6:1)

A los padres, especialmente se los insta a no *“provocar a sus hijos a la ira”* por falta de bondad y por crueldad (Ef 6:4, Col 3:21).

Muy a menudo sucede que las personas pueden ser amables con los extraños y con aquellos con quienes no se tuvo más que una relación causal, pero con personas con las que la relación es más larga y profunda - la familia, los parientes, los compañeros de trabajo, los demás miembros de la misma comunidad - a veces se asume que se puede ser cruel, y que incluso se tiene un cierto derecho a actuar de forma descuidada y con dureza. Esta es una gran tentación. La familiaridad y el contacto diario no dan el derecho de actuar cruelmente o comportarse groseramente. Para los más cercanos, es necesario actuar con dulzura continúa, ternura y bondad en cada acción y cada palabra. No puede haber ninguna excusa para la falta de sensibilidad y dureza, sea cual sea la relación. Personas espirituales deben *“hacer el bien a todos los hombres, y especialmente a aquellos que son de la familia de la fe”* (Gal 6:10)

“Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo. El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Ef 4:26-32)

La amabilidad no significa no ver los pecados de la gente, sino significa perdonarlos. La bondad tampoco significa *“ser amable”* con todos, sean quienes sean y hagan lo que hagan. Esto no quiere decir *“estar de acuerdo”* con los demás en todos los sentidos. Una persona amable corrige a los demás, si es necesario, y su bondad misma se mostrará en su cuidado y preocupación por el bienestar de su prójimo *“por quien Cristo murió”* (Rom 14:15)

“Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano” (Mt 18:15).

La corrección de una buena persona no es nunca con desprecio o con crueldad. Nunca ridiculiza, degrada o condena. Siempre anima y edifica con dulzura y comprensión.

LA GRATITUD

El hombre espiritual es el que da las gracias por todo. Él es quien todo lo recibe con acción de gracias, y que sabe que no tiene nada excepto lo que ha recibido de Dios (Cf. Jn 3:27).

“Y de su plenitud hemos recibido todos, y gracia sobre gracia” (Jn 1:16).

En el Antiguo Testamento, la acción de gracias fue central en la vida del pueblo de Dios. La liturgia del templo ofrecía sacrificios de acción de gracias y de alabanzas, y los salmos cantaban continuamente en acción de gracias a Dios.

“Cantad al Señor, oh vosotros sus santos, y den gracias a su santo nombre.

Vamos, lleguemos a su presencia con acción de gracias. Vamos, entremos por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanza. Dadle gracias, bendecid su nombre.

Es bueno dar gracias al Señor, cantar alabanzas a Su nombre, oh Altísimo, para declarar tu amor constante por la mañana, y tu fidelidad por la noche

Den gracias al Señor, porque Él es misericordioso y para siempre es su misericordia. (Los Salmos)

En el Nuevo Testamento, la acción de gracias es la esencia misma de la vida de la Iglesia. La palabra Eucaristía significa acción de gracias, y el centro del culto litúrgico de la Iglesia de Dios es cuando, en memoria de todos sus actos de salvación en Cristo, los fieles *“elevan sus corazones”* y *“dan gracias al Señor”*.

Las Escrituras y la vida de los santos abundan en acción de gracias a Dios por todas las cosas.

“Que no haya palabras deshonestas, ni necedades, ni frivolidades, que no convienen; sino antes bien acciones de gracias... siempre y para todo con acción de gracias en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a Dios Padre” (Ef 5:4,20).

“Estén siempre alegres, oren constantemente, den gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús por vosotros” (I Tes 5:16-18).

“Estad siempre alegres en el Señor, de nuevo os digo: ¡Regocijaos! (...) No se inquieten por nada, sino en toda oración y ruego, con acción de gracias presenten vuestras peticiones delante de Dios. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Fil 4:4-7).

La persona espiritual da gracias y actúa con gratitud en todas las circunstancias, en todo y por todo. Este agradecimiento se basa en la firme convicción de la misericordiosa providencia de Dios y en el cuidado en todas las cosas, en la fe inquebrantable de que *“Dios obra en todo para el bien de los que le aman”* o, como también puede ser traducido *“todo obra en conjunto para el bien de los que aman a Dios”* (Rom 8:28).

Los maestros espirituales, especialmente San Juan Crisóstomo (siglo IV), son muy estrictos en esta enseñanza. El hombre espiritual no sólo da gracias a Dios por lo que él considera bueno. Más

bien, da gracias a Dios por todo, incluso para lo que parece ser malo, a sabiendas de que el cuidado tierno de Dios está sobre todos, y que el mal en este mundo - que está siempre presente y que es inevitable (Cf. Jn 17) - puede ser en sí mismo vehículo para el crecimiento espiritual y la salvación si son bien entendidos y vencidos por la gracia de Dios.

Lo contrario de la gratitud es la amargura y la queja, es lamentar la suerte de uno en la vida a causa del orgullo y la codicia. Esto es causado por la ausencia de una humilde confianza en el Señor. Tiene sus raíces en una actitud de vida que no permite a la persona exclamar junto con el justo Job:

“Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré. El Señor dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor” (Job 1:21)

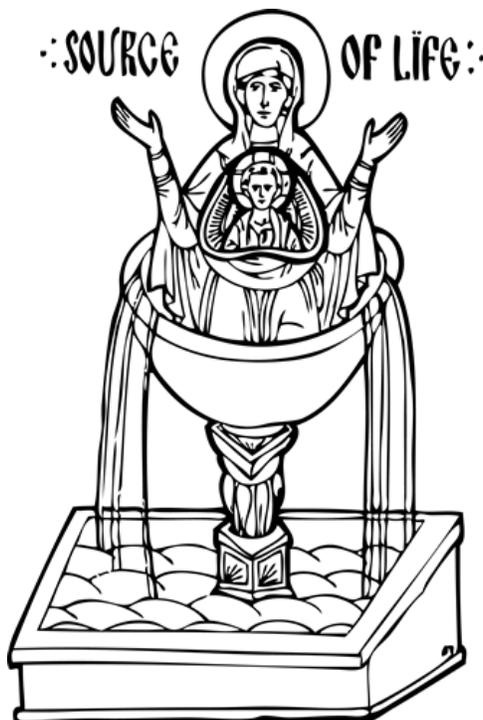
Agradecer a Dios en todo y por todo es el resultado de la fe y la fidelidad en Dios. Es el resultado de la absoluta confianza en el Señor, que sabe mejor que nosotros lo que necesitamos para nuestra salvación y hace todo lo que puede dentro de las malas condiciones del mundo para llevarnos a la vida eterna, a la paz y a la alegría. Es el producto de creer, con Isaías, en la palabra del Redentor, que dice:

“Por un breve momento te abandoné, pero te recogeré con grandes misericordias. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo el Señor tu Redentor.

Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo el Señor. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.

Así dijo el Señor: Guardad derecho, y haced justicia; porque cercana está mi salvación para venir, y mi justicia para manifestarse”
(Is 54:7-8, 55:8-9, 56:1).

Una persona expresa su agradecimiento a la medida en que confía en el Señor y tiene amor por Dios y por el hombre.



IV - La gran virtud del Amor

DIOS ES AMOR

De acuerdo con la fe cristiana *“la virtud más grande es el amor”* (I Cor 13:13). El amor es el *“cumplimiento de la ley”* de Dios (Rom 13:10). Porque Dios mismo es amor.

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo. Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero... (I Jn 4:7-19)

En estas palabras inspiradas del amado apóstol Juan, se ve la comunión del hombre con Dios, su vida espiritual, expresada en el amor. Donde no hay amor, Dios está ausente y no hay vida espiritual. Donde hay amor, Dios está y toda la justicia.

El amor del hombre tiene su origen en Dios. El amor de Dios siempre está primero. Los hombres deben amar a Dios y unos a otros porque Dios mismo los ha amado primero.

El amor de Dios se muestra en la creación y en la salvación del mundo en Cristo y en el Espíritu Santo. Todas las cosas fueron hechas por, en y para Jesucristo, el Verbo de Dios, y el *“Hijo de su amor”* (Col 1:13-17, Jn 1:1-3, Heb 1:2).

Cuando el mundo se convirtió en pecaminoso y muerto, *“tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo unigénito... no para condenar al mundo, sino para salvar al mundo”* (Jn 3:16, 12:47).

“Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna” (Tito 3:4-7).

El amor de Dios para con el hombre y su mundo en Cristo se da en el Espíritu Santo. Este amor es el primero y más grande *“fruto del Espíritu”* (Gal 5:22), *“porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”* (Rom 5:5).

En la tradición espiritual de la Iglesia, el objetivo de la vida, *“la adquisición del Espíritu Santo”*, se expresa más perfectamente en el amor (Cf. San Macario de Egipto, siglo IV, Homilias espirituales; San Serafín de Sarov, siglo XIX, Conversación con Molovilov). De hecho, el mismo Espíritu Santo se identifica con el amor de Dios por los santos, como lo demuestra en los escritos de San Simeón el Nuevo Teólogo.

“El Amor Santo, - es decir, el Espíritu Santo de Dios - el que no te conoce nunca ha saboreado la dulzura de tus misericordias, que sólo experiencias vivas nos puede dar. Pero el que te ha conocido, o que ha sido conocido por Ti, no puede tener la más mínima duda de esto. Porque Tú eres el cumplimiento de la ley, que llena, quema, inflama y abraza mi corazón con un amor inconmensurable. Tú eres el maestro de los profetas, de quienes descienden los apóstoles, la fuerza de los mártires, la inspiración de los padres y maestros, el perfeccionamiento de todos los santos. Sólo tú, oh amor, preparas incluso para mí el verdadero servicio de Dios” (San Simeón el Nuevo Teólogo, siglo XI, Homilía 53).

Así, Dios que es Amor entra en unión con el hombre a través del Hijo de su amor por el Espíritu de amor. Vivir en este amor divino es la vida espiritual.

La primera definición del amor como *ágape* es la del amor como la acción de la bondad perfecta para el bien del otro. Este es el sentido más básico del amor: hacer todo lo posible para el bienestar de los demás. Dios mismo tiene este amor como el contenido mismo de su ser y de su vida, porque *“Dios es ágape”*. Es con este amor que los hombres espirituales deben amar en primer lugar.

La segunda definición del amor como *eros* es la del amor como el bien de la unión de uno con otro. El amor erótico no es pecado cuando se está libre de pasiones pecaminosas. Puede ser el deseo completamente puro de la comunión con el otro, incluyendo a Dios. Todos los escritores espirituales han insistido en que ese amor debe existir entre Dios y el hombre como modelo para todo amor erótico en el mundo entre marido y mujer. Así, los escritores místicos y los padres espirituales han utilizado el libro del Antiguo Testamento el Cantar de los cantares como la imagen poética del amor de Dios para con el hombre y el amor del hombre para con Dios (Filón el Judío, Gregorio de Nisa, Bernardo de Claraval, Juan de la Cruz, Richard Rolle en Inglaterra). En efecto, los profetas han utilizado la imagen del amor erótico para explicar la relación del Señor con Israel (Is 54, Jer 2-3,31; Ez 16, Oseas) y San Pablo utiliza esta imagen para hablar del amor de Cristo por la Iglesia (Ef 6). En las Escrituras, la unión del hombre con el Señor en el Reino de Dios se revela sobre todo en la imagen del *eros* (Mt 22, Ap 19-22).

“Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos... (Apo 19:7-8)

“Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero” (Apo 21:9)

El tercer tipo de amor es el de la amistad *“filí”*. Este también debe existir entre el hombre y Dios. El hombre no tiene mejor amigo que Dios, y Dios mismo quiere ser amigo del hombre. De acuerdo a las Escrituras, el propósito mismo de la venida de Cristo es disipar toda enemistad entre Dios y el hombre, y establecer la sinergia en el trabajo del Creador y la criatura en la comunión de la amistad.

“Así pues, el Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre a su amigo” (Ex 33:11)

“Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos (o esclavos), porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15: 13-15).

Por lo tanto, es el amor como bondad, el amor como unión, el amor como amistad los que se encuentran entre Dios y el hombre y entre los seres humanos. No hay forma de amor verdadero fuera del que se establece en el ámbito de la vida espiritual.

EL AMOR DE DIOS

El primer y gran mandamiento de Dios es que sus criaturas le amen.

“Oye, Israel: El Señor nuestro Dios uno es. Y amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. (Mc 12:29-30, Mt 22:37, Lc 10:27, Deut 6:4-5)

“Este es el primer y más grande mandamiento” (Mt 22:38)

Amar al Señor Dios con todo el corazón significa no querer nada más que a Él y su santa voluntad. El corazón es el centro del hombre conforme a las Escrituras y a las enseñanzas de los santos. Es la *“parte más profunda”* del hombre, el fundamento y guía de su vida. Lo que está en el corazón del hombre, lo que su corazón desea, es lo que determina toda la vida y actividad de una persona.

“El íntimo pensamiento de cada uno de ellos, así como su corazón, es profundo” (Sal 64:6)

“El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Lc 6:45, Mt 12:34-35)

“Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (Mc 7:21-23)

*“Dame, hijo mío, tu corazón,
Y miren tus ojos por mis caminos” (Pro 23:26)*

De acuerdo con las Escrituras y los santos, el corazón del hombre se endurece, engorda, se enfría y corrompe cuando es contumaz y rebelde contra Dios, privándose de su Espíritu Santo. Muchas veces y de muchas diferentes maneras diferentes se dice esto en las Sagradas Escrituras (Deut 6:7, Is 6:10, Jer 5:23, Zac 7:12, Mc 8:17, Mt 19:8, etc.). Sin embargo, cuando el hombre peca el Señor todavía lo ama con fidelidad y purifica su corazón por la gracia a fin de que pueda ser salvo para la vida eterna.

“Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios.

Por tanto, yo os juzgaré a cada uno según sus caminos, oh casa de Israel, dice Jehová el Señor. Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones, y no os será la iniquidad causa de ruina. Echad de vosotros todas vuestras transgresiones con que habéis pecado, y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué moriréis, casa de Israel?

Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que yo Jehová hablé, y lo hice, dice Jehová” (Ez 11:19-20, 18:30-32, 36:26-27, 37:14; cf Sal 51:10, Jer 31:31-34, Is 57:15-18, Jl 2:28-29)

Dios nos da un corazón limpio y un Espíritu nuevo y recto al hombre para que pueda amarle con todo su corazón. Esto se da en Cristo, en el Espíritu Santo, en la Iglesia de la alianza nueva y eterna. Se da para que el hombre pueda cumplir con el primer y más grande mandamiento de Dios (Cf. II Co 3-5).

Amar a Dios con toda el alma significa amarlo con todo el poder espiritual y con la totalidad de la vida de uno. A veces, la palabra “*alma*” se usa como sinónimo en los escritos sagrados de la vida misma. El alma del hombre es su vida, toda su vida. Cuando uno ama a Dios con toda su alma le ama y le sirve con todo lo que hace, haciendo todas las cosas para “*la gloria de Dios*” (Cf. I Cor 10:31).

Amar a Dios con toda la mente es amar a la Palabra de Dios, servir con la confianza puesta en Dios, deleitarse en los mandamientos justos de Dios.

...Encuentro el placer en tus mandamientos que me encantan, venero tus mandamientos, que me encantan, y medito en tus estatutos.

¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Es mi meditación todo el día. Tengo más conocimiento que todos mis maestros, porque tus testimonios son mi meditación.

Por eso he amado tus mandamientos más que el oro, más que el oro fino. Por lo tanto yo dirijo mis pasos por las sendas de todos tus mandamientos, he aborrecido todo camino de mentira... dame entendimiento para que pueda vivir.

Tu palabra es la verdad, y tu justicia permanece para siempre.

Anhelo tu salvación, oh Señor, y tu ley es mi delicia. (Sal 119)

Amar a Dios con toda la mente es “*amar la Verdad*”, y aquellos que se niegan a tal amor son aquellos que se pierden (Cf. II Tes 2:9-11). La mente del hombre es la guía de su vida, dirigida a la verdad por la pureza de su corazón. Cuando uno ama a Dios con toda su mente, él no se “*conforma a este siglo*”, sino que demuestra “*cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta*” (Rom 12:2). Él es el que sigue el consejo de San Pablo, y piensa única y continuamente acerca de “*lo que es verdadero, digno de honor, justo, puro, lleno de gracia, si hay virtud alguna, si hay algo digno de alabanza...*” (Fil 4:8). Él es aquel que, en una palabra, tiene “*la mente de Cristo*” (I Cor 2:16).

Amar a Dios con todas las fuerzas es ser espiritualmente violento en la búsqueda de la voluntad de Dios, con el fin de cumplirla.

“...El reino de Dios sufre violencia y los violentos lo arrebatan” (Mt 11:11)

Esto significa hacer todo lo posible para complacerle, con todas nuestras energías y potencia, para servirlo con fidelidad y paciencia en todas las cosas hasta la muerte. Es luchar para resistir al pecado y a todo mal “*hasta el punto de derramar sangre*” (Cf. Heb 12:4). Es tener, una vez más, la actitud y la virtud de San Pablo.

“Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. Antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en

trabajos, en desvelos, en ayunos; en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo” (II Cor 4:7-11, 6:4-10)

El que ama a Dios perfectamente es el que lo ama con el poder de Cristo y del Espíritu Santo, el *“poder que se perfecciona en la debilidad”* (I Cor 12:9).

EL AMOR AL PRÓJIMO

Después del amor a Dios, el mandamiento más grande es el del amor al prójimo.

“Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas” (Mt 22:37-40, Mr 12:30-31, Lc 10:27, Lev 19:18)

“No hay otro mandamiento mayor que éstos” (Mc 12:31)

El amor al prójimo necesariamente continúa al amor de Dios, y no puede haber verdadero amor de Dios sin cumplir este mandamiento.

“El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas. El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. Pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos... Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano”. (I Jn 2:9-11, 4:20-21)

El amor al prójimo y al hermano no quiere decir que es el amor solo a aquellos que nos aman y son buenos con nosotros. El prójimo y el hermano son términos que significan cualquier persona cerca de uno, todo el mundo hecho por Dios, todos *“por los que Cristo ha muerto”* (Rom 14:15). El prójimo y el hermano también incluyen a los enemigos. Este es el punto principal de la parábola del Buen Samaritano (Lc 10:29-37). Es también la enseñanza específica del Señor en el Sermón del Monte.

“Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto... (Mt 5:44-48)

“Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la

otra; y al que te quite la capa, ni aun la túnica le niegues. A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no pidas que te lo devuelva. Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores aman a los que los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto. Amad, pues, a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad, no esperando de ello nada; y será vuestro galardón grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y malos” (Lc 6:27-35)

Esta enseñanza de Jesús se expresa también en los escritos de los apóstoles.

“El amor sea sin fingimiento. Aborreced lo malo, seguid lo bueno. Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis. Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran. Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión. No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza.

No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Rom 12:9-10, 14-20; 13:8-10; Cf. Mt 25:31-46)

El amor verdadero se expresa en los hechos, y no solo en las palabras. Se expresa a través de lo que uno realmente hace en su vida. Se manifiesta en la preocupación por los demás a través de la amabilidad y la generosidad con los bienes de la tierra que uno ha recibido por parte de Dios. Se pone todo esto de manifiesto en las propias obras de la fe y en guardar los mandamientos de Dios.

“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (I Jn 3:14-18, cf Sant 2:8-17)

“El amor al prójimo como a uno mismo es a veces mal entendido. Uno debe, por supuesto, amarse a sí mismo en el sentido de que uno es fiel a Dios y agradecido por su vida. Y sin duda, uno debe amarse a sí mismo en el sentido de considerarse de una importancia excepcional a los ojos de Dios y el objeto del propio e inagotable amor y misericordia de Dios. Uno no debe odiar en el sentido de despreciar la vida dada por Dios, rechazar sus propios talentos y dones, porque es envidia de los demás. Tampoco debe uno odiarse por ser un pecador, ya que, como los maestros enseñan, por ejemplo, odiarse a uno mismo es sólo la forma sutil de jactarse de estar a la estatura de Dios” (cf. Padre Alejandro Elchaninoff, siglo XX, Diario de un sacerdote de Rusia; Padre Juan de Kronstadt, siglo XX, Mi vida en Cristo)

Ciertamente uno debe “odiarse a sí mismo”, sin embargo, esto solo en el sentido de despreciar y crucificar su “antiguo yo” corrompido por el pecado con el fin de “poner fuera la vieja naturaleza con sus hechos” y “poner sobre la nueva naturaleza que se va renovando hasta llegar a la imagen de su Creador” (Rom 6:6, Col 3:10).

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2:20; véase también 5:24, 6:14)

Esto también es lo que Cristo, sin duda, quiso decir cuando dijo las palabras más violentas y terroríficas del Evangelio.

“Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lc 14:26)

Esta es la advertencia más extrema y terrible contra todos los apegos apasionados más fuertes y poderosos que el apego apasionado por Cristo. Y la mayor pasión de todas es la que le impide a uno el amor a Dios y al prójimo que es la pasión pecaminosa por uno mismo. El amor pecaminoso por uno mismo, dice San Máximo el Confesor, es la *“madre de todos los males”*, y el *“primer pecado”* del corazón del hombre.

Hay que *“odiarse a uno mismo”* en este sentido, así como se debe odiar a familia y amigos. Tiene que odiarlos como objetos de su propio amor pecaminoso, para amarlos con toda la verdad en Cristo.

EL NUEVO MANDAMIENTO

Los mandamientos de amar a Dios y al prójimo se encuentran en la ley de Moisés. No son mandamientos dados al pueblo de Dios sino que son los mandamientos *“escritos en los corazones de los hombres”* y dados *“por naturaleza”* (Rom 2:14-15). Son los mandamientos dados por Dios en Su Palabra para el hombre *“desde el principio”* (I Jn 2:7).

En la Iglesia del nuevo pacto de Cristo, sin embargo, hay un *“mandamiento nuevo”* (I Jn 2:8). Es el *“mandamiento nuevo”* dado por Jesús mismo a aquellos que creen en él:

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros” (Jn 13:34)

El elemento nuevo de este *“nuevo mandamiento”* no es la enseñanza sobre el amor, porque esto ya fue escrito en la ley. El elemento nuevo es que los que creen en Cristo deben amar como Cristo ama. El nuevo mandamiento es amar *“como yo os he amado”*.

El amor cristiano debe ser el mismo amor perfecto de Cristo que es totalmente divino. El amor cristiano debe ser el amor del mismo Señor que se entrega totalmente. Debe ser el amor divino de Dios Padre derramado en los corazones de los hombres por el mismo Espíritu de Dios. Debe ser el amor que es absolutamente fiel, perfecto, eterno y divino.

De todos los hombres que han vivido en esta tierra, o de aquellos que vivirán, sólo uno ha cumplido plenamente estos dos grandes mandamientos de Dios, y sólo uno ha vivido absoluta y perfectamente de acuerdo a las leyes de Dios y sólo uno ha amado al Padre con todo Su corazón, mente, alma y fuerza, y a su prójimo como a sí mismo. Este es Jesucristo, el hijo de María según la carne. No hay justo ante la ley de Dios sino solo Jesús. Sólo Él ha vivido de acuerdo a la ley y las enseñanzas de los profetas. Sólo Él es el que ha *“cumplido la ley y los profetas”* (Cf. Mt 5:17, 7:12). Él solo, entre todos los hombres, ha amado con amor perfecto, sin pecado.

“El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente; quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (I Pe 2:22-24, cf Is 53)

Al no cometer pecado, Jesús tomó nuestros pecados sobre sí mismo y se hizo pecado *“por nosotros los hombres y para nuestra salvación”* (Credo de Nicea) En esto el amor perfecto de Dios se perfecciona en un ser humano, para que todos los seres humanos puedan compartir el amor y la gloria de Dios. Como todos los santos padres han dicho: *“Él se hizo lo que nosotros somos, para que podamos ser lo que Él es... Dios se hizo hombre para que el hombre pueda convertirse en dios”*.

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (II Cor 5:21)

“Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia, por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia” (II Pe 1:3-4)

“Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Heb 2:14-18,4:15-16)

Dios nos ha dado su amor en Jesús. Cuando una persona está *“en Cristo”* se puede amar con el amor de Dios. Este es el *“mandamiento nuevo”*, que los hombres llenos del Espíritu Santo deben amar con el amor de Dios mismo.

En su primera carta a los Corintios, San Pablo describe el amor perfecto que es el regalo de Cristo Dios a los hombres en el Espíritu Santo. Él describe lo que el amor cristiano es: el principal don del Espíritu de Dios.

Por medio del amor de Cristo, los hombres están llamados a dar, creer, esperar y sufrir todas las cosas. Esto es lo que Cristo ha hecho. Esto es lo que hace el amor. El que hace esto ha cumplido el *“mandamiento nuevo”* de Jesús y permanece en el amor de Dios. El que hace esto, permanece en Dios mismo, y ya posee la vida eterna como un miembro de su Reino.

EL DON DEL AMOR

“Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve. El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; mas cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido. Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor” (I Cor 13:1-13)



V - La oración, el ayuno y la limosna

LA ORACIÓN

Todas las virtudes y poderes de parte de Dios se obtienen principalmente por la oración. Sin la oración, no hay vida espiritual. Como dijo el obispo ruso, Teófilo el Recluso: *“Si no tiene éxito en la oración, no tendrá éxito en ninguna otra cosa, porque la oración es la raíz de todo”* (Teófilo el Recluso, siglo XIX, El Arte de la Oración)

“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mt 6:5-6)

La oración debe ser en secreto. Esta es la primera regla dada por Cristo. La persona que ora debe hacerlo de tal manera que no sea vista por los hombres.

En la tradición espiritual de la Iglesia Ortodoxa, las palabras de Cristo *“entra en tu aposento”* se han interpretado de dos maneras. En primer lugar, se ha entendido como un mandamiento literal. El orante debe encerrarse a sí mismo físicamente durante los momentos de oración para orar en secreto y para evitar ser visto.

En segundo lugar, estas palabras de Cristo se han entendido en el sentido de que el orante debe entrar dentro de sí mismo, orando en secreto en su mente y corazón en todo momento, sin mostrar su oración interior a los demás. Así, el *“espacio”* al que hay que ir es la *“sala del alma”*.

“La habitación del alma es el cuerpo, nuestras puertas son los cinco sentidos corporales. El alma entra en su habitación cuando la mente no anda de aquí para allá, vagando entre las cosas y los asuntos del mundo, sino que se queda dentro, en el corazón. Nuestros sentidos se cierran y permanecen cerrados cuando no los dejamos apearse apasionadamente a las cosas externas y de esta manera nuestra mente queda libre de todo apego al mundo, y por el secreto de la oración mental se une con Dios su Padre”.

“Dios que ve todas las cosas secretas ve la oración mental y la recompensa en forma abierta con grandes dones. Esta oración es verdadera y perfecta, llena el alma de la gracia divina y de los dones espirituales” (San Gregorio Palamas, siglo XIV, Sobre que todos los cristianos deben orar sin cesar)

Por lo tanto, en la tradición espiritual de los maestros cristianos de la oración, la unificación de la mente y del corazón en el alma se ve como el cumplimiento de la condición básica para la oración como lo enseñó Cristo (Cf. El arte de la oración).

“Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mt 6:7-8)

Dios conoce las necesidades de su pueblo. El hombre reza con el fin de unir su mente y su corazón con Dios. Él reza para que la voluntad de Dios se cumpla en su vida. Él ora para que todo

lo que necesita de Dios, le sea concedido. Él ora para expresar con plena conciencia el hecho de que todo lo que es, tiene y hace depende de Dios. Es el hombre el que necesita orar. No es Dios quien necesita las oraciones del hombre.

La verdadera oración cristiana debe ser breve. Debe ser simple y regular. No debe tener muchas palabras. En efecto, no necesita tener palabras en absoluto. Puede ser la actitud interior totalmente silenciosa del alma delante de Dios, en cumplimiento de las palabras del salmista:

“Temblad, y no pequéis; meditad en vuestro corazón estando en vuestra cama, y callad” (Sal 4:4, 46:10)

La enseñanza acerca de la brevedad y el silencio en la oración la encontramos en todos los maestros espirituales. San Demetrio de Rostov resume esta enseñanza cuando dice que el publicano dijo solamente: *“Dios, sé propicio a mí, pecador”*, y fue justificado; el ladrón arrepentido dijo sólo *“Acuérdate de mí...”*, y recibió el paraíso; el hijo pródigo y el recaudador de impuestos, Zaqueo, no dijeron nada en absoluto, y recibieron la misericordia del Padre y el perdón de Cristo (Lc 15:20, 18:13, 19:5, 22:42; Cf. San Demetrio de Rostov, siglo XVII, El arte de la oración).

“Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Jn 14:13-14)

“En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (Jn 16:23-24)

Cualquier cosa que uno pida en el nombre de Jesús será concedida. Esto no quiere decir que el hombre puede pedirle a Dios cualquier cosa. Él no puede pedir lo que no es necesario, o lo que es malo. Se puede pedir y se tienen que pedir *“cosas buenas”*, lo que sea se puede pedir en el nombre de Cristo, lo que es santo, sin pecado y bueno. Si uno pide cosas buenas con fe, sin duda va a recibirlas si Dios piensa que debe tenerlas para su vida y salvación. Esta es la promesa del Señor mismo.

“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”
(Jn 15:7)

“Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis” (Mt 21:22, véase Lc 18:1-8)

Cada oración dirigida a Dios con fe es contestada. Esto no quiere decir que lo que se pide se recibe siempre, porque Dios conoce mejor que la persona que reza lo que es bueno para él. Por esta razón, los maestros espirituales advierten al hombre contra las insistentes demandas concretas al Señor. Dios sabe mejor lo que se necesita, y para probar esto a sus siervos, a veces puede ceder a sus insistentes demandas y dar lo que quieren, pero que no debería tener, con el fin de mostrar con toda claridad que deberían haber confiado en Su sabiduría. Por lo tanto, siempre es mejor estar en silencio y ser breve en la oración, y no ser demasiado exigente. Siempre es mejor decir: *“Danos lo que necesitamos, Señor. Hágase siempre tu voluntad”*.

“¿Cuántas veces he orado por lo que parecía una buena cosa para mí, y no lo dejé a Dios hacer, ya que Él sabe mejor que yo, lo que es útil para mí? Pero después de haber obtenido lo que pedía, me encontraba en apuros porque no había pedido que fuera de acuerdo a la voluntad de Dios...” (San Nilo de Sinaí, siglo V, Textos sobre la oración)

EL PADRENUESTRO

Al enseñar a los hombres a orar, Cristo dijo:

“Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén”
(Mt 6:9-13, cf Lc 11:2-4)

Esta es la traducción habitual de la oración utilizada en la Iglesia Ortodoxa. Se inicia con una petición a Dios como *“Padre nuestro”*. No existió una oración tal antes de que la enseñara Cristo. El pueblo del Antiguo Testamento no se refirió a Dios como *“Abba, Padre”* (Rom 8:15, Gal 4:6). Este nombre de *“Padre”* para Dios es dado por Cristo, el Hijo divino de Dios. Los hombres se atreven, *“confiadamente y sin reproche”* a invocar al *“Dios celestial”* con el nombre de *“Padre”* sólo cuando son hechos dignos por Cristo (Cf. Liturgia de San Juan Crisóstomo). En la iglesia primitiva la oración del *“Padre Nuestro”* se enseñaba sólo a los miembros bautizados de la iglesia.

La afirmación de que el Padre está *“en los cielos”* significa que Él está en todas partes y sobre todas las cosas. Los cielos están sobre todo y abarcan a todos. Donde sea que el hombre vaya en la tierra o en el aire, o incluso en el espacio, los cielos están a su alrededor y por encima de él. Decir que el Padre está *“en los cielos”* significa que Él no está atado o limitado a ningún lugar como si lo estaban los dioses paganos. El Dios celestial es el *“Dios de los dioses”* (Deut 10:17, II Cro 2:5), el *“Padre de todos, el cual es sobre todos, por todos y en todos”* (Ef 4:5), Él es en quien *“vivimos, nos movemos y existimos”* (Hec 17:28). Decir que Dios está *“en los cielos”* no colocarlo en algún lugar, sino más bien es decir que Él trasciende todas las cosas y sin embargo está presente en todo lugar.

“Santificado sea tu nombre” significa que el nombre de Dios es santo y debe ser tratado con respeto y devoción. En el antiguo pacto era costumbre de los judíos no decir nunca el nombre sagrado de Dios: *Yahvé*, el Yo Soy (Cf. Ex 3:13-15). Esto era así para evitar la profanación del nombre divino, y para protegerse de transgredir el mandamiento: *“No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano, porque el Señor no dará por inocente al que tomare su nombre en vano”* (Ex 20:7).

En el Nuevo Testamento, Dios le da a Jesús el *“nombre que es sobre todo nombre”* (Fil 2:9) y santificando el nombre del Padre, los cristianos hacen lo mismo con el nombre de su Hijo.

“Venga a nosotros tu Reino” en el Padrenuestro es en primer lugar la oración por el fin de los tiempos. Los cristianos quieren que llegue el fin del mundo, para que el Reino de Dios pueda llenar toda la creación con la gloria y la vida divinas. *“Ven, Señor Jesús; ¡Maranatha!”* es la oración de los fieles, la última frase de las Escrituras (Apo 22:20, cf. I Cor 16:22). Se trata del llamado por la aparición final del Señor.

En la tradición espiritual de la Iglesia, la oración *“Venga a nosotros tu Reino”* también ha sido entendida como una invocación al Espíritu Santo a morar en el pueblo de Dios. En su comentario sobre la oración del Señor, San Gregorio de Nisa dice que había otra forma de decir esta petición, la cual era *“tu Espíritu Santo venga sobre nosotros y nos limpie”*. Así, dice, siguiendo a las Escrituras, que la presencia del Espíritu Santo en el hombre es la presencia de Cristo y del Reino de Dios.

“Porque el Reino de Dios es... justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Rom 14:17)

“... Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado,

y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones” (II Cor 1:21-22)

“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria. Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Ef 1:13-14, 4:30)

El sello del Espíritu Santo en los corazones de los hombres es la promesa y la garantía que el Reino de Dios está por venir en todo su poder y gloria. En la oración *“Venga a nosotros tu Reino”*, los creyentes en Jesús no piden que el Reino de Dios *“llegue con signos externos observables”* para que los infieles vean, sino que habite con fuerza y en secreto dentro de los fieles (Cf. Lc 17:20-21).

“Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo” es el centro del Padrenuestro, el deseo fundamental de los cristianos. El propósito de la oración, la finalidad misma de la vida del hombre, es hacer la voluntad de Dios. Esto es lo que Jesús pidió e hizo (Cf. Mt 26:42). Y esto es lo que sus seguidores deben pedir y hacer. No hay más que un propósito en la oración, dicen los maestros espirituales, guardar los mandamientos de Dios para no pecar, y así conducirnos a la deificación y a la filiación divina con Cristo.

“La única cosa que Dios demanda de nosotros los mortales es que no pequemos. Pero esto... no es más que mantener intacta la imagen y el rango que poseemos por naturaleza. Vestidos, por lo tanto, con el vestido radiante del Espíritu, nosotros permanecemos en Dios y Él en nosotros, a través de la gracia que nos convierte en dioses e hijos de Dios y somos iluminados por la luz de su conocimiento... (San Simeón el Nuevo Teólogo, siglo X, Preceptos prácticos y teológicos)

Pedir *“Hágase tu voluntad”*, de acuerdo a los maestros espirituales, es un acto atrevido y peligroso. Esto es así, en primer lugar, porque cuando uno dice esta oración, debe estar preparado, al igual que Cristo, de seguir a dónde sea que ésta conduce. Dios responderá a esta oración, y dará a conocer su voluntad. La persona que ora de esta manera debe estar dispuesta a obedecer, sin importar las consecuencias. Cuando se le preguntó por qué muchos cristianos se sienten frustrados e irritados, de mal humor e incluso a veces un tanto *“desequilibrados”*, respondió un maestro espiritual que la razón es clara. Ellos rezan *“hágase tu voluntad”*, y lo hacen a diario, mientras que al mismo tiempo, se resisten a la voluntad de Dios en sus vidas y por lo tanto están siempre disgustados. Entonces empiezan a justificar sus actitudes y acciones, para explicar y racionalizar su comportamiento, ante su propia conciencia y los demás. Una persona de tal estado nunca puede estar en paz, porque *“es cosa terrible caer en las manos del Dios viviente”* (Heb 10:31).

La segunda razón por la que se dice que la oración *“Hágase tu voluntad”* - y la oración en general - es audaz y peligrosa es porque el diablo ataca ferozmente a la persona que reza. De hecho, una de las mayores pruebas de la tentación diabólica, y la realidad y el poder del diablo, es el ser fervientes en la oración. Porque el diablo no quiere saber con que el hombre cumpla la voluntad de Dios, que es el propósito de toda oración.

“Si te esfuerzas en la oración, prepárate para las sugerencias diabólicas y soporta con paciencia sus burlas, porque te atacarán como bestias salvajes... Trata en lo posible de ser humilde y valiente... Al que perseverare se le concederá una gran alegría” (San Nilo de Sinaí, siglo V, Textos sobre la oración)

La oración por nuestro *“pan de cada día”*, normalmente se entiende como la petición por todas nuestras necesidades corporales y todo lo que necesitamos para sostener nuestras vidas en este mundo. En la tradición espiritual sin embargo, esta petición, dice literalmente el pan nuestro *“esencial”* o *“supraesencial”*, y a menudo se entiende en el sentido espiritual que significa el alimento

de nuestras almas por la Palabra de Dios, Jesucristo, que es el *“Pan de Vida”*, el *“Pan de Dios que ha bajado del cielo y da vida al mundo”* (Jn 6:33-36), el pan que *“el hombre que coma de él no morirá”*, sino que *“vivirá por siempre”* (Jn 6:50-51). Así, la oración por el *“pan de cada día”* se convierte en la petición por el alimento espiritual de cada día a través de la permanente comunión con Cristo de modo que uno pueda vivir eternamente con Dios.

De la petición *“perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”* ha hecho especial hincapié el Señor.

“Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará a vosotros, pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas” (Mt 6:14-15)

Este es el punto central de la parábola sobre el siervo que no perdonó (Mt 18:23-35). Todos los hombres necesitan el perdón de Dios y debemos orar pidiéndolo. Todos los hombres están en deuda con Dios por todo, y no ofrecen las acciones de gracias y alabanzas que se deben. La única manera que Dios pasará por alto y perdonará los pecados y las deudas de sus siervos es si ellos mismos perdonan a sus hermanos, no sólo en palabras y gestos formales, sino también genuina y verdaderamente *“con sus corazones”* (Cf. Mt 18:35). En la oración enseñada por Cristo se reconoce esto claramente.

“No nos dejes caer en la tentación” no debe entenderse como si Dios pone a su pueblo a prueba o los pone en la ocasión del mal.

“Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Sant 1:13-15)

“No nos dejes caer en la tentación” significa que le pedimos a Dios que no nos permita encontrarnos en situaciones en las que vamos a ser superados por el pecado. Es una oración en donde pedimos mantenernos lejos de gente y lugares donde la maldad reina y donde nosotros, en nuestra debilidad, sin duda sucumbiremos. Es una oración para que seamos liberados de la mentira y de la vanidad de nuestras mentes y corazones, de los deseos carnales que habitan en nuestros cuerpos. Es una oración para que Dios mismo sea refugio del hombre (Cf. Sal 91).

“Líbranos del mal”, dice literalmente *“rescatarnos del mal”*, es decir, del diablo. El significado es claro. No hay más que dos caminos para el hombre: Dios y la vida o el diablo y la muerte. La liberación del diablo significa la salvación y la redención de toda falsedad, estupidez, engaño y la maldad que lleva a la destrucción y la muerte.

Por lo tanto, como el arzobispo Antonio de Sorouzh ha explicado, en el Padrenuestro se muestra todo el significado de la vida del hombre. Libre del mal, el hombre se salva de la tentación, al hacerlo, es misericordioso con todos, y recibe el perdón de sus pecados. Al ser perdonado de sus pecados, por su misericordia a los demás, tiene todo lo que necesita para la vida - su *“pan de cada día”*, y siendo alimentado por Dios, lleva a cabo Su voluntad. Después de haber cumplido la voluntad de Dios, el Reino de Dios está presente, su nombre es santificado y se convierte en el Padre de aquel que se muestra en verdad como hijo de Dios y entonces puede decir *“Padre Nuestro”*.

LA ORACIÓN DE INTERCESIÓN

En la oración a su Padre, Jesús oró por su pueblo (cfr. Jn 17). El mismo es el único intercesor competente para los hombres ante Dios.

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (I Tim 2:5)

Jesús en su gloria ora a su Padre eterno por sus criaturas.

“...Mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos...”

Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Heb 7:24-25; 9:24)

En y por Cristo, los cristianos pueden interceder ante Dios. En el nombre de Jesús, los cristianos están llamados y capacitados para orar los unos por otros y por toda la creación: *“en nombre de todos y por todos”* (Liturgia de San Juan Crisóstomo).

“Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (I Tim 2:1-4)

“Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho. Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto” (Sant 5:16-18)

“Oraciones de intercesión se pueden hacer por cada buen don de Dios por el bien de la salvación de otros. Tales oraciones pueden incluir peticiones por todo tipo de bendición, tanto para el cuerpo como para el alma. Pueden ser para la inspiración e instrucción de los hombres, así como para su curación y salvación. Cualquier cosa que uno puede pedir para uno mismo, uno puede pedir para todos los otros hombres. Cualquier cosa que uno pide por sí mismo debería rogar para lo otros. Es recto orar no sólo para la purificación personal, sino también para la purificación de todos los demás hombres...” (San Nilo de Sinaí, siglo V, Textos sobre la oración)

Para comprender qué es la oración de intercesión, hay que tener presente la eterna providencia de Dios. Hay que comprender el hecho de que Dios conoce todas las cosas eternamente y tiene en cuenta cada acto del hombre en su plan general. Con esta perspectiva se puede ver que incluso antes de la creación del mundo, Dios ha oído, o dicho más exactamente, eternamente oye los gritos de su pueblo. Él considera las oraciones de los hombres en todo lo que hace en su trato con ellos. Por lo tanto, Dios no espera ver lo que hacemos o como rezaremos. Él considera nuestras acciones y oraciones desde la perspectiva de la eternidad. Y a la luz de nuestros deseos y acciones Él ve que *“todas las cosas suceden para el bien de aquellos que aman a Dios”* (Rom 8:28).

Si entendemos esto, podemos ver cómo nuestras oraciones son consideradas por Dios, por

nosotros y por los demás. Podemos comprender cómo podemos orar incluso por aquellos que han muerto, cuyas vidas en esta tierra ya han pasado. Porque el Señor no escucha nuestras oraciones “después” de que algo ha terminado, porque para Dios no hay un “después” en absoluto. Dios sabe lo que le pedimos antes de que siquiera lo pidamos, porque Él sabe todo de la vida del hombre en un acto divino de que todo lo abarca en su visión y conocimiento. Así, todas nuestras oraciones, incluso por aquellos que han muerto, son escuchadas y consideradas por Dios antes de que incluso las digamos. Si no somos capaces de orar, esto también lo conoce Dios, y tiene su efecto en el plan de salvación de Dios. Por lo tanto, tenemos que “orar los unos por los otros”, y nuestra oración tendrá “un gran poder en sus efectos” a través de la acción eterna y providente de Dios.

LA ORACIÓN INCESANTE

En su carta a los Romanos, San Pablo instruye a los cristianos que sean “*constantemente en la oración*” (Rom 12:12). En su primera carta a los Tesalonicenses, dice simplemente: “*Oren sin cesar*” (I Tes 5:17).

Estos dos mandamientos del apóstol han sido interpretados en la tradición ortodoxa de dos maneras diferentes. La primera forma, mencionada por San Juan Crisóstomo y por San Demetrio de Rostov, es que los cristianos deben tener horarios regulares para la oración que nunca deben suspender –“*en la tarde, a la mañana y al mediodía*” (Sal 55:17)- y luego en medio de estos horarios siempre hay que recordar a Dios y hacer todas las cosas para su gloria (cf. I Cor 10:31), ofreciendo ruegos y peticiones, como sea la necesidad, alabar y dar gracias cuando la ocasión lo requiera. Esta es la manera normal en la que todos los cristianos deben vivir.

“Prepárense para los tiempos establecidos de la oración por medio de la oración incesante en tu alma, y pronto lograrás un progreso”. (San Juan Clímaco, paso 28)

Los tiempos establecidos para la oración son muy importantes, y no deben ser dejados de lado por ninguna razón, incluso cuando se reza continuamente en el corazón. Esta es la enseñanza y la práctica de los santos. Cada persona que desee vivir una vida espiritual debe tener su propia regla de la oración. La misma debe ser breve y regular, de tal manera que se pueda mantener en todas las condiciones y circunstancias. En esta regla de oración, la oración de la Iglesia debe ser utilizada, el Padrenuestro y el libro de oraciones. Esto le otorga disciplina a la oración y le ofrece instrucción e inspiración y que ha demostrado poder en las vidas de los santos. Una persona que no sigue una regla fija de oración con las oraciones tradicionales de la Iglesia corre el gran riesgo de empobrecer su oración y reducir sus dimensiones y alcances a la limitada perspectiva de sus propios deseos y necesidades individuales.

Al orar con una regla de oración, los maestros espirituales nos dicen que debemos poner toda nuestra mente y corazón en el sentido de las palabras, y no sólo “*decir una oración*”, que no es una oración en definitiva, sino que la real oración es a través de una atención y fervor personalizados. Ellos nos dicen que no permitamos que nuestra mente se desvíe de las palabras de la oración, sino que emplee las palabras dadas como base de su oración personal, incluso permitiéndole a nuestra mente que vaya más allá de las palabras dadas hacia sus propias palabras o tal vez sin palabras en la oración de silencio, si el Señor nos guía de esta manera. También les dicen a los principiantes - y San Demetrio de Rostov, dice que todos somos principiantes, no importa cuán avanzados estemos- que nunca debemos volver atrás y repetir la oración dicha sin ganas. Nos dicen que en primer lugar debemos ponernos a la merced de Dios, y tratar de hacerlo mejor la próxima vez. Este método reduce

la posibilidad de pensar que Dios escucha nuestras oraciones de acuerdo con la perfección de nuestro desempeño y no de acuerdo a la grandeza de su misericordia, y nos conserva de los peligros del orgullo y la desesperación. Esto nos da humildad y esperanza, y nos mantiene siempre avanzando (Cf. Lc 9:62, Fil 3:13-15).

Así, cuando uno termina su regla de oración, lo hay hecho bien o mal, debe decir “*amén*”, y seguir con su vida en Cristo, recordando a Dios y haciendo su voluntad hasta que la próxima vez que tenga que continuar con la regla de oración. Entonces deberá hacerlo tan bien como le sea posible, empezando todo de nuevo.

La segunda forma de interpretar las enseñanzas sobre la oración incesante es que los hombres en realidad deberían orar con conciencia en cada momento de sus vidas, incluso en sus momentos inconscientes, mientras se duerme. Esta comprensión de la “*oración incesante*” fue desarrollada en la tradición monástica, pero luego se extendió rápidamente por toda la feligresía de la iglesia. Inclusive se hizo muy popular en los últimos tiempos, principalmente a través de la aparición del libro del campesino ruso anónimo llamado “*El Peregrino Ruso*”.

La búsqueda activa de la “*oración incesante*” tiene su origen no sólo en la enseñanza de san Pablo, sino también en la interpretación literal de estas palabras del salmista:

“Bendeciré al Señor en todo momento, su alabanza estará continuamente en mi boca”. (Sal 34:1)

Y del Cantar de los Cantares:

“Yo dormía, pero mi corazón estaba despierto” (Can 5:2)

El método de la “*oración incesante*” es repetir una oración breve, por lo general la Oración de Jesús, que se repite una y otra vez, literalmente, cientos de veces durante el día y la noche, hasta que se implanta permanentemente en el corazón como una “*fuentes*”, una presencia continua en el alma clamando al Señor (Cf. Teófano el Recluso, siglo XIX, El arte de la oración). Está, a menudo pero no necesariamente siempre, relacionada con la respiración, tanto es así que se pronuncia “*con cada respiración*” (San Gregorio el Teólogo, San Juan Crisóstomo). Se comienza diciéndola con la boca, con los labios, en silencio y entonces se convierte en completamente mental. Se afirma que se puede continuar con esta “*oración incesante*”, incluso en el ejercicio de las actividades normales de la vida, al leer o escribir, e incluso durante el sueño, por lo que el “*cuerpo duerme*”, pero el “*corazón está despierto*”. Entonces, cada vez que uno presta atención a los asuntos de la vida, o cuando uno se despierta de la propia cama, se encuentra con que la oración continúa.

La oración también es conocida por despertar la conciencia de uno en los momentos de tentación o de estrés, apareciendo, por así decirlo, naturalmente (Cf. El arte de la oración).

“No se nos ordena trabajar, permanecer en vigilia o ayunar sin cesar, pero se nos manda orar sin cesar. Porque... la oración purifica y fortalece la mente, que fue creada para orar... y para combatir a los demonios para la protección de todas las potencias del alma” (Evagrio Póntico, siglo IV)

“El que ha entrado en su habitación (es decir, en su corazón) y ora sin cesar ha incluido en esta oración todas las cosas” (San Marcos el Asceta, siglo IV)

“Que nadie piense, mis hermanos cristianos, de que es solo deber de los sacerdotes y de los monjes el orar sin cesar, y no de los laicos. No, no, es deber de todos los cristianos permanecer siempre en oración”.

“...Tengan en cuenta este método de oración – el cómo es posible orar sin cesar, es decir, mediante la oración de la mente. Y esto lo podemos hacer siempre, si queremos. Porque cuando nos sentamos a trabajar con

nuestras manos, cuando caminamos, cuando comemos, cuando bebemos siempre podemos rezar mentalmente y practicar la oración mental - la agradable y verdadera oración a Dios”.

“Bienaventurados son aquellos que adquieren este hábito celestial, por lo que superan toda tentación...”

“Esta práctica de la oración interior doma las pasiones... por que el rocío del Espíritu Santo ya se encuentra en el corazón...”

“Esta oración es la luz que ilumina el alma del hombre e inflama el corazón con el fuego del amor de Dios. Es la cadena que une a Dios con el hombre y el hombre con Dios. ¡Oh, el incomparable don de la oración mental! Permite que el hombre constantemente converse con Dios”.

“Y que otra mayor recompensa que esta se puede pedir, cuando... estás siempre delante de la presencia de Dios, constantemente conversando con él - conversar con Dios, sin el cual ninguna persona puede ser bendecido, ya sea aquí o en la vida por venir” (San Gregorio Palamas, siglo XIV, Cómo todos los cristianos deben orar sin interrupción).

LA ORACIÓN DE JESÚS

La forma más normal de oración incesante en la tradición ortodoxa es la llamada Oración de Jesús. La Oración de Jesús es la forma de invocación utilizada por aquellos que practican la oración mental, también llamada *“oración del corazón”*. Las palabras de la oración suelen ser: *“Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten misericordia de mí, pecador”*. La elección de este versículo en particular tiene un significado teológico y espiritual.

En primer lugar, se centra en el nombre de Jesús, porque este es el nombre de Quien *“Dios ha exaltado”*, el nombre dado al Señor por el mismo Dios (Lc 1:31), el nombre *“que es sobre todo nombre”* (Fil 2:9-10, cf Ef 1:21).

“...Porque no hay otro nombre dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hec 4:12)

Toda oración para los cristianos debe ser dicha en el nombre de Jesús: *“Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré” (Jn 14:13-14).*

El hecho de que la oración se dirija a Jesús como Señor, Cristo e Hijo de Dios se debe a que este es el centro de toda la fe revelada por Dios en el Espíritu.

Él les dijo: “Y vosotros ¿quién decís que soy yo?”

Simón Pedro contestó: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”.

Y Jesús respondió: “Bienaventurado eres... porque no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos... y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...” (Mt 16:16-18)

Que Jesús es el Cristo, y que Cristo es el Señor, es la esencia de la fe cristiana y el fundamento de la iglesia. Creer y proclamar esto es otorgado por el Espíritu Santo.

“...Nadie puede decir Jesús es Señor sino por el Espíritu Santo” (I Cor 12:3)

“...toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre” (Fil 2:11)

Llamar a Jesús *“Hijo de Dios”* es reconocer a Dios como su Padre. Hacer esto es, al mismo tiempo, tener a Dios como nuestro propio Padre, y esto también es otorgado por el Espíritu que mora en nosotros.

“Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gal 4:4-6)

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Rom 8:15-16)

Por lo tanto orar: *“Señor Jesucristo, Hijo de Dios”* ya es ser un hijo de Dios, y ya es estar seguro de que el Espíritu Santo está en ti. De esta manera, la oración de Jesús trae el Espíritu de Dios al corazón del hombre.

“Ten piedad de mí, pecador” es la oración del publicano. Cuando lo decimos con humilde convicción esto nos trae la justificación divina (Cf. Lc 18:9-14). En términos generales, la misericordia divina es lo que el hombre necesita más que cualquier otra cosa. Es por esta razón que la repetición innumerable de la solicitud por la misericordia del Señor se encuentra en todas las oraciones de la Iglesia.

Y, por último, todos los hombres son pecadores. Conocer esto es un hecho, y lo confesamos con la fe de ser justificados y perdonados por Dios (Cf. Rom 3:10-12, Sal 14:1-3).

La Oración de Jesús, básicamente, se utiliza de tres maneras diferentes. En primer lugar, como la frase utilizada para la *“oración del corazón”*, en silencio, llevando a cabo el método hesicasta de oración. En segundo lugar, como la oración continua y mental incesante de los fieles fuera de la tradición hesicasta. Y en tercer lugar como la breve fórmula que utilizamos para alejar tentaciones. Por supuesto, en la vida real de una persona estos tres usos de la oración están a menudo relacionados y combinados entre sí.

En el método hesicasta de oración la persona se sienta sola en una posición corporal adecuada con la cabeza inclinada y los ojos dirigidos hacia el pecho o el estómago. Continuamente se repite la oración con cada aspiración y expiración, colocando su *“mente en su corazón”* con la debida atención y concentración. Se vacía la mente de todo pensamiento racional y de todo razonamiento discursivo, y también se vacía de la mente toda imagen. Luego, sin pensamientos ni imaginación, pero con la debida atención y concentración, se repite rítmicamente la Oración de Jesús en silencio -*hesychia* significa silencio- y a través de este método de oración contemplativa se une a Dios como morada de Cristo en el Espíritu. De acuerdo con los padres, una oración así, cuando es fielmente practicada dentro de la vida de la Iglesia, trae la experiencia de la luz increada de Dios y el gozo inefable al alma. Su propósito es hacer del hombre un siervo de Dios.

...La mente cuando se une con el corazón se llena de gozo y de alegría inefable. Entonces un hombre ve que el Reino de los cielos está realmente dentro nuestro.

Cuando ingreses en el lugar del corazón... da gracias a Dios, y alaba su misericordia, haciendo siempre esto te enseñará cosas que no aprenderás de ninguna otra manera.

...Cuando tu mente se establezca en el corazón, no debe permanecer inactiva, sino que constantemente debe

repetir la oración: “Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten misericordia de mí” y nunca debe cesar.

Para llevar a cabo esta práctica, conserva la mente contra los sueños, esto la hará invencible frente a todas las sugerencias del diablo y todos los días querrá más y más amar y desear a Dios. (San Nicéforo, siglo XIV, Discurso sobre la sobriedad)

Practicar el método hesicasta de oración requiere siempre y sin excepción la dirección de un guía espiritual. Uno no debe utilizar este método a menos que sea una persona de verdadera humildad y cordura, llena de sabiduría y de paz. Utilizar este método sin guía o sin sabiduría humilde es exponerse al desastre espiritual y a las tentaciones que vienen con él desastre y que son muchas. De hecho, los abusos del método llegaron a ser tan grandes en los últimos siglos que su uso se redujo en gran medida. El Obispo Teófano dice que las posturas corporales y técnicas de respiración se prohibieron prácticamente en su tiempo, ya que, en lugar de ganar el Espíritu de Dios, la gente sólo lograba *“la ruina de sus pulmones”* (Cf. El arte de la oración).

Esta utilización del método fue abusiva. En sí fue una genuina y gratificante riqueza ya conocidas en Bizancio en el siglo XIV, cuando San Gregorio Palamás defendió esta tradición. Existen evidencias ya desde el siglo IV que muestran que incluso entonces la gente usaba la oración sin éxito, reduciéndola a una *“cosa en sí”* y que eran cautivados por su forma, sin interés en su propósito. De hecho, el interés en la idolatría espiritual técnica y en los beneficios placenteros de la *“espiritualidad”* y la *“mística”*, son las tentaciones constantes de la vida espiritual y el arma más potente del diablo. El Obispo Teófano llama a este interés como *“el hedonismo espiritual”*, Juan de la Cruz (siglo XVI en España) lo calificó de *“gula espiritual”* y *“lujo espiritual”*, y así, a modo de ejemplo, de distintas épocas y lugares, vienen las siguientes advertencias:

“...Los que se niegan a trabajar con sus manos bajo el pretexto de que hay que orar sin cesar, en realidad no oran. A través de la ociosidad... enredan el alma en un laberinto de pensamientos... y son incapaces de orar”
(San Nilo de Sinaí, siglo V, Textos sobre la oración)

...Mientras que sólo prestas atención a la postura del cuerpo para la oración y tu mente se preocupa sólo en la belleza exterior del tabernáculo (es decir, en las formas adecuadas), sabemos que todavía no has encontrado el lugar de oración y que el bendito camino está lejos de ti...

Sabe que en medio de todo gozo y consuelo espiritual, todavía es más necesario servir a Dios con devoción y temor. (San Nilo de Sinaí, Textos sobre la oración)

Es natural para la mente el rechazar lo que está a mano y soñar con algo más por venir... construir fantasías e imaginaciones acerca de los logros antes que los haya alcanzado. Un hombre así está en gran peligro de perder lo que tiene y caer en la desilusión y quedar privado del buen sentido. Se convierte así en un soñador y no en un hombre de oración continua (es decir, un hesicasta). (San Gregorio de Sinaí, siglo XIV, Textos sobre los mandamientos y los dogmas)

Si estás realmente practicando la oración continua de silencio, con la esperanza de estar con Dios y ves algo sensorial o espiritual, dentro o fuera, ya sea incluso la imagen de Cristo, o de un ángel, o de algún santo, o si incluso una imagen de luz impregna tu mente, de ninguna manera lo aceptes... siempre disgustaste con este tipo de imágenes, y mantén tu mente clara, sin imágenes ni formas... y no sufrirás ningún daño. A menudo ha sucedido que tales cosas, incluso cuando son enviadas por Dios como una prueba antes de la victoria, se han convertido en un daño para muchos... que han hecho daño a continuación a otros igualmente insensatos... pues se convierte en orgullo y engreimiento.

Pues los padres dicen que los que viven bien y son perfectos en su comportamiento con otros hombres... que buscan a Dios con obediencia y humildad sabia... siempre serán protegidos de cualquier daño por la gracia de Cristo. (San Gregorio de Sinaí, Instrucciones a los hesicastas)

El uso de la Oración de Jesús fuera del método hesicasta es repetir la oración constante y continuamente sin el empleo de particulares posturas corporales o técnicas de respiración. Este es el camino enseñado por San Gregorio Palamás en su breve discurso acerca de que la oración mental es el deber de todos los cristianos. Cualquiera persona puede hacer esto, cualquiera que sea su ocupación o posición en la vida. Esto también se muestra en El Peregrino Ruso.

El propósito y los resultados de este método de oración son en general los de toda oración: que los hombres puedan estar continuamente unidos a Dios por el recuerdo incesante de su presencia y la invocación constante de su nombre, por lo que uno siempre puede servirle a Él y a todos los hombres con las virtudes de Cristo y los frutos del Espíritu.

El tercer método de uso de la oración de Jesús es estar siempre listos en los momentos de tentación. De esta manera, como San Juan Clímaco dice, se puede *“rechazar a los enemigos”*, es decir, a las tentaciones, invocando el nombre de Jesús porque no hay arma más poderosa en el cielo ni en la tierra (La Santa Escala, Paso 21). Este método funciona mejor cuando uno practica la oración sin cesar, uniéndose *“a cada respiración una invocación del nombre de Jesús”* (Evagrio Póntico). Cuando uno practica la continua *“oración del corazón”*, y cuando las tentaciones del pecado entran en el corazón, se encuentran con la oración y son derrotados por la gracia.

El hombre no puede vivir en este mundo sin caer en tentación. Cuando la tentación llega a una persona, sólo hay tres resultados posibles. O bien la persona de inmediato cede a la tentación y al pecado, o trata de protegerse de la tentación por el poder de su voluntad, y es derrotado finalmente después de una gran aflicción y lucha. O si no combate la tentación por el poder de Cristo en su corazón que está presente sólo por la oración. Esto no quiere decir que él *“reza las pruebas se apartan de él”*. O que Dios milagrosamente por arte de magia baja a rescatarlo. Significa más bien que su alma está tan llena de la gracia y el poder de Dios que la tentación no puede tener ningún efecto sobre él. Es en este sentido que el apóstol Juan escribe: *“Todo aquel que permanece en Cristo no peca”* (I Jn 3:6).

“El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios” (I Jn 3:8-10)

Uno se convierte en hijo de Dios, nacido de Dios en la Iglesia por el bautismo. Uno continúa siendo hijo de Dios y no peca sólo por la oración continua: el recuerdo de Dios, permaneciendo en él, la invocación de su nombre sin cesar en el alma. El tercer uso de la Oración de Jesús, como los dos primeros, es llevar a cabo este fin: que el hombre no peque.

LA ORACIÓN LITÚRGICA

La oración litúrgica no es simplemente las oraciones de muchos cristianos individuales reunidos en un solo lugar. No es un *"oficio de oración"* de muchas personas juntas. Es más bien la oración oficial de la Iglesia formalmente unida, la oración de Cristo en la Iglesia ofreciendo su *"cuerpo"* y su *"novia"* al Padre en el Espíritu. Se trata de la participación de la Iglesia en la oración perpetua de Cristo en la presencia de Dios en el reino de los cielos (Cf. Heb 7:24-25, 9:24). El modelo de oración litúrgica se encuentra en el libro de Apocalipsis, y no en los eventos evangélicos de Jerusalén o de Galilea.

En la Iglesia Ortodoxa no existe la tradición de una oración colectiva que no sea litúrgica. Algunos consideran que esto es una falta, pero lo más probable es que se base en las enseñanzas de Cristo en que la oración de cada individuo debe ser hecha *"en secreto"* (Mt 6:5-6). Esto la protege contra vanas repeticiones y peticiones personales que no tienen sentido para los demás. También protege a las personas que sean sometidas a la superficialidad de aquellos que en lugar de rezar sólo expresan las opiniones y los deseos de sus propias mentes y corazones.

Cuando una persona participa en la oración litúrgica de la Iglesia, sólo puede hacerlo de manera eficaz en la medida en que ora solo en casa y en su propia mente y corazón. El que *"ora sin cesar"* es el que ofrece y recibe más en la oración litúrgica.

Cuando uno participa en la oración litúrgica de la Iglesia, debe hacer todo lo posible para unirse plenamente con todos los miembros del cuerpo. No debería *"decir sus propias oraciones"* en la iglesia, sino que debe orar *"con la Iglesia"*. Esto no quiere decir que se olvide de sus propias necesidades y deseos, despersonalizándose y convirtiéndose en solo una voz más de la multitud. Significa más bien que debe unir su propia persona, sus propias necesidades y deseos, toda su vida con los demás presentes, con la iglesia en todo el mundo, con los ángeles y los santos, de hecho, con el mismo Cristo en la gran *"divina"* y la *"celestial liturgia"* de toda la creación ante Dios.

En la práctica esto significa que alguien que participa en la oración litúrgica debe poner todo su ser, toda su mente y corazón, en cada oración, súplica y acción litúrgica, para que cobre vida en sí mismo. Si cada persona hace esto, entonces las exclamaciones litúrgicas se hacen genuinas y verdaderas, y todo el conjunto como un solo cuerpo glorifica a Dios *"con una sola boca, una sola mente y un solo corazón"* (Liturgia de San Juan Crisóstomo).



LA MEDITACIÓN

La meditación difiere de la oración, incluso de la oración silenciosa, en que la meditación es pensamiento sobre Dios y contemplación de su palabra y sus obras.

La meditación comienza normalmente con la lectura de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios. Esto se llama en la tradición espiritual como *lectio divina*. Se trata de la lectura lenta y atenta de la Biblia, o tal vez de los escritos de los Padres de la Iglesia y de los santos, no con el propósito de obtener información, sino con el propósito de alcanzar comunión con Dios.

Tal lectura meditativa puede ser del tipo en que la persona intenta, a través de su pensamiento e imaginación, entrar en el evento sobre el que está leyendo con el fin de convertirse en su participante contemporáneo. O bien, puede ser del tipo en que la persona simplemente lee y escucha en silencio, sin imaginación ni pensamiento racional, a fin de permitir que la Palabra de Dios entre en su mente y su corazón con el fin de permanecer allí, para llevar su fruto en el tiempo determinado.

La salmodia, hecha ya sea solo o con el conjunto de la Iglesia, existe para este último propósito. Al leer o cantar los salmos, la persona no trata de pensar en cada palabra o frase. Más bien corta todo razonamiento, y abre su corazón al Señor, que une "*su boca con su mente*" (San Benito) y permite que la Palabra de Dios sea plantada en su interior y florezca en su alma con los frutos del Espíritu. Este también es el caso con *himnología eclesiástica*. Se canta para la gloria de Dios, la edificación y el crecimiento del alma a través de la contemplación del Señor en sus palabras y obras de salvación, mucho más que cualquier otra instrucción intelectual. Este tipo de meditación se aconseja especialmente en los momentos de desaliento.

También existe el tipo de meditación y contemplación hecha totalmente en silencio, sin palabras o imágenes y sin la actividad reflexiva en absoluto, ni siquiera la salmodia. La persona simplemente se sienta en silencio, a menudo en presencia de los iconos de santos y vaciando su mente de todos los pensamientos, imaginaciones y deseos, escucha a Dios en silencio en su divino "*lenguaje del Reino de los cielos*" (San Isaac de Siria). Este tipo de meditación, para una persona de oración incesante, será la "*oración de silencio*", con la "*fuentes*" de la oración de Jesús como su único fundamento y fondo. En esa oración contemplativa, el espíritu del hombre se hace uno con el Espíritu de Dios (Cf. I Cor 6:17).



LA ORACIÓN EN EL ESPÍRITU

Toda oración cristiana debe ser oración en el Espíritu, y toda oración auténtica sin duda lo es. Los hombres oran al Padre, por Cristo el Hijo y Verbo de Dios en el Espíritu Santo. Este es el caso siempre que los hombres oran, cualquiera sea su método, lo sepan o no. Porque la oración no es un grito solitario del hombre a través de espacios vacíos hacia un Dios lejano. La oración es el ser del hombre en Dios, estar en el Espíritu Santo, como hechos a imagen de Cristo, la morada de Dios.

“¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? ...El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros” (I Cor 3:16-17, cf. Deut 30:9-14, Sal 139:7-14, Rom 10:5-13)

La oración cristiana se hace conscientemente en el Espíritu Santo, con toda fe y conciencia. Se dirige a Cristo y por Cristo al Padre. En la Iglesia Ortodoxa hay una oración, entre todas las oraciones de la Iglesia, dirigida al Espíritu Santo. Esta es la oración de *“Oh Rey Celestial”* que comienza todas las oraciones y claramente genera las condiciones en que se llevan a cabo todas las oraciones.

“Oh Rey celestial, Paráclito, Espíritu de verdad, que estás en todas partes y todo lo llenas, tesoro de todo lo bueno y dador de la vida, ven y mora en nosotros; purifícanos de toda mancha y salva, oh Bueno, nuestras almas”.

Incluso el domingo de Pentecostés en la Iglesia Ortodoxa las tres oraciones especiales de la fiesta se dirigen a Cristo y al Padre.

La oración a Dios por la venida del Espíritu en sí es una señal de que el Espíritu ya está en el hombre y le permite llamar al Padre. Este es el misterio de la naturaleza del hombre y de su existencia, que sólo es verdaderamente hombre cuando el Espíritu Santo está en él. Este es el misterio de la obra de la gracia de Dios en el hombre. Es el misterio de la oración y de la vida misma.

Uno llama a Dios *“Padre Nuestro”* sólo en el Espíritu. Uno llama a Jesús *“Señor”* sólo en el Espíritu. Uno reza a Dios de cualquier manera o forma en el Espíritu. Las palabras de los salmos, las oraciones de los santos, el culto litúrgico de la Iglesia, es la *“respiración del Espíritu de Dios”* en el hombre (San Juan de Kronstadt, Mi vida en Cristo). Toda oración, como la misma Escritura, es inspirada por Dios.

Aun cuando los hombres no saben cómo orar o que es lo que deben pedir, es el Espíritu Santo el que ora en ellos para que tengan lo que se necesitan, que la voluntad de Dios se lleve a cabo en ellos.

“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Rom 8:26-27)

Así, la oración en el Espíritu como la oración por el Espíritu, tiene como objetivo la *“adquisición del Espíritu”* para que por los *“frutos del Espíritu”* el hombre sea santo y divino por la gracia de Dios. Este es el misterio fundamental de la vida espiritual. Como San Agustín lo dijo, la persona que busca al Señor ya ha sido hallada por Él. La misma búsqueda en la oración, cuando no se sabe cómo orar, hace que una persona ya sea la morada de Dios.

En su primera carta a los Corintios, el apóstol Pablo habla de un tipo especial de oración en el Espíritu. Este es el don espiritual de *“hablar en lenguas”*. Con este don particular de la persona se

alaba a Dios en un idioma que no se puede entender. Su *"espíritu ora"* con expresiones de éxtasis, pero su *"mente queda sin fruto"*. De acuerdo con el apóstol, que tenía personalmente este don, la misma no debe ser prohibida además que esa oración en el Espíritu no trae beneficios para el hombre salvo que vaya acompañada con *"una revelación o una profecía"* (es decir, por la Palabra inspirada de Dios directamente) o por la enseñanza. Él dice que esto no se debe hacer en una reunión pública de la iglesia a menos que haya alguna interpretación y que, incluso entonces no debe haber *"sólo dos o tres a lo sumo"*, y que los que están *"ansiosos por las manifestaciones del Espíritu deben esforzarse para sobresalir en la construcción de la iglesia"* y *"no debería ser niños en su manera de pensar"* sino en el pensamiento de una persona madura. Él dice que todos deberíamos buscar en lugar de algo así el don de profetizar, es decir, proclamar la Palabra de Dios clara y sencillamente para que los que observan a los cristianos declaren *"que Dios está realmente entre ellos y no los consideren locos"*. Él dice finalmente que *"todas las cosas deben ser hechas decentemente y con orden"* (cf. I Cor 12-14).

Es evidente que el don de orar en el Espíritu en lenguas era causa de confusión y desorden en la pequeña la iglesia de Corinto, y que los que tienen el don de la oración de éxtasis pueden perturbar y dividir a la comunidad, considerándose a sí mismos más espirituales que otros. San Pablo insiste en que no todos tienen los mismos dones y que las lenguas no son sino uno de los regalos, el último de los mencionados, para servir como señal, no para los que ya creen, sino *"para los no creyentes"* (I Cor 14:22). En general, queda claro que el único propósito de esta amplia discusión por parte del apóstol sobre los dones espirituales, y su insistencia en renunciar a las *"cosas de niños"* en la búsqueda de la perfección buscando alcanzar la madurez, era reprender a los miembros de la Iglesia de Corinto por su mal uso y abuso del don de lenguas.

No hay evidencia en la tradición espiritual de la iglesia de que alguno de los santos haya tenido el don de orar en lenguas, o que este tipo de oración haya sido siempre una parte de la liturgia de la iglesia. La única mención que se puede encontrar de la misma, a nuestro entender, está en el bautismo de Montano, un hereje del siglo III, quien dejó la Iglesia para fundar su propia secta espiritualista. Si alguno de los santos o maestros espirituales tenía este don, no escribieron nada sobre el mismo ni lo propagaron abiertamente. Este don lo desconocía, por ejemplo, San Juan Crisóstomo, según él mismo lo dice (véase el comentario de la carta a los Corintios). Dado que un número de creyentes tiene este don en nuestro tiempo, y puesto que hay personas que lo buscan, es sumamente importante que este método de oración deba entenderse de acuerdo a los consejos de San Pablo y en la luz de la enseñanza de los maestros espirituales de la oración.

EL AYUNO

El mismo Jesús ayunó y enseñó a sus discípulos a ayunar.

“Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mt 6:16-18)

El propósito del ayuno es adquirir dominio sobre uno mismo y vencer las pasiones de la carne. Se trata de liberarse de la dependencia de las cosas de este mundo con el fin de concentrarse en las cosas del Reino de Dios. Se trata de dar poder al alma para que no ceda a la tentación y al pecado. De acuerdo con San Serafín, el ayuno es un *“medio indispensable”* para obtener el fruto del Espíritu Santo en nuestra vida (cf. Conversaciones con Motovilov), y Jesús mismo enseñó que algunas formas del mal no pueden ser conquistadas sino a través de él (Mt 17:21, Mc 9:29).

El hombre no ayuna porque agrade a Dios que sus servidores no coman, porque, como los himnos de Cuaresma de la Iglesia nos recuerdan, *“el diablo nunca come”* (Libro del Triodion). Tampoco los hombres ayunan con el fin de afligirse con sufrimiento y dolor, porque Dios no se complace en la incomodidad de su pueblo. Ni los hombres ayunan con la idea de que el hambre y la sed de alguna manera pueden servir como *“reparación”* por sus pecados. Tal entendimiento no se da en las Escrituras ni en los escritos de los santos que afirman que no existe tal *“reparación”* por el pecado del hombre sino la crucifixión de Cristo. La salvación es un *“don gratuito de Dios”* que ninguna *“obra”* del hombre puede lograrla como mérito (Cf. Rom 5:15-17, Ef 2:8-9).

Los hombres ayunan, por lo tanto, y deben ayunar, sólo para ser liberados de las pasiones carnales, para que el don gratuito de la salvación en Cristo pueda producir muchos frutos en sus vidas. Los hombres ayunan para que puedan servir con mayor eficacia a Dios que los ama y los ha salvado en Cristo y el Espíritu. El ayuno sin esfuerzo es totalmente en vano.

“¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso; humillamos nuestras almas, y no te diste por entendido? He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio gusto, y oprimís a todos vuestros trabajadores. He aquí que para contiendas y debates ayunáis y para herir con el puño inicuaamente; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto. ¿Es tal el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco, y haga cama de cilicio y de ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno, y día agradable al Señor? ¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano? Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oirá el Señor; clamarás, y dirá él: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el hablar vanidad” (Is 58:3-9)

“Ayunando en el cuerpo, oh hermanos, también ayunemos de pecado”. Este es el himno de la Iglesia durante Cuaresma. Es también la enseñanza de los santos.

“...En el ayuno no sólo se debe obedecer la regla en contra de la gula en lo que respecta a la alimentación, sino también abstenerse de todo pecado, para que, durante el ayuno, la lengua pueda también ayunar, evitando la calumnia, la mentira, el hablar mal, degradando al hermano y produciendo ira y cualquier otro pecado

cometido por la lengua. También se debe ayunar con los ojos, es decir, no ver cosas vanas... ni mirar con desprecio a nadie. Las manos y los pies también deben mantenerse puros de cada mala acción.

Cuando uno ayuna a través de la vanidad o pensando que está logrando algo especialmente virtuoso, ayuna tontamente y pronto comienza a criticar a los demás y se considera a sí mismo como algo grande.

*Un hombre que ayuna sabiamente... gana la pureza y la humildad... y demuestra ser un constructor hábil.
(San Abba Doroteo, siglo VII, Sobre la Formación Espiritual)*

San Pablo mismo ayunó, y en su enseñanza sobre ayunar de alimentos insiste en que los hombres deben hacerlo en secreto, sin juicio por parte de los demás.

“Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros. Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo; el fin de los cuales será perdición, cuyo dios es el vientre, y cuya gloria es su vergüenza; que sólo piensan en lo terrenal” (Fil 3:17-19)

“Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna. Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas; pero tanto al uno como a las otras destruirá Dios. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo” (I Cor 6:12-13)

No dejes que el que come desprecie al que se abstiene, y no dejes que el que se abstiene, emita un juicio sobre el que come, porque Dios lo ha aceptado. ¿Quién eres tú para juzgar al criado ajeno?

El que observa el día, lo hace en honor del Señor. También el que come, come en honor del Señor, pues da gracias a Dios, mientras que el que se abstiene, en honor del Señor lo hace y da gracias a Dios.

No dejes que el que come cause la ruina de aquel por quien Cristo ha muerto... porque el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, quien de esta manera sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres.

No por el bien de los alimentos destruyas la obra de Dios... la fe que tienes que mantener entre Dios y tú... lo que no procede de la fe (si comer o abstenerse) es pecado. (Cf Rom 14)

Los padres espirituales, tan estrictamente ascéticos como fueron, son muy claros en su enseñanza sobre el ayuno. Insisten con el Señor y las Escrituras que el hombre debe ayunar con el fin de librarse de las pasiones y de la lujuria. Pero insisten en que lo más importante es ser libres de todo pecado, incluso del orgullo, la vanidad y la hipocresía que vienen a través del ayuno tonto y pecaminoso.

“Comer... más allá del punto de estar satisfecho es la puerta de la locura a través de la cual entra la lujuria, el vientre es la reina de las pasiones por la que el hombre actúa como un esclavo.

Pero, firme en este conocimiento, elige lo que sea mejor para ti, de acuerdo a tus propias fuerzas... pues la persona perfecta, según San Pablo debe tanto “saber tener abundancia como tener hambre... y hacer todas las cosas en Cristo que lo fortalece” (Fil 4:12-13).

Así, un hombre que se esfuerza por lograr la salvación... no debe permitirse comer en plenitud... pero aún así debe comer todo tipo de alimentos, para que, por un lado evite la arrogancia y por el otro no muestre desprecio

por la creación de Dios, que es más excelente... Tal es el razonamiento de aquellos que son sabios. (San Gregorio de Sinaí, Instrucciones a los hesicastas)

San Isaac de Siria, dice, “poca comida en la mesa de los puros limpia el alma de aquellos que participan de toda pasión... porque el trabajo del ayuno y la vigilia es el inicio de todos los esfuerzos contra el pecado y la lujuria... casi todas las pasiones son reducidas a través del ayuno”.

Los santos padres nos enseñaron a ser asesinos de las pasiones y no asesinos del cuerpo. Participar de todo lo que es permisible con acción de gracias para gloria de Dios y para evitar la arrogancia jactanciosa, pero abstenerse de todos los excesos (Los Monjes Calixto e Ignacio, Siglo XIV, Consejos a los hesicastas).

Si tal es la enseñanza a los monjes hesicastas, sin duda es aplicable a todos los cristianos también. Toda la esencia sobre esta cuestión se expone con sencillez y claridad en estas dos historias breves de los Padres del desierto.

“Un hermano trajo panes frescos e invitó a sus mayores. Después de haber comido mucho, el hermano, sabiendo sobre la abstinencia de ellos, comenzó humildemente a pedirles que comieran más. “Por amor de Dios, coman el día de hoy y queden satisfechos”. Y comieron otros diez panes. He aquí cómo éstos que eran monjes verdaderos y sinceros en su abstinencia comieron más de lo que es necesario, por Dios.

Epifanio, el obispo de Chipre, llamó al Abad Hilarión que fuera a verlo. Una porción de gallina fue puesta ante ellos y el obispo invitó al abad a comer. El anciano dijo: “Perdóname, Padre, pero desde el momento en que tomé este hábito nunca he comido animal”

Y Epifanio le dijo: “Y desde el momento en que tomé este hábito he dejado dormir a un hombre que tenga algo contra mí, ni he dormido yo teniendo algo contra cualquier persona”

Y el anciano le dijo: “Perdóname, Padre, tu forma de vida es más grande que la mía” (Los Dichos de los Padres del Desierto)



LA LIMOSNA

En la enseñanza de Cristo, la limosna va de la mano con el ayuno y la oración. Hemos visto que esta es también la enseñanza de Isaías y del Antiguo Testamento en general. Cuando uno reza y ayuna, hay que demostrar amor a través de la generosidad activa hacia los demás.

“Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagáis tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mt 6:1-4)

Al igual que con el ayuno y la oración, la ayuda a los pobres debe hacerse estrictamente en secreto, tanto es así que uno debe, por así decirlo, incluso ocultarse a sí mismo lo que está dando a los demás, para que ni una mano sepa lo que hace la otra. Todo esfuerzo debe hacerse como un don agradable a Dios evitando toda ostentación y jactancia en su entrega.

Como ya hemos visto, no hay verdadero amor si uno no comparte lo que tiene con los pobres.

“...Si alguno tiene bienes de este mundo y ve a su hermano padecer necesidad y cierra su corazón contra él, ¿cómo está el amor de Dios en él?” (I Jn 3:17)

Tal fue el mandamiento de la ley de Moisés también.

“Cuando haya en medio de ti menesteroso de alguno de tus hermanos en alguna de tus ciudades, en la tierra que Jehová tu Dios te da, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre, sino abrirás a él tu mano liberalmente, y en efecto le prestarás lo que necesite. Guárdate de tener en tu corazón pensamiento perverso, diciendo: Cerca está el año séptimo, el de la remisión, y mires con malos ojos a tu hermano menesteroso para no darle; porque él podrá clamar contra ti a Jehová, y se te contará por pecado. Sin falta le darás, y no serás de mezquino corazón cuando le des; porque por ello te bendecirá Jehová tu Dios en todos tus hechos, y en todo lo que emprendas. Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra” (Deut 15:7-11)

Esa también fue la enseñanza de la Sabiduría.

“El pobre es odioso aun a su amigo; pero muchos son los que aman al rico. Peca el que menosprecia a su prójimo; mas el que tiene misericordia de los pobres es bienaventurado... El que escarnece al pobre afronta a su Hacedor; Y el que se alegra de la calamidad no quedará sin castigo” (Pro 14:20-21, 17:5)

De acuerdo a San Juan Crisóstomo, nadie puede ser salvo sin dar limosna ni atender a los pobres. San Basilio el Grande dice que un hombre que tiene dos túnicas o dos pares de zapatos, cuando su vecino no tiene ninguno, es un ladrón. Todas las cosas terrenales son posesiones de Dios. *“La tierra es del Señor y su plenitud, el mundo y los que moran en ella” (Sal 24:1)*. Los hombres no son más que administradores de lo que le pertenece al Señor y deben compartir los dones de su creación unos con otros tanto como les sea posible. Almacenar los tesoros terrenales, de acuerdo con Cristo, es el

epítome de la estupidez, y un rico difícilmente será salvo (Cf. Lc 12:15-21).

“¡Qué difícil es para los que tienen riquezas entrar en el Reino de Dios! Porque es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre al Reino de Dios.

Los que oyeron esto dijeron: “Entonces, ¿quién podrá salvarse?”

Y Él dijo: *“Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios” (Lc 15:24-27, Mt 19:23-26, Mc 10:23-27).*

¡Ay de vosotros los ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados, porque tendréis hambre! (Lc 6:24-25)

“Porque el Poderoso... ha llenado a los hambrientos con buenas cosas, pero a los ricos los despidió vacíos” (Lc 1:53)

La razón por la que un rico difícilmente puede ser salvo, según Jesús, es porque cuando uno tiene posesiones quiere mantenerlas y recaudar aún más. El *“deleitarse en las riquezas ahoga la palabra de Dios, y así ella queda estéril”* en el corazón del hombre (Mt 13:22, Mc 4:19, Lc 8:14).

Según el apóstol Pablo, el *“amor al dinero”* - no el dinero en sí - es la *“raíz de todos los males”*.

“Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (I Tim 6:6-10, cf Heb 13:5-6)

El mismo Apóstol, recaudaba fondos para los pobres y en gran medida elogió a quienes fueron generosos en dar.

“Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra; como está escrito: Repartió, dio a los pobres; Su justicia permanece para siempre.

Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios. Porque la ministración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios” (II Cor 9:6-12)

La persona espiritual debe compartir lo que tiene con los pobres. Debe hacerlo con alegría y no de mala gana, en secreto y no para la gloria de los hombres. También debe hacerlo, como la pobre viuda en el Evangelio, no por su abundancia, sino por su necesidad.

“Estando Jesús sentado delante del arca de la ofrenda, miraba cómo el pueblo echaba dinero en el arca; y muchos ricos echaban mucho. Y vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante. Entonces llamando a sus discípulos, les dijo: De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento” (Mr 12:41-44, Lc 21:2).

Dar limosna, por lo tanto, debe ser un acto de sacrificio para tener algún valor espiritual. Uno no puede dar lo que le queda cuando todas sus demás necesidades están satisfechas. Hay que tomar de uno mismo y dar a los otros. En la tradición espiritual de la Iglesia es la enseñanza de que lo que se ahorra con el ayuno y la abstinencia, por ejemplo, durante los tiempos especiales de ayuno, no debe ser mantenido para otras cosas, sino que se debe dar a los pobres.

En los últimos tiempos se ha desarrollado el concepto de que el hombre espiritual debe trabajar creando los procesos y las posibilidades de las sociedades libres que tengan como fin crear una estructura social en que los pobres no sean el objeto de la caridad de los ricos, sino que tengan la oportunidad de trabajar y de compartir la riqueza común del hombre. De esta manera, los pobres, con la dignidad y el respeto de sí mismos, asumen su lugar como miembros de la sociedad. *“No queremos limosnas”,* dicen los pobres, *“queremos ser capaces de aprender y trabajar por nosotros mismos”.* El hombre espiritual es el que trabaja para hacer que esto suceda, y es justo y loable que sea así. La tentación aquí sería que esta actitud se llevara a cabo sin sacrificio personal, pensando que cuando dicha *“sociedad justa”* exista -si alguna vez llega a existir- todos los problemas de los hombres se resolverán. La decadencia espiritual de muchas personas ricas demuestra que este no es el caso. De este modo las palabras de Cristo permanecen para siempre válidas y verdaderas:

“...A los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis... si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás tesoros en el cielo, y ven y sígueme” (Mt 19:21, Mr 14:5-7, Lc 18:22, Jn 12:8)

El que es verdaderamente perfecto como el Padre celestial es perfecto es el que da todo por el bien de los demás, en el nombre de Cristo, con Él, y por su causa. Esa persona vive verdaderamente la vida espiritual.

VI - Sexualidad, Matrimonio y Familia

LA SEXUALIDAD

El carácter sexual de la persona humana tiene un papel positivo que desempeña en la espiritualidad humana. Como todas las cosas, la sexualidad humana debe ser sancionada por Dios e inspirada por el Espíritu Santo, utilizada para los fines que Dios le ha previsto. Y al igual que todas las cosas humanas, a través de su uso indebido y su abuso, la sexualidad también puede pervertirse y corromperse, convirtiéndose en un instrumento del pecado y no en un medio para glorificar a Dios llegando a ser uno mismo como hecho a imagen y semejanza de Dios.

“...El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. Y Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo. ¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne. Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él. Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicación, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (I Cor 6:13-20)

La enseñanza de San Pablo sobre la sexualidad es análoga a la enseñanza sobre comer, beber y todas las funciones corporales. Los mismos son dados por Dios por razones espirituales que se utilizarán para su gloria. En sí mismos son santos y puros. Cuando se utilizan o son adorados como un fin en sí mismos, se convierten en instrumentos del pecado y de la muerte. El apóstol dice específicamente que todas las perversiones sexuales son resultados de la rebelión del hombre contra Dios.

“Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican” (Rom 1:24-32)

Que aquellos que “hacen estas cosas merecen la muerte” fue tomado literalmente en la ley de Moisés, por lo que los adúlteros, homosexuales, incestuosos y los que cometen actos sexuales con

animales recibieron la orden de ser “condenados a muerte” (Levítico 20:10-16).

Siguiendo esta enseñanza, con la esperanza puesta en la misericordia de Dios y el perdón de Cristo por todos los pecadores, las escrituras del Nuevo Testamento son aún más estrictas en sus exigencias con respecto a la pureza sexual. Jesús, que perdonó a la mujer sorprendida en adulterio (Jn 8:7-11), y a la prostituta arrepentida que lavó sus pies con sus cabellos (Lc 7:36-50), dio la siguiente enseñanza en su Sermón del Monte:

“Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio. Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio” (Mt 5:27-32, también 19:3-9, Rom 7:3)

El apóstol Pablo dice simplemente que los adúlteros, fornicarios, impenitentes y los homosexuales no entrarán en el Reino de Dios (Cf. I Cor 6:9-10, Gal 5:19).

“Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios” (Heb 13:4)

Por lo tanto, de acuerdo con la revelación de Dios, las relaciones sexuales son santas y puras sólo en la comunidad del matrimonio, en la relación ideal que es entre un hombre y una mujer para siempre. Los que no están casados y los que optan por la voluntad de Dios de no casarse, deberán abstenerse de toda relación sexual dado que dichas relaciones no pueden cumplir la función dada en el acto sexual por parte de Dios en la creación. Esto no significa que no habrá ningún carácter sexual a la vida espiritual de la persona soltera en expresar su humanidad en las formas espirituales masculinas y femeninas. Las virtudes y los frutos del Espíritu en cada uno, como en aquellos que están casados, son idénticos, pero la forma de su encarnación y expresión serán adecuadas a la forma sexual particular de su común humanidad, así como la singularidad individual de cada persona.

La persona soltera que vive su vida entera sin marido o sin mujer está llamada a la virginidad como testigo en este mundo del Reino de Dios, donde “en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles en el cielo” (Mt 22-30). Es por esta razón que los que siguen la vida monástica se dice que han tomado el “hábito de los ángeles”. Esto no quiere decir que se conviertan en desencarnados o asexuales. Significa más bien que perpetuamente sirven y alaban a Dios como hijos suyos, siendo partes, por así decirlo, de la familia universal de Dios, sin ser ellos mismos líderes de las familias en esta tierra. De esta manera se expresan como padres y madres, hermanos y hermanas de toda la humanidad en Cristo.

“Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre” (Mc 3:34-35)

“No reprendas al anciano, sino exhórtale como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza” (I Tim 5:1-2)

Estas palabras, por supuesto, están destinadas a todos, casados y solteros, pero también, obviamente, tienen un significado especial para aquellos que, por amor a Cristo, viven la vida soltera. Porque así como aquellos que están casados tienen la tarea de vivir su propia vida espiritual con los

cuidados de la familia, y en el contexto de sus necesidades y demandas, el cristiano que es soltero vive su vida en Cristo sin estas condiciones.

“Hay asimismo diferencia entre la casada y la doncella. La doncella tiene cuidado de las cosas del Señor, para ser santa así en cuerpo como en espíritu; pero la casada tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. Esto lo digo para vuestro provecho; no para tenderos lazo, sino para lo honesto y decente, y para que sin impedimento os acerquéis al Señor” (I Cor 7:34-35)

“Así que el que se casa... le va bien, y el que se abstenga del matrimonio lo hará mejor” (Cf I Cor 7:7-40)

La enseñanza aquí es clara. La gente puede servir a Dios y vivir la vida espiritual tanto en el matrimonio como en la vida de soltería. Y la gente puede pecar de la misma manera. *“Cada uno tiene su propio don de Dios” (I Cor 7:7)*. San Pablo piensa, sin embargo, que entre aquellos que quieren ser lo más perfectos posible, los que no se casan *“van a hacerlo mejor” (I Cor 7:38-40)*.

La tradición espiritual de la Iglesia claramente está de acuerdo con el apóstol. Esto no quiere decir que el matrimonio es en modo alguno despreciado o desdeñado. Viene dado por Dios y es un sacramento de la Iglesia, y los que lo aborrecen por *“razones espirituales”* son excomulgados de la Iglesia (Leyes canónicas del Concilio de Gangra). Esto sólo significa que, mayormente en la práctica, uno puede ser un mayor siervo de Dios y más perfecto testigo de su Reino eterno, si da por vencido todo en este mundo, vende todo lo que tiene, y sigue a Cristo en total desapego y pobreza.

La idea, sin embargo, de que una persona sola puede disfrutar de las cosas de este mundo, incluyendo la sexualidad, y aún así ser siervo de Dios en Cristo es totalmente rechazada y condenada. Uno puede abandonar el matrimonio en el cuerpo sólo para una mayor libertad *“acerca de los asuntos mundanos”*, con el fin de encargarse de *“los asuntos del Señor... como ser santos en cuerpo y espíritu”*. La única persona que es *“santa en el cuerpo y en el espíritu”* no tiene relaciones sexuales con nadie.

EL MATRIMONIO

El matrimonio es una parte de la vida humana en este mundo creado por Dios.

“Por lo tanto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Gen 2:24, cf Mt 19:5-6)

Dios creó al hombre y a la mujer para que el hombre y la mujer vivan sus vidas en matrimonio, como una sola carne. Esta unión no debe ser rota por ninguna razón terrenal.

“Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? El les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así. Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera. Le dijeron sus discípulos: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse. Entonces él les dijo: No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado. Pues hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba” (Mt 19:6-12)

El matrimonio humano existe por la voluntad de Dios en la tierra como la expresión creada del amor de Dios por el hombre y la participación del hombre en el amor creativo de Dios. La unión del hombre y la mujer en la comunidad del matrimonio se usa en la Biblia como la imagen del amor fiel de Dios para con Israel, y el amor sacrificial de Cristo por la Iglesia (Cf. Is 54, Jer 3, Ez 16, Os).

“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia. Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido” (Ef 5:22-33)

Estas palabras de San Pablo, leídas en la celebración sacramental del matrimonio en la Iglesia, contienen todo el programa para la vida espiritual en la comunidad del matrimonio. El marido debe amar a su esposa hasta el punto de la muerte, como Cristo ama a la Iglesia. Y la mujer debe entregarse totalmente a su marido como la Iglesia se entrega a Cristo. La unión en el amor debe ser perfecto, total, completo, duradero y perdurar para siempre. Dentro de esta unión, el acto sexual de amor es el sello místico de la unión total en el amor, el acto por el cual los dos se unen en mente, corazón, alma y cuerpo en el Señor.

De acuerdo con la enseñanza espiritual de la Iglesia Ortodoxa, el matrimonio, así como el sexual

acto de amor, se perfeccionan sólo en Cristo y la Iglesia. Esto no quiere decir que todos aquellos que se *“casan en la iglesia”* tienen un matrimonio ideal. El sacramento no es mecánico ni mágico. Su realidad y sus regalos pueden ser rechazados o profanados, recibidos como condena y juicio, al igual que la Sagrada Comunión y todos los misterios sacramentales de la fe. Sí significa, sin embargo, que cuando una pareja se casa en la Iglesia de Cristo, la posibilidad de perfección en su matrimonio es más completa pues es dada por Dios.

Cuando un hombre y una mujer se aman de verdad el uno al otro, es natural el deseo de que su amor sea perfecto. Ellos quieren que su relación se llene de todas las virtudes y de todos los frutos del Espíritu. Ellos desean que esto sea cada vez más perfectamente manifestado. Quieren que dure para siempre. Aquellos que no desean tal perfección para su amor, en realidad no se aman.

Cuando un hombre y una mujer tienen un amor así, pueden encontrar su plenitud sólo en Cristo. Él hace que sea posible esto, nada ni nadie más puede hacerlo. Por lo tanto, para aquellos que se aman de verdad, el salvador y consumidor de su amor es Cristo. Él es quien da cada virtud y cada fruto del Espíritu. Él es quien les permite crecer cada vez más perfectamente. Él les permite vivir y amarse por toda la eternidad en el Reino de Dios. Un matrimonio en Cristo no termina en pecado, no se parte en la muerte. Se cumple y se perfecciona en el Reino de los cielos. Es por esta única razón que aquellos que buscan el verdadero amor y la perfección en el matrimonio llegan a la Iglesia para casarse en Cristo.

Un matrimonio verdaderamente cristiano y espiritual es aquel en el que el verdadero amor permanece. En la comunidad del matrimonio el verdadero amor se expresa en la unión total de la pareja en todo lo que son, tienen y hacen. Es el amor de cada uno de ellos viviendo por completo por el bien del otro, el amor de la unión erótica en la unidad total de mente, corazón y carne, el amor de la amistad perfecta (*Ver Dios es Amor*).

Dentro de una comunidad de amor, el acto sexual es la expresión de todo esto. Fue creado para este fin por Dios. Es el acto íntimo que encuentra su alegría total cuando se perfecciona por aquellos que están totalmente dedicados el uno para el otro en todas las cosas, en todos los sentidos, y para siempre. Es por esta sagrada y divina razón que el acto sexual no se puede hacer de manera casual o promiscuamente buscando un propio placer espiritual o corporal. Es el acto del amor sacrificial en la fidelidad eterna. Sólo cuando se logra de esta manera se produce la satisfacción divina y el deleite infinito para los amantes.

La insatisfacción sexual en el matrimonio casi nunca es simplemente un problema físico o biológico. Es, casi sin excepción, el resultado de algún defecto de la mente, el corazón o el alma. En la mayoría, básicamente, es el defecto del propio amor. Porque cuando uno considera sólo el bien del otro, deseando una total unión corporal y espiritual en perfecta amistad, el acto sexual es siempre satisfactorio. Cuando este está ausente, y algo más que esto es central, la satisfacción de una pasión indigna del cuerpo o de la mente, entonces todo está perdido y la perversión del amor trae tristeza y muerte a la unión.

Normalmente, el acto sexual en el matrimonio da sus frutos en la procreación de los hijos. La ceremonia de matrimonio en la Iglesia pide por *“la castidad, un lecho sin mancha, la procreación de los hijos, y por todas las bendiciones temporales que a su vez pueden otorgar a los más necesitados”*. El acto sexual del amor, sin embargo, no se limita sólo a la procreación de los hijos. Existe también para la unión en el amor, la mutua edificación y la alegría de aquellos que están casados. Si este no fuera el caso, el apóstol Pablo no habría dado el siguiente consejo:

“...Pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido. El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tiende Satanás a causa de vuestra incontinencia” (I Cor 7:2-5)

El apóstol no dice que la pareja casada debe estar separada y juntarse sólo con intenciones de tener un hijo. Dice más bien que deben permanecer juntos, la separación solo debe darse *“de común acuerdo, por un tiempo, con el propósito de dedicarse a la oración”*. Las palabras *“de común acuerdo”* son centrales en este consejo, porque cada uno debe vivir totalmente como perteneciente al otro.

La sexualidad en el matrimonio puro es pura. Porque, como dice el Apóstol en otro contexto:

“Todas las cosas son puras para los puros, mas para los corrompidos e incrédulos nada les es puro; pues hasta su mente y su conciencia están corrompidas. Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra” (Tito 1:15-16)

Hay personas cuyos matrimonios son impuros porque son corruptos e incrédulos, no aptos para toda buena obra. A pesar de que están casados y que la sexualidad es, como se dice ahora, *“legal”*, sin embargo, es impía e impura. El hecho de que una pareja esté *“legalmente”* o incluso *“sacramental”* casada no hace que su vida matrimonial sea pura ni libre de pasiones pecaminosas, perversión y lujuria. Sólo aquellos que realmente viven la vida espiritual en el verdadero amor y devoción tienen vidas sexuales que santas y puras, mutuamente satisfactorias y plenas, y bien agradables a Dios. Esto está garantizado por la vida espiritual en Cristo y en la Iglesia. Pero, como San Juan Crisóstomo dijo, incluso hay matrimonios paganos que son santos y puros, cuando el verdadero amor está presente y las parejas están eternamente entregadas el uno al otro en la fidelidad eterna y la devoción mutua. Para que ese amor esté presente, existe la presencia de Dios.



·MARRIAGE·

LA FAMILIA

El verdadero amor en el matrimonio supone la llegada de hijos. Aquellos que de verdad se aman en el matrimonio, naturalmente, tendrán hijos como frutos de su amor y como mayor vínculo en su unión. Los que desprecian a los niños y se niegan a ofrecerles atención no se aman de verdad.

Por supuesto, existen matrimonios sin hijos, debido a alguna tragedia de la naturaleza provocada por el *“pecado del mundo”*. En este tipo de matrimonios el perfecto amor puede existir, pero la devoción mutua en el servicio de Dios y de los hombres adquirirá otras formas, ya sea la adopción de niños o algún otro buen servicio para el bien de los demás. El matrimonio sin hijos, ya sea por decisión voluntaria o por una tragedia natural, que da lugar a la autocomplacencia no es una unión espiritual.

El control voluntario de la natalidad en el matrimonio sólo es permisible, de acuerdo con la esencia de la vida espiritual, cuando el nacimiento de un niño traerá peligros o dificultades. Los que llevan una vida espiritual llegarán a la decisión de no tener hijos sólo con dolor, y así lo harán delante de Dios, con oraciones pidiendo orientación y misericordia. No puede ser una decisión tomada a la ligera o por razones auto-indulgentes.

De acuerdo con la enseñanza común de la Iglesia Ortodoxa, cuando tal decisión se toma ante Dios, los medios de su aplicación son arbitrarios. No hay, en la opinión ortodoxa, ningún medio de control de natalidad en el matrimonio, que sean mejores o más aceptables que otros. Todos los medios son igual de tristes y dolorosos para aquellos que verdaderamente se aman. Para el cristiano, el matrimonio es el que abunda en tener tantos hijos como sea posible.

El aborto de un niño es absolutamente condenado en la Iglesia Ortodoxa. El aborto clínico no es un método de control de la natalidad, y los que lo practican por cualquier razón, tanto los profesionales como aquellos que lo solicitan, deben ser castigados de acuerdo con la ley canónica de la Iglesia con la *“pena por asesinato”* (Concilio de Trullo, Concilios Ecuménicos V y VI).

En casos extremos, como cuando la madre sin dudas va a morir si ella tiene al niño, la decisión de la vida o la muerte del niño debe ser tomada por la madre sola, consultando con su familia y sus guías espirituales. Sea cual sea la decisión, las oraciones incesantes por la guía y la misericordia de Dios son fundamentales. De acuerdo a la fe ortodoxa, una madre que da su vida por su hijo es una santa que será, sin duda alguna, glorificada por Dios, porque no hay un acto de amor más grande que dar la vida para que otro pueda vivir (Cf. Jn 15:13).

En la vida de la familia, el padre debe ser el líder y la cabeza. Él debe amar a su esposa e hijos como Cristo ama a la Iglesia - y Cristo murió por la Iglesia. Nunca debe ser duro. La esposa debe estar totalmente dedicada a su marido y debe exigir, alentar y ayudar en su liderazgo. Esta es la forma normal de vida familiar establecido en las Escrituras, porque *“la cabeza de todo hombre es Cristo, y la cabeza de una mujer es su marido, y la cabeza de Cristo es Dios”* (I Cor 11:3, Ef 5:22-23, Col 3:18-19, I Pe 3:1-7).

Cuando el esposo o la esposa no es creyente - y tal debe ser el caso solamente en que uno de los miembros del matrimonio se convierte después de estar casado, o cuando un miembro de una pareja casada pierde su fe, porque un cristiano normalmente no debe contraer matrimonio con un no creyente- la pareja, según san Pablo no debe separarse ni divorciarse, sino que debe continuar su vida juntos. El creyente debe mostrar el mejor ejemplo de vida espiritual en el amor a los no creyentes en cada palabra y obra, sin coerción ni coacción con respecto a la fe, y desde luego, sin acusación ni condena.

“Y si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone. Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos. Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios. Porque ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer? (I Cor 7:13-16, cf I Pe 3:1-7)

Aquí el apóstol, en aras de la paz, permite la separación, pero no la fomenta. No obstante, en circunstancias extremas, como cuando hay peligro espiritual o físico, la propia Iglesia aconseja la separación como un mal menor. Sin embargo, en estos casos, la Iglesia también aconseja a los cristianos separados, si es posible, *“permanecer solteros”* (I Cor 7:10). Los segundos matrimonios, incluso para los viudos y viudas, se permiten y son bendecidos por la Iglesia, sin la pena de excomunión, sólo en los casos en que el nuevo matrimonio tiene la posibilidad de ser santo y puro.

Dentro de la familia, la vida espiritual del amor debe ser buscada y vivida tan plenamente como sea posible. Esto significa que cada miembro de la familia debe vivir para el bien del otro en todas las circunstancias *“llevando los unos las cargas de los otros”* y de esta manera cumpliendo *“la ley de Cristo”* (Gal 6:2). Siempre debe existir la presencia de la misericordia, del perdón y la mutua edificación. Debe haber siempre una expresión de amor verdadero, como generalmente se encuentra en aquellos que son santos.

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (I Cor 13:4-7)

Tal amor es la base para una vida familiar duradera que vive y se expresa con gozo y alegría, sin reticencias ni coacción (Cf. II Cor 9:6-12). Porque el matrimonio no es el *“santo estancamiento”* como un cínico escritor ha dicho, sino, en palabras de san Juan Crisóstomo, una *“pequeña iglesia”* en una casa donde la gracia y la libertad de Dios abundan para la salvación y la vida del hombre.

“Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa; para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra” (Ef 6:1-3, Ex 20:12)

“Hay generación que maldice a su padre y a su madre no bendice” (Pro 30:11)

“Todo hombre que maldijere a su padre o a su madre, de cierto morirá; a su padre o a su madre maldijo; su sangre será sobre él” (Lev 20:9)

“Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor” (Col 3:20)

San Juan Crisóstomo dice que aquellos que no pueden honrar, amar y respetar a sus padres no pueden servir a Dios, porque Él es el *“Padre de todos”* (Ef 4:6), Aquel *“de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra”* (Ef 3:15).

El verdadero padre ama y disciplina a su hijo como Dios ama a su pueblo y lo disciplina (Cf. Heb 12:3-11).

*“El que detiene el castigo, a su hijo aborrece;
Mas el que lo ama, desde temprano lo corrige”*

*“Instruye al niño en su camino,
Y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”*

*“No rehúses corregir al muchacho;
Porque si lo castigas con vara, no morirá” (Pro 13:24; 22:6; 23:13)*

El amor del padre para sus hijos se expresa en una amorosa disciplina sin hipocresía. El mejor maestro es el propio ejemplo.

“Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Ef 6:4)

“Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten” (Col 3:21)

Al igual que los pastores de las iglesias, los padres de familia deben ser *“moderados, sensatos, dignos, hospitalarios, aptos para enseñar, sobrio, pacífico, decoroso, no pendenciero y no amante del dinero”* (I Tim 3:2). El debe ser ejemplo para sus hijos *“en el discurso y la conducta, en amor, espíritu, fe y pureza”* (I Tim 4:12). Al igual que el padre en la parábola del hijo pródigo, el padre humano debe estar siempre listo para recibir en casa con alegría a los hijos pródigos. Las esposas y madres de familia deben estar totalmente dedicadas a sus esposos e hijos. Deben ser la encarnación misma de todos los frutos del Espíritu Santo, como las que dan vida, tanto física como espiritual.

*“Mujer virtuosa, ¿quién la hallará?
Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas.
El corazón de su marido está en ella confiado, y no carecerá de ganancias.
Le da ella bien y no mal todos los días de su vida.
Busca lana y lino, y con voluntad trabaja con sus manos.
Es como nave de mercader; trae su pan de lejos.
Se levanta aun de noche y da comida a su familia y ración a sus criadas.
Considera la heredad, y la compra, y planta viña del fruto de sus manos.
Ciñe de fuerza sus lomos, y esfuerza sus brazos.
Ve que van bien sus negocios; su lámpara no se apaga de noche.
Aplica su mano al huso, y sus manos a la rueca.
Alarga su mano al pobre, y extiende sus manos al menesteroso.
No tiene temor de la nieve por su familia, porque toda su familia está vestida de ropas dobles.
Ella se hace tapices; de lino fino y púrpura es su vestido.
Su marido es conocido en las puertas, cuando se sienta con los ancianos de la tierra.
Hace telas, y vende, y da cintas al mercader.
Fuerza y honor son su vestidura; y se ríe de lo por venir.
Abre su boca con sabiduría, y la ley de clemencia está en su lengua.
Considera los caminos de su casa, y no come el pan de balde.
Se levantan sus hijos y la llaman bienaventurada; y su marido también la alaba:
Muchas mujeres hicieron el bien; mas tú sobrepasas a todas.
Engañosa es la gracia, y vana la hermosura; la mujer que teme al Señor, ésa será alabada.
Dadle del fruto de sus manos, y alábenla en las puertas sus hechos” (Pro 31:10-31)*

Esta enseñanza de la sabiduría se encuentra también en los escritos de los apóstoles de Cristo.

“Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda. Asimismo que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia; no con peinado ostentoso, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos, sino con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad” (I Tim 2:8-10)

“Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa. Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza” (I Pe 3:1-6)

Así, en la “pequeña iglesia” de la familia, con cada miembro que vive de acuerdo a la voluntad de Dios, el Reino de Dios está ya presente y activo, en espera de ser perfectamente realizado en el Reino de los cielos que nunca va a terminar, en el que todos somos hijos de Dios, la novia de su Hijo.



VII - La enfermedad, el sufrimiento y la muerte

LA ENFERMEDAD

La enfermedad existe en el mundo sólo por el pecado. No habría ninguna enfermedad en absoluto, ni mental ni física, si el hombre no hubiera pecado. De acuerdo con Cristo, la enfermedad es el lazo del diablo (Mt 8:16, 12:22, Lc 4:40-41, 13:10-17). Y Cristo ha venido a *“destruir... al diablo”* (Heb 2:14). Con Jesús el perdón de los pecados, la curación del cuerpo, la destrucción del demonio y la resurrección de los muertos son todos el mismo acto de salvación.

“Conociendo Jesús los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? Porque, ¿qué es más fácil, decir: Los pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dice entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa. Entonces él se levantó y se fue a su casa” (Mt 9:4-7, Mc 2:9-12, Lc 5:23-25)

“En esa misma hora sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista” (Lc 7:21)

Haciendo esto, Jesús mostró que Él es Cristo el Mesías, el cumplimiento de los profetas, quien trae el Reino de Dios al mundo.

“...Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí” (Lc 7:22-23, cf Is 29:18-19, 35:5-6, 61:1; Mt 4:23-24, 11:4-6)

Cuando uno es liberado del pecado y del mal, uno queda también libre de la enfermedad y de la muerte. En el Reino de Dios no habrá *“ninguna enfermedad ni dolor ni angustia, sino vida eterna”* (Kontakion del Oficio de Funeral).

Cuando uno es visitado por la enfermedad en este mundo, ya sea corporal o mentalmente, se es víctima del diablo y del *“pecado del mundo”* (Jn 1:29). Esto no significa necesariamente que la gente es castigada con su personal enfermedad. Significa más bien, como en el caso de los nacidos con enfermedades y de los niños que están enfermos, que donde abunda el pecado, la enfermedad se hace presente. Es la enseñanza de la Iglesia que los que son inocentes víctimas de la enfermedad, tales como los niños pequeños y las personas con retrasos, que seguramente serán salvadas en el Reino de Dios.

Esta es la enseñanza del libro del Génesis. Dios no dijo al hombre: *“Si pecas te mataré”*, dijo, cuando peques *“morirás”* (Gen 2:17, 3:3). Así, cuando el hombre peca y se arruina a sí mismo por el mal, trae la maldición de la enfermedad y el sufrimiento del mundo para él y para sus hijos, y su vida se convierte en un afán, hasta que regresa al polvo del que está hecho -y que es, por naturaleza, sin la gracia de Dios en su vida (Cf. Gen 3:17-19). Es en este sentido que el *“príncipe de este mundo”* es el diablo (Jn 12:31, 14:30, 16:11).

Teniendo en cuenta el pecado del mundo, la esclavitud del diablo, su *“gemir con dolores de parto”* (cf. Rom 8:19-23) hasta su salvación en Cristo, Dios mismo usa la enfermedad y la muerte para sus propios propósitos providenciales como medios para la salvación del hombre. Dios no es la causa

de la enfermedad, del sufrimiento y de la muerte, pero teniendo en cuenta su existencia debido a la mentira del diablo y a la maldad y el pecado del hombre, Dios las emplea para que el hombre pueda ser sanado y salvado en el perdón de los pecados. En este sentido, y en este único sentido, se puede decir que *“Dios envía la enfermedad al hombre”*.

Cuando una persona espiritual está enferma reconoce que su enfermedad es causada por el pecado, los suyos propios y los pecados del mundo. No culpa a Dios por esto, porque sabe que Dios no lo ha causado ni lo desea para Sus siervos. Él sabe bien que, a través del plan providencial de Dios y la salvación de Cristo, su enfermedad será curada. Sabe también que si Dios así lo quiere, puede ser curado de su enfermedad en esta vida con el fin de tener más tiempo para servir a Dios y al hombre en la tierra, y llevar a cabo lo que debe hacer de acuerdo al plan de Dios. También sabe que la enfermedad en sí misma puede ser un medio para servir a Dios, y él lo acepta de este modo, y la ofrece con fe y amor por su propia salvación y la salvación de los demás.

No hay mayor testimonio del amor de Dios y de la fe en Cristo que soportar la enfermedad con fe y amor. Aquel que sostiene sus debilidades con virtud, valentía y paciencia, con fe y esperanza, con gozo y alegría, es el mayor testimonio que puede haber de la salvación divina. Nada puede compararse con una persona así, porque alabar a Dios en la angustia y la aflicción es la ofrenda más grande que el hombre puede ofrecer en la tierra.

Todo santo que haya existido sufrió enfermedades corporales. Y todos ellos, casi sin excepción -incluso sanando a otros con sus oraciones- no pidieron la liberación o la curación para sí mismos. Este es el caso más evidente del mismo Jesús, el siervo sufriente de Dios.

“Fue despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en el quebranto; como uno ante quien se oculta el rostro...”

Ciertamente él cargó con nuestras debilidades, y sufrió nuestros dolores, pero nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y humillado. Pero él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestras iniquidades, sobre él recayó el castigo, nos sanó, y por sus llagas fuimos sanados... El Señor cargó sobre él nuestros pecados.

Y se hizo su sepultura entre los malvados y con un hombre rico (es decir, José de Arimatea, Mt 27:57) en su muerte... cuando Él se hizo ofrenda por el pecado...” (Is 53, cf. Sal 22, 38, 41)

Cristo *“derramó su vida hasta la muerte”* (Is 53:12) cuando estaba sólo en la tercera década de su vida. Muchos de los santos no alcanzaron a vivir tanto tiempo, y casi todos sufrieron, como lo hizo San Pablo con algún *“aguijón en la carne”* que normalmente lo entienden algunos como padecimientos corporales.

“...Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (II Cor 12:7-10)

Todas las personas espirituales siguen el ejemplo de Cristo, de San Pablo y de todos los santos en su apreciación sobre la enfermedad. Dicen al Padre *“Hágase tu voluntad”*, y transforman su debilidad, por la gracia de Dios, en el medio de salvación para sí mismos y para otros.

EL SUFRIMIENTO

No hay vida en este mundo sin sufrimiento. El sufrimiento solo cesará en el Reino de Dios.

En general, existen tres fuentes de sufrimiento en este mundo: el sufrimiento por la persecución de otros en cuerpo y en alma, sufriendo por enfermedades y dolencias y sufrimientos en espíritu a causa de los pecados del mundo. Sólo hay dos maneras posibles de tratar con tales sufrimientos. Sea que uno humildemente lo acepte y lo transforme en camino de salvación para sí y para los demás, o sea que uno sea derrotado por ellos por medio de la rebelión y el rechazo, y así *“maldice a Dios y muere”*, tanto física como por la eternidad en los siglos venideros (Cf. Job 2:9-10).

Ya hemos visto que *“todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”* (I Tim 3:12), y que los cristianos deben *“tener sumo gozo”* cuando *“son puestos a prueba”* (Sant 1:2) *“gozosos de haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el nombre”* (Hec 5:41).

También hemos visto que los que sufren a causa de la enfermedad y las dolencias con cada virtud de Cristo recibimos la *“suficiente gracia”* de Dios para ser firmes en el Señor en la debilidad corporal, y así dirigir los sufrimientos *“no a la muerte”*, sino a la *“gloria de Dios”* (cf. II Cor 12:7-10, Jn 11:4).

“Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado, para no vivir el tiempo que resta en la carne, conforme a las concupiscencias de los hombres, sino conforme a la voluntad de Dios” (I Pe 4:1-2)

“Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia” (Col 1:24)

“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas. Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial; pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos. Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu. Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor” (II Cor 4:16-5:6)

La persona espiritual, al sufrir en la carne, usa sus aflicciones para ser liberado del pecado, y para ser *“perfecto a través del sufrimiento”*, como el mismo Jesús (Heb 2:10). Él sabe que de la misma manera que su *“hombre exterior se va desgastando”* él está naciendo en el Reino de Dios, si sufre en y con Jesús el Señor.

En un sentido muy real, el sufrimiento más grave de todos no es de la carne sino del espíritu. Este es el sufrimiento que atormenta al alma cuando, por la gracia de Dios y en la luz de Cristo, la persona espiritual ve la futilidad, la fealdad y la mezquindad del pecado que destruye a los hombres hechos a imagen de Dios. De acuerdo con un gran teólogo de la Iglesia este sufrimiento fue el más grave de todos que pasó el mismo Señor Jesús (Cf. Metropolitano Antonio Khrapovitskii, siglo XX, El dogma de la Redención).

Jesús conocía la plenitud y la perfección de la belleza de Dios, Él sabía de su misericordia y amor, la gloria del paraíso, la bondad de su creación. Contemplando todo esto, se da al hombre como un don, y haber sido despreciado y rechazado en su propia persona fue infinitamente más doloroso que las torturas, los golpes, los azotes y ser clavado en la cruz. La cruz en sí fue el gran escándalo del odio del hombre y el rechazo del amor, la luz y la vida de Dios dadas al mundo en la persona de Cristo. Así, la agonía y el tormento del Señor en su morir en la cruz fue la agonía divina, en cuerpo y alma, de la negativa del hombre de la vida divina. No puede existir mayor agonía que esta y ninguna mente humana puede comprender el alcance infinito de su horror y tragedia.

La persona espiritual, de acuerdo con la medida de la gracia dada por Dios, participa espiritualmente en esta agonía de Cristo. Es el mayor sufrimiento de los santos, infinitamente más insoportables que cualquier persecución externa o enfermedad corporal. Es el tormento del alma por la locura absoluta del pecado. Es la agonía del amor por los que se pierden. Fue en esta rectitud de alma que el apóstol Pablo pudo exclamar: *"...tengo gran tristeza y angustia en mi corazón, porque me gustaría a mi mismo ser anatema, separado de Cristo por el bien de mis hermanos, mis parientes según la carne"* (Rom 9:3).

Es con esta misma agonía de amor que San Isaac de Siria pudo decir acerca de los santos *"si fueran arrojados en el fuego diez veces al día por amor a los hombres, aun parecería muy poco"* (Tratados místicos). El mismo San Isaac era conocido por llorar con fervientes lágrimas de sufrimiento por todos los hombres, toda la creación, e incluso por el mismo diablo.

Así pues, la forma más extrema de todo sufrimiento que conduce a la salvación es el amor compasivo por todo aquel que se pierde por la locura ridícula del pecado. Cristo sufrió por amor por la extensión completa e ilimitada de su divinidad. Y cada persona sufre esto también en la medida en que él o ella es divinizado en Cristo por la gracia del Espíritu.

LA MUERTE

No hay persona que no vaya a morir. La preparación para la muerte está en el centro de la vida espiritual.

*"Hazme saber, Señor, mi fin,
Y cuánta sea la medida de mis días;
Sepa yo cuán frágil soy.
He aquí, diste a mis días término corto,
Y mi edad es como nada delante de ti;
Ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive.
Ciertamente como una sombra es el hombre;
Ciertamente en vano se afana;
Amontona riquezas, y no sabe quién las recogerá"* (Sal 39:4-6)

Que el hombre deba morir no es la voluntad de Dios, pues, como dice la Escritura: *"Dios no hizo la muerte"*.

"Dios no hizo la muerte, y no se complace en la destrucción de cualquier ser vivo, Él creó todas las cosas para que tengan vida" (Sabiduría de Salomón 1:1-3)

*“Porque yo no me complazco en la muerte de nadie, dice el Señor Dios, de modo que regresa y vive”
(Ez 18:32)*

La muerte es el resultado del pecado. Es la victoria final del diablo, el resultado de su actividad destructiva. Si el hombre no hubiera pecado, no habría muerte. Su cuerpo hubiera cambiado y evolucionado a lo largo de grandes períodos de tiempo, pero no habría sido separado de su espíritu para volver al polvo, y el alma del hombre en sí misma no hubiera sido dañada, perdiendo poder sobre su cuerpo y convirtiéndose en su esclava. Este es el significado del pecado de Adán, que el hombre ha surgido de la faz de la tierra, ha sido hecho a imagen de Dios y lleno de su Espíritu, y ha optado por la muerte en lugar de por la vida, el mal en vez de la justicia, y así a través de contaminar su naturaleza en rebelión contra Dios, trajo la corrupción y la muerte al mundo (Cf. Gen 3, Rom 5:12-21).

“La muerte se extendió a todos los hombres porque todos pecaron” (Rom 5:12), y el pecado del hombre trajo la muerte de los niños que participan de su naturaleza mortal y de su vida. En un mundo atado por el pecado, ninguna persona puede escapar, incluso aquellos que son personalmente inocentes, porque todos están atrapados por el pecado del mundo.

“He aquí, en maldad fui formado, y en pecado mi madre me concibió” (Sal 51:5)

Incluso la Purísima Virgen María que dio a luz a Cristo en la carne, no pudo escapar de las trampas de la muerte. A pesar de su inocencia y de su perfección espiritual, ella también necesita la salvación de la muerte de su Hijo, y su espíritu se regocija en Dios su Salvador (Cf. Lc 1:47).

De acuerdo con la fe cristiana ortodoxa, solo Jesucristo, entre todos los hombres, como el Hijo encarnado y el Verbo de Dios, no tiene por qué haber muerto. Su muerte entre todas las muertes humanas fue perfectamente voluntaria. Él vino para morir, y por su muerte para liberar a todos los que estaban cautivos por el poder de la muerte.

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Jn 10:17-18)

“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez. Y la multitud que estaba allí, y había oído la voz, decía que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. Respondió Jesús y dijo: No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa de vosotros. Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo. Y decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir. Le respondió la gente: Nosotros hemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre. ¿Cómo, pues, dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre? Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va” (Jn 12:27-35, cf. Mt 16:21-23, 17:9-13)

Jesús vino *“por nosotros los hombres y para nuestra salvación”* para morir (Credo de Nicea). Él vino para que a través de Su muerte y resurrección todos los hombres sean levantados de entre los muertos para la vida eterna en el Reino de Dios. Esta es la fe cristiana.

“...Y la hora viene cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios, y los que han hecho el bien resucitarán para la vida y los que hicieron lo malo para la condenación” (Jn 5:25-29)

Esto, también, es doctrina de los apóstoles (Cf. Hch 2:22-36).

“Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (I Cor 15:20-26).

“En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (I Cor 15:52-57)

Toda la esencia de la vida espiritual es morir con Cristo a los pecados de este mundo y pasar a través de la experiencia de la muerte corporal con Él para resucitar “en el último día” en el Reino de Dios (Cf. Jn 6:39-44, 54).

Por el poder de Cristo y la gracia del Espíritu Santo, los cristianos pueden y deben transformar sus muertes en actos de vida. Deben hacer frente a la tragedia de la muerte con la fe puesta en el Señor, y derrotar al “último enemigo - la muerte” (I Cor 15:26) por el poder de su fe.

“Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven” (Rom 14:8-9)

“De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Jn 5:24, cf. Jn 6:29-58)

“Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente” (Jn 11:25-26)

Para los cristianos, como para todos los hombres, la muerte sigue siendo una tragedia. Cuando se enfrentan a la muerte, al igual que todos los hombres, y como el mismo Jesús y sus apóstoles, los cristianos sólo pueden llorar y lamentarse (Cf. Jn 11:35, Mt 26:37-38, Mr 14:33-34, Lc 22:42-44, Hech 8:2). Pero para los cristianos, llenos de fe en Cristo y en su Padre, la tragedia de la muerte se puede transformar en victoria.

VIII - El Reino de los Cielos

EL JUICIO FINAL

Cada hombre estará de pie en el juicio ante Dios por su vida en este mundo. Cada persona será juzgada de acuerdo a sus palabras y sus obras.

*“Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio”
(Mt 12:36)*

“Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras” (Mt 16:27., Véase Ap 2:23)

El juez será el mismo Cristo, porque Él es el que, por su sufrimiento y muerte, ha recibido el poder de juzgar. Es el Crucificado que llama a los hombres a tener en cuenta el final de los tiempos. Él ha ganado este derecho como hombre a través de la perfección de su vida humana.

“Porque el Padre... le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre” (Jn 5:27)

Cristo juzgará a todos los hombres exclusivamente sobre la base de cómo le han servido a Él sirviendo a todos los hombres, el menor de los hermanos.

“Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartarálos unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (Mt 25: 31-46)

Toda la vida espiritual se cumple en esta parábola de Cristo, porque el corazón de la misma es el amor, tanto para Dios como para el hombre.

Comentando esta enseñanza sobre el juicio final, San Agustín dice que el mismo Cristo es verdaderamente el que se encuentra en todas estas condiciones, tal como él es el Salvador de cada uno de ellas.

Él mismo tuvo hambre, siendo el “*pan de vida*”, que si un hombre come de él, nunca más tendrá hambre (Jn 6:35).

Él mismo tuvo sed, gritando: “*Tengo sed*” (Jn 19:28); Él que da el “*agua viva*”, que si un hombre bebe de él no tendrá sed jamás (Jn 4:13, 6:35, 7:37).

Él mismo fue un desconocido sin “*un lugar para recostar su cabeza*” (Mt 8:20, Lc 9:58), que “*vino a los suyos, y los suyos no le recibieron*” (Jn 1:11); y que lleva a todos los hombres a casa celestial del Padre (Jn 14:1-2).

Él mismo estuvo desnudo, en el pesebre de Belén, en las corrientes del Jordán, y en la cruz del Gólgota; que viste a todos los hombres con las “*Vestiduras de salvación*” (Gal 3:27, Is 61:10, Apo 6:11).

El mismo estuvo enfermo, “*herido por nuestras transgresiones*” y “*molido por nuestros pecados*”, quedó solo en la cruz (Is 53:5, Mt 26:56); quien cura todas las heridas de los hombres pues por “*sus llagas fuimos nosotros curados*” (Is 53:5).

Él mismo estuvo en la cárcel, detenido como un criminal y arrojado a la cárcel, abandonado por sus discípulos (Mt 26:56,27); quien proclama “*libertad a los cautivos*” (Is 61:1, Lc 4:18), liberando a los hombres de todo lo que los ata y perdonando sus crímenes.

Puesto que Cristo se ha identificado por completo con todos los hombres, en cada uno de sus tristes y dolorosos estados, la persona que hace esto “*por el más pequeño de sus hermanos*” lo hace por Cristo mismo - no “*como si*” fuera Cristo, sino por Cristo en la realidad, porque Cristo está verdaderamente dentro de cada hombre y cada hombre es portador de Cristo, la “*imagen visible del Dios invisible*” (Col 1:15).

San Simeón el Nuevo Teólogo da la siguiente enseñanza sobre la parábola del juicio final:

El Hijo de Dios se ha convertido en el Hijo del Hombre con el fin de hacernos a los hombres hijos de Dios, elevar nuestra naturaleza por la gracia a lo que Él mismo es, por naturaleza, otorgándonos el nacimiento de lo alto a través de la gracia del Espíritu Santo y llevándonos al Reino de los cielos, o más bien, otorgándonos el Reino de los cielos dentro de nosotros....

Un hombre no es salvado por mostrar compasión una vez a alguien... porque “tuve hambre” y “tuve sed” se dice no de una ocasión, no de un día, sino de toda la vida. De la misma manera que “me disteis de comer”, “me disteis de beber”, “me vestisteis”, y así sucesivamente, no se limita a indicar un incidente o una acción particular, sino una actitud constante para todos siempre. Nuestro Señor Jesucristo dijo que Él mismo acepta tal misericordia... en las personas de los más necesitados.

... Es Él a quien alimentamos en cada mendigo... el mismo a quien hemos dejado morir en nuestro olvido...

El Señor se complace en asumir la bondad de cada hombre pobre... con el fin de que nadie que crea en él, se levante contra su hermano, sino que al ver a su Señor en su hermano, deba considerarse a sí mismo por debajo de él... y honrarlo, y estar dispuestos a agotar todos sus medios para ayudarlo, al igual que nuestro Señor agotó su sangre por nuestra salvación.

Un hombre al que se le ordena amar al prójimo como a sí mismo... durante toda su vida... Un hombre que ama a su prójimo como a sí mismo no puede permitirse a sí mismo poseer algo más que su prójimo, de modo que si tiene de más y no lo distribuye sin envidia... no cumple el mandamiento de nuestro Señor con exactitud.

Si el que posee... desdeña incluso al que no lo hace... él seguirá siendo considerado como uno que ha despreciado a Cristo nuestro Señor.

Sus palabras, “lo habéis hecho por mí”, no se limitan únicamente a aquellos que nos han tratado mal, o a quienes hemos hecho mal, o cuyas posesiones hemos tomado, o que nos han perjudicado, sino que incluyen

también a aquellos a los que hemos desdeñado. Estos últimos son suficientes para nuestra condenación porque desdeñándolos, hemos despreciado a Cristo mismo.

Todo esto puede parecer demasiado difícil para la gente y pueden pensar entre sí: “¿Quién puede seguir estrictamente todo esto alimentando a cada uno sin dejar a alguien insatisfecho?” Que lo escuchen a San Pablo: “El amor de Cristo nos obliga” (II Cor 5:14)

... Un hombre que lo da todo... ha cumplido con los mandamientos en particular de una sola vez... como aquel que reza constantemente ha cumplido con las reglas de la oración... y el que tiene a Dios en sí mismo... ha logrado todo... (Preceptos Teológicos Prácticos)

También es la enseñanza de los maestros espirituales que lo que se debe dar a todos los hombres es a Cristo mismo: el Pan de Vida, el Agua Viva, la Casa del Padre, la vestidura de salvación, la curación de las heridas, la liberación y el perdón de todos los pecados. En este sentido todos los hombres, no importa cuán ricos o cuán justos sean, son pobres, hambrientos, sedientos, están desnudos, enfermos, en pecado y encarcelados por el mal y la muerte. Así, el “*hacerlo al más pequeño de mis hermanos*” es ofrecer a Cristo todos los hombres, para darles la satisfacción eterna e interminable de todas sus necesidades y deseos: el pan que nunca se consume, el agua que satisface eternamente, un hogar que nunca se pierde, vestiduras que no envejecen, curación que no hace sufrir nuevamente, liberación que nunca vuelve a ser cautiverio. Por lo tanto, “*hacerlo al más pequeño de mis hermanos*” es traer el Reino de Dios. Al hacer esto, uno ofrece todos los hombres y por tanto a Cristo mismo que ya les pertenece a ellos a Dios, como en la liturgia de la Iglesia que ofrecemos a Dios lo que ya es suyo. En todos los casos, es Cristo mismo.

“Lo tuyo de lo que es tuyo, Te lo ofrecemos, Señor, por todos y para todos” (Liturgia de San Juan Crisóstomo)

Esto, por lo tanto, es el amor perfecto, el amor de Dios y el amor del hombre, el amor a Dios y el amor al hombre, convirtiéndose en uno y el mismo amor. Se lleva a cabo en Cristo y es Cristo. Amar con ese amor es amar con el amor de Cristo y cumplir su “*mandamiento nuevo*” de “*amarnos los unos a los otros como yo os he amado*” (Jn 13:34-35, 15:12). En esto reside la totalidad de la vida espiritual. En este sentido, y solo en este sentido, el hombre será finalmente juzgado. Es la corona de todas las virtudes y oraciones, el fruto último y más perfecto del Espíritu de Dios en el hombre.

EL CIELO Y EL INFIERNO

El Reino de los cielos ya está en medio de aquellos que viven la vida espiritual. Lo que la persona espiritual conoce en el Espíritu Santo, en Cristo y en la Iglesia, vendrá con poder y gloria para todos los hombres al final de los tiempos.

La última venida de Cristo será el juicio de todos los hombres. Su misma presencia será el juicio. Ahora los hombres pueden vivir sin el amor de Cristo en sus vidas. Pueden existir como si no hubiera Dios, ni Cristo, ni Espíritu Santo, ni Iglesia ni vida espiritual. Al final de los tiempos esto ya no será posible. Todos los hombres tendrán que contemplar el rostro de aquel que *“por nosotros los hombres y para nuestra salvación bajó de los cielos y se encarnó... que fue crucificado bajo Poncio Pilatos, padeció y fue sepultado...”* (Credo de Nicea). Todos tendrán que ver a Aquel que crucificaron por sus pecados: Aquel *“que estaba muerto y ha vuelto a la vida”* (Apo 1:17-18).

Para aquellos que aman al Señor, su presencia será una alegría infinita, el paraíso y la vida eterna. Para los que odian al Señor, la misma presencia será la tortura infinita, el infierno y la muerte eterna. La realidad para los salvos y los condenados será exactamente la misma cuando Cristo *“venga en gloria, y todos los santos ángeles con él”* para que *“Dios sea todo en todos”* (I Cor 15:28). Los que tienen a Dios como su *“todo”* en esta vida tendrán finalmente plenitud divina y vida. Para aquellos que su *“todo”* es ellos mismos y este mundo, el *“todo”* de Dios será su tortura, su castigo y su muerte. Y de ellos será *“el llanto y el crujir de dientes”* (Mt 8:21).

“Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga” (Mt 13:41-43)

De acuerdo a los santos, el *“fuego”* que ha de devorar a los pecadores en la venida del Reino de Dios es el mismo *“fuego”* que brilla con el esplendor de los santos. Es el *“fuego”* del amor de Dios, el *“fuego”* del mismo Dios que es amor. *“Porque nuestro Dios es fuego consumidor”* (Heb 12:29) que *“habita en una luz inaccesible”* (I Tim 6:16). Para aquellos que aman a Dios y que aman a toda la creación en él, el *“fuego devorador”* de Dios será la felicidad radiante y la alegría indescriptible. Para aquellos que no aman a Dios, y que no aman a todos, este fuego consumidor será la causa de su *“llanto y crujir de dientes”*.

Por lo tanto, es la enseñanza espiritual de la Iglesia que Dios no castiga al hombre con un fuego material o un tormento físico. Dios simplemente se revela de tal manera gloriosa en la resurrección del Señor Jesús que ningún hombre puede contemplar su gloria. Es la presencia de la gloria y el amor espléndidos de Dios y que es azote también de los que rechazan Su luz radiante.

“...Aquellos que se encuentran en el infierno serán castigados con el azote del amor. ¡Qué cruel y amargo tormento de amor será! Porque aquellos que entiendan que han pecado contra el amor, se someterán a un sufrimiento mayor que los producidos por el miedo a las torturas. El dolor que se apodera del corazón que ha pecado contra el amor, es más penetrante que cualquier otro dolor. No es correcto decir que los pecadores en el infierno se verán privados del amor de Dios... Sino que el amor actúa de dos formas, como sufrimiento de los que reprende y como alegría de los bienaventurados” (San Isaac de Siria, Tratados Místicos)

Esta enseñanza se encuentra en muchos escritores espirituales y santos: San Máximo el Confesor, el novelista Fiódor Dostoievski... Al final de los tiempos el glorioso amor de Dios se revelará para que todos puedan contemplar el rostro de Cristo. El destino eterno del hombre: cielo o infierno, la salvación o la condenación, dependerán únicamente de su respuesta a este amor.

EL REINO DE LOS CIELOS

Cuando Cristo venga en su gloria al final de los tiempos, y Dios sea todo en todos, entonces vendrá el nuevo cielo y la nueva tierra, predicha por el profeta Isaías, y descrita en el libro del Apocalipsis (Cf. Is 65:17-66:24).

“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Ap 21:1-8)

“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo para pagar a todos por lo que han hecho” (Ap 22:12)

Obtener la “herencia” de la Nueva Jerusalén es el significado de la vida, el único fin por el que el hombre ha sido creado por Dios. *“El vencedor recibirá este galardón”*. Y como San Pablo lo dice, simplemente, *“Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Rom 8:37)*.

“Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom 8:38-39)

“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios” (Ef 3:14-19)

Ser “*llenos de toda la plenitud de Dios*” -esto y solo esto- es de lo que trata la espiritualidad ortodoxa.